



Vivir para aprender

Un homenaje a la labor
de ser docente

LA EDUCACIÓN
EN PRIMER LUGAR



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN







Vivir para aprender

Un homenaje a la labor
de ser docente

LA EDUCACIÓN
EN PRIMER LUGAR



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN



Vivir para aprender

Un homenaje a la labor de ser docente

Autores

- © Tatiana Duplat Ayala
- © Cristian Valencia

Fotografías

- © Juan Pablo Duarte
- © Óscar Leopoldo Villalva Soto, *Comparsa*

Ilustraciones

- © Luisa Cruz

Edición y publicación

- © Siglo del Hombre Editores S. A.

Dirección editorial

Selma Marken Farley

Dirección de contenidos

Tatiana Duplat Ayala

Corrección de estilo

Johana Haydee Forero Rodríguez

Diseño y diagramación

Gloria Díazgranados

La presente edición, 2020

ISBN Impreso: 978-958-665-647-4

ISBN PDF: 978-958-665-648-1

ISBN EPUB: 978-958-665-649-8

Siglo del Hombre Editores S.A.

Carrera 31A n.º 25B-50, Bogotá D. C.

Teléfono: 3377700

<http://libreriasiglo.com>

Impresión

Nomos Impresores

Diagonal 18 Bis n.º 41-17, Bogotá, D. C.

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total ni parcialmente, ni registrada o transmitida por sistemas de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito de la Secretaría de Educación del Distrito de Bogotá.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Duplat Ayala, Tatiana

Vivir para aprender : un homenaje a la labor de ser docente / Tatiana Duplat Ayala, Cristian Valencia. -- Bogotá : Alcaldía Mayor de Bogotá : Siglo del Hombre Editores, 2020.

p.

ISBN 978-958-665-647-4 -- 978-958-665-648-1 (pdf) -- 978-958-665-649-8 (e-pub)

1. Maestros - Bogotá - Relatos personales 2. Personal docente - Bogotá - Relatos personales 3. Pedagogía - Bogotá - Relatos personales I. Valencia, Cristian, 1963- II. Título

CDD: 371.10207 ed. 23

CO-BoBN- a1O6O929



Alcaldesa Mayor de Bogotá
Claudia Nayibe López Hernández

Secretaria de Educación del Distrito
Edna Cristina Bonilla Sebá

Subsecretario de Calidad y Permanencia
Andrés Mauricio Castillo Varela

Subsecretaria de Integración Interinstitucional
Deidamia García Quintero

Subsecretario de Acceso y Permanencia
Carlos Alberto Reverón Peña

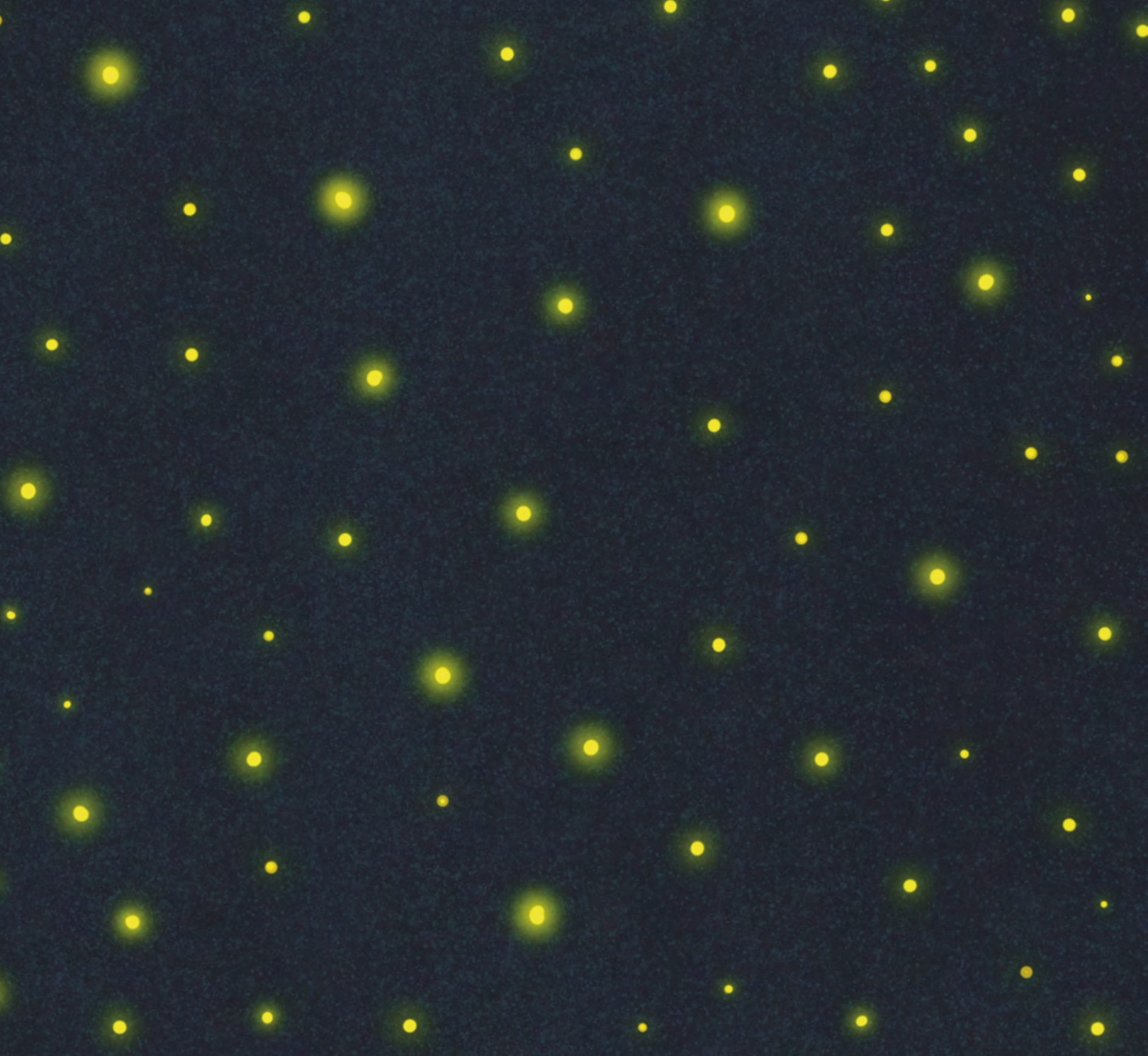
Subsecretaria de Gestión Institucional
Jennifer Ruiz González

Jefe Oficina de Comunicaciones
Conny Mogollón Barbosa

Asesor de Despacho
Néstor Mora

Equipo periodístico
Sofía Sánchez, Carolina Tamayo, Angélica Molina, Ángel Aguilar,
Vanessa Molina, Giovanny Clavijo, Ana María Martínez

Agradecimiento especial:
Equipo de la Dirección de Talento Humano, Secretaría de Educación del Distrito



Gracias

10

Martha Liliana

Una partida, una vida
(Programa de Ajedrez Curricular)

16

Fabio

En honor a Lucrecia
(IED Bernardo Jaramillo)

28

Norma Liliana

La dulce compañía de la infancia
(IED Rafael Delgado Salguero)

40

Gustavo

El maestro que camina la música
(Colegio La Merced)

52

Otilia

Un viaje a las estrellas
(Colegio Rodrigo Lara Bonilla)

64

76

Alejandro

Voz y corazón de león
(*Colegio Comuneros Oswaldo Guayasamín*)

88

Sindey

La profesora morada
(*Colegio Enrique Olaya Herrera*)

100

Luis Miguel

Los trabajos y los días
(*Colegio Gerardo Paredes*)

112

Yadira

Es en serio
(*Colegio Cultura Popular*)

124

Miguel

El inventor
(*Colegio Unión Europea*)

136

Ricardo

Un libreto para Chiquinoticias
(*Colegio Ciudad de Villavicencio*)

Diana y Nicaela

Un cuento de hadas
(*Colegio Gabriel García Márquez*)

148

Yolanda y Juan Camilo

Un verdadero sincrotrón
(*Colegio Alfonso López Michelsen*)

160

Muévete Candelaria

(*Colegio Integrada La Candelaria*)

172

Memorias Sumapaceñas

(*Gimnasio del Campo Juan de la Cruz Varela*)

184

Gracias

Gracias maestras y maestros de Bogotá. Gracias por su vocación, su dedicación, su creatividad, su compromiso irrestricto, su disposición al cambio y su extraordinaria capacidad de respuesta. El difícil año 2020 quedará incrustado para siempre en la memoria de la humanidad igual que ustedes en el corazón de esta ciudad de sabana y de montaña, pero sobre todo en el corazón de sus estudiantes. No alcanzarán todos los años por venir para agradecer su entrega



incondicional, justo cuando la vida se hizo más difícil y fue patente la fragilidad. Ustedes fueron luz en medio de la oscuridad, nunca mejor dicho, así que este libro es nuestra forma de decir gracias.

Aquí se narran las historias de vida de algunos docentes del Distrito y, a través de ellas, las de miles que han dedicado su existencia entera a la enseñanza. Nada ha movilizado tanto este país en las últimas décadas como la educación



y, especialmente, la educación pública. En medio de la convulsión de un país azotado por tantas y tan variadas violencias, el sistema educativo público ha ido transformando la vida de millones de personas en los campos y en las ciudades. A punta de palabras y conocimientos, cientos de miles de maestros, hombres y mujeres con el corazón bien puesto, han formado varias generaciones de ciudadanos cada vez más conscientes de la posibilidad de construir la realidad a la justa medida de la necesidad y de la imaginación.



Ellos y ellas, maestros y estudiantes, son la esperanza de este país. En Bogotá, más de 35.000 docentes entregan día a día todo de sí para formar a casi 800.000 niños, niñas y jóvenes. A ellos, los maestros y las maestras de



Bogotá, está especialmente dedicado este libro; a ellos siempre, y para siempre, un millón de gracias.

En Bogotá, la educación pública es considerada un patrimonio sagrado de la ciudadanía. La Secretaría de Educación del Distrito lleva más de cincuenta años construyendo este lugar de honor que ocupa la educación como motor de la transformación individual y colectiva. En tanto derecho fundamental es, tal vez, la conquista ciudadana más preciada de los últimos dos siglos; por la educación pública los estudiantes, los profesores, los funcionarios, las familias, las comunidades, las organizaciones, hombres y mujeres de todas las edades y en todas las condiciones y situaciones están dispuestos a hacer todo, hasta lo imposible.

A pesar de este profundo arraigo, el sistema educativo de Bogotá se puso a prueba a principios del pandémico 2020. El 11 de marzo, apenas un mes después de haber empezado el año escolar, la OMS declaró la covid-19 como una pandemia con más de 100.000 casos en más de cien países. Ese mismo día, la Alcaldía Mayor decretó la alerta amarilla y la vida de todos en la ciudad y en las zonas rurales cambió de manera insospechada. Pocos días después los docentes, apelando a su generosa y extraordinaria capacidad de respuesta, se sumergieron de lleno en el diseño de guías y metodologías que permitieron afrontar la emergencia y continuar con el proceso educativo de manera virtual. El 16 de agosto se decretó en el país la suspensión de las clases presenciales y, en Bogotá, se puso en marcha la estrategia Aprende en Casa, marcando para siempre un hito en la historia de la educación pública del país.





No fue nada fácil, no ha sido nada fácil. Si algo ha caracterizado los entornos educativos siempre es la construcción de relaciones, afectos y comunidades que se tejen y se vinculan a partir de los encuentros cara a cara, cuerpo a cuerpo. Dejar de encontrarnos, dejar de vernos y dejar de reconocernos parecía ir en contra de todo lo que hemos construido en la escuela desde hace tantas décadas. Fue muy difícil. Garantizar la continuidad del proceso educativo se convirtió, sin duda, en un reto descomunal para el sistema entero. Docentes, estudiantes, familias, comunidades, organizaciones, funcionarios y colaboradores del Distrito se unieron, como nunca antes, en torno al propósito común de



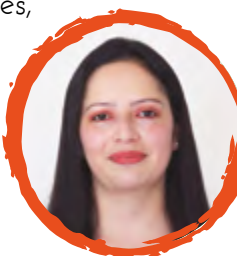
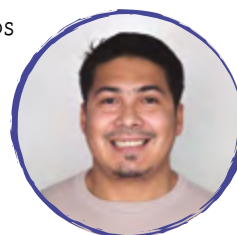
continuar las clases y, así, defender, garantizar y ejercer el derecho a la educación. Esta no fue solo una tarea académica y de académicos. Además de afrontar las dificultades relacionadas con llevar por buen curso los procesos de aprendizaje, también fue necesario desplegar complejos operativos logísticos y administrativos para garantizar la continuidad del Programa de Alimentación Escolar y la conectividad a Internet, todo en tiempo récord. Este libro es nuestra manera de extender nuestro agradecimiento a tantas otras personas, además de los docentes, que han hecho posible la continuidad del proceso educativo de las niñas y niños de Bogotá.



¿De dónde viene tanta fuerza? ¿De dónde tanto empeño? ¿De dónde brota tal raudal de energía que ha sido capaz de hacer frente a esta crisis y sortearla con éxito? Estos quince relatos ahondan en las vidas de maestros y maestras buscando alguna respuesta, si es que la

hay. Nos acercamos a los docentes pensando que íbamos a encontrar historias excepcionales relacionadas específicamente con la atención a la pandemia, y lo que encontramos fueron personajes extraordinarios, mucho más allá de este momento. En perspectiva, su capacidad de respuesta apareció como algo natural en personas que se han visto avocadas a enfrentar situaciones difíciles a lo largo de toda su vida. Durante las entrevistas los protagonistas dieron más importancia a su larga y rica trayectoria que al presente mismo, definiendo así el enfoque de estos relatos. Se trata de quince historias que podrían ser miles, o cientos de miles, o millones; al fin y al cabo la enseñanza y el aprendizaje, al igual que la pandemia, son experiencias compartidas por personas del mundo entero. Estas quince historias pueden ser cualquiera de ellas, y eso es, precisamente, lo que tienen de especial; como ellas hay muchas, si no todas; cada una expresa, en sí misma, a todas las demás.

Estos quince relatos son quince universos diferentes, tan variados como sus mismos protagonistas. Hay desde cuentos de hadas hasta testimonios en primera persona, pasando por relatos épicos, dramáticos y fantásticos. Son las historias de profesores y profesoras que se han inventado y reinventado a sí mismos mucho antes de que la pandemia pusiera de moda la palabra. Hay historias de astronautas, inventores, científicos de las ciencias naturales y de las ciencias sociales, literatos en varios idiomas, matemáticos, ajedrecistas, músicos, activistas, diseñadores, comunicadores, teatros, ingenieros, filósofos, cultores y agricultores. Más allá de sus títulos, disciplinas y campos de desempeño,





se trata de maestros que han ejercido el magisterio de manera magistral y eso es lo que nos enorgullece.

Los relatos están centrados en las historias de vida de los personajes, pues es en la experiencia donde surgen las maneras de ser, las convicciones, las causas que se asumen y las posturas ante la vida. Es en la experiencia vital donde se construye cada manera de ser y estar en el mundo, así que este es un libro sobre la subjetividad, sobre lo humano más humano, sobre la percepción, la imperfección, el sentimiento, el amor, la felicidad, el dolor, el drama y la alegría. Cada relato ha sido cernido a través de la mirada y el tamiz de la creación de sus autores con el único propósito de emocionar y, así, reconocer y agradecer la labor de los maestros y maestras de Bogotá.



El proceso de escritura de este libro fue como una expedición a la empatía. Cada uno de sus personajes accedió de manera generosa a abrir las puertas de su casa y de su vida de tal forma que fuera posible, por un instante, ponerse en su lugar. Dos ejes temáticos atraviesan de manera transversal estas historias, la lucha contra la adversidad y la bondad. Sin excepción, se trata de personajes que han sabido convertir las dificultades en oportunidades; personas que han hecho de la docencia una manera generosa de estar en el mundo, basada en el amor por los demás. Las historias aparecen intercalando personajes femeninos y masculinos, cada



grupo ordenado alfabéticamente. Aparecen primero las historias individuales y luego aquellas con varios protagonistas. El libro cierra con el relato sobre Memorias Sumapaceñas, una experiencia de aprendizaje, afirmación

cultural y territorial que transcurre en el páramo de Sumapaz protagonizada, no solo por los docentes, sino por la misma comunidad. Su relato honra los valores de la organización comunitaria y su capacidad de agenciar cambios y transformaciones sociales.



Después de atravesar un año muy difícil, este libro es una celebración de la vida misma. Rinde homenaje a la vida a través de quienes la han honrado con su propia existencia y en el ejercicio consagrado del oficio de enseñar. Transitar por estos quince relatos es como recorrer el camino inverso para buscar, en cada una de estas vidas, el origen de la vocación, que no es otra cosa que la manera formal de llamar a la pasión. Aquella fuerza incontenible que nace allá en lo más profundo, en las entrañas, y se convierte en el motor vital y en la razón de ser de la existencia de quienes lo entregan todo y hasta más por una causa. Este libro, más que un libro, es nuestra manera de agradecer la fortuna de estar vivos y de contar con ustedes, maestros y maestras de Bogotá. Gracias por los aprendizajes, gracias por poner siempre el corazón junto a la razón, gracias por hacer hasta lo imposible por ellos, los niños y las niñas, y, sobre todo, gracias por creer en la vida y hacer de esa convicción una manera de ser y de estar en el mundo. Futuro es lo que hay. Gracias.

Edna Cristina Bonilla Sebá

Secretaria de Educación del Distrito



Prólogo





Martha García

Programa de Ajedrez Curricular

Martha, líder del programa de **Ajedrez Curricular en el Distrito**, es una mujer de sonrisa franca y mirada luminosa y penetrante. Mira a la distancia y se toma un tiempo antes de responder cualquier pregunta. **Ninguna palabra le sale a la ligera.** Todo en ella parece estar sopesado y envuelto en un halo de sensatez y de serenidad. La suya es una historia sobre la **libertad** y el **libre albedrío**, sobre cómo tomar las riendas de la vida y hacer con ellas una **jugada maestra**, a la justa medida de su opción y de su decisión.

Martha Liliana

Una partida, una vida

Las fichas regresaron de nuevo a su caja, cada quien con cada cual, sin rangos, ni títulos, ni privilegios y los tableros volvieron a quedar vacíos hasta la próxima contienda. Era 1988 y terminaba el campeonato mundial de ajedrez en Timisoara, Rumanía. La colombiana Martha Liliana García Guzmán había ocupado el lugar número doce entre doscientos sesenta y cuatro jugadores, convirtiéndose en una de las mejores ajedrecistas del mundo. Tenía catorce años y su mamá ya no estaba allí para compartir su felicidad y el orgullo de todo un país. Estaba sola y así, sola, tendría que jugar el resto de la vida. Esta era únicamente la apertura, su partida apenas estaba comenzando.

Martha, líder del Programa de Ajedrez Curricular en el Distrito, es una mujer de sonrisa franca y mirada luminosa y penetrante. Mira a la distancia y se toma un tiempo antes de responder cualquier pregunta. Ninguna palabra le sale a la ligera. Todo en ella parece estar sopesado y envuelto en un halo de sensatez y de serenidad. La suya es una historia sobre la libertad y el libre albedrío, sobre cómo tomar las riendas y hacer con la vida una jugada maestra, a la justa medida de su opción y de su decisión.

Nació en 1974 al abrigo del Nevado del Ruiz en Villahermosa, un pueblo bellissimo del norte del Tolima del que Martha habla con un tono de cariño entrañable, ese mismo que se usa para hablar de los sitios donde se ha sido completamente feliz. Cuenta con orgullo que viene de una familia de educadores y que Cecilia, su mamá, fue su profesora de primero de primaria. Al papá, Néstor, le decían el maestro de la cordillera. Ella





alcanza a recordarlo como alguien metódico, que organizaba sobre la bayetilla las tuercas de los carros que arreglaba, sus propios carros. Cuando Martha tenía cuatro años, él sufrió un accidente y falleció. Cecilia tuvo que arreglárselas sola con sus cuatro hijos: tres mujeres y un hombre, Martha la menor. A los pocos años, llegaron a Ibagué. Fue allí donde, al paso, se cruzaría con el ajedrez y quedaría capturada para siempre entre esas sesenta y cuatro casillas, su puerta secreta a la felicidad.

Una noche llegó un primo lejano a su casa, venía con un amigo y un tablero de ajedrez. Martha cayó presa del embrujo, no perdió de vista jugada alguna y le pareció ver a las fichas cobrar vida propia. Él solo le dijo –primero hay que pensar y luego se mueve la pieza–, cuando terminó la partida ella ya había entendido de qué se trataba el juego. Vivía a seis cuadras del Instituto Municipal del Deporte y la Recreación; y su abuela, con mucha cautela, le había enseñado a ir caminando. Picada por la curiosidad, se acercó a la Liga de Ajedrez y se encontró con un hombre barbado y de largos cabellos. Martha no pudo sino interpretarlo como un ser misterioso al que era mejor no conocer. Solo era un maestro de la liga, pero ella se asustó al verlo, dio un salto y huyó despavorida. Un año después regresó y se quedó. Tenía diez años cuando entró a la liga e hizo de ese sitio su refugio y su escuela para la vida. Hacía las tareas del colegio en los descansos, rápido, salía corriendo a almorzar y de ahí se iba para la liga y no regresaba sino hasta tarde. Allí aprendió a vencer, pero más importante, a ser vencida, a caer y a levantarse todas las veces que fuera necesario. Cuando jugó su primer torneo abierto ni siquiera alcanzaba al tablero y no logró ganar una sola partida. –El otro año voy a ganarle a todos estos cuchos–, pensó y así fue.



“Allí **aprendió** a vencer, pero más **importante**, a ser **vencida**, a **caer** y a **levantarse** todas las veces “que **fuera necesario**”.



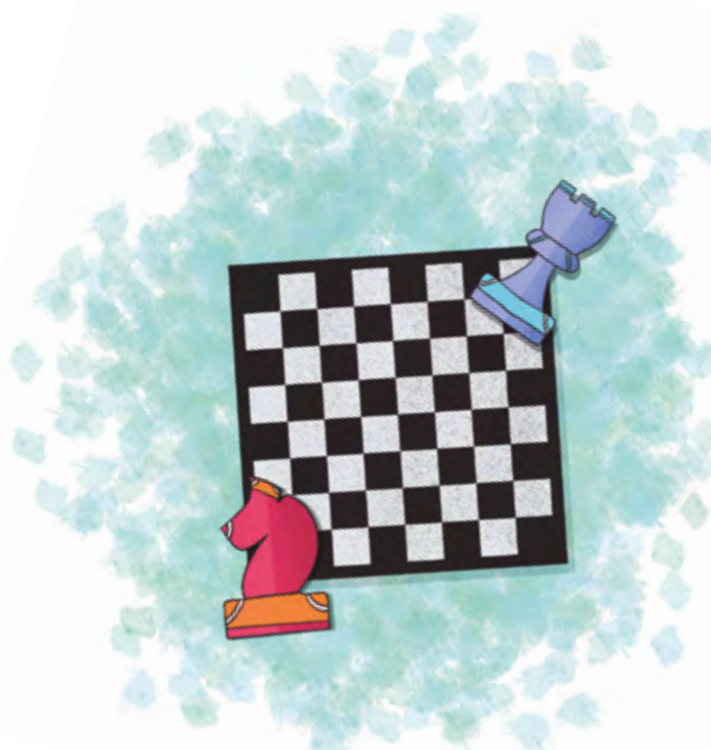
Cecilia murió víctima de un cáncer. Fue devastador, su mamá era todo y ya no estaba. Un día se subió a llorar al tejado, se sentó en el tanque de agua y desde ahí vio, en la calle, una carroza fúnebre que escoltaba a una mujer desconsolada. Se vio a sí misma. Vio su dolor insondable desfilar frente a ella y, por un instante, quiso irse también en ese mismo viaje; pero vio mejor y desistió de su impulso. Se fijó que a lado y lado de la calle la vida seguía su curso irrevocable, como si se tratara de una partida; una vez arranca no para ni retrocede, solo puede avanzar y culminar. Lo que sucedía allí en su calle no era indiferencia, era simplemente eso, la constatación de un hecho contundente, la vida sigue. Martha se levantó, bajó del tejado y siguió. Aunque quedó bajo el cuidado de su abuela, doña Nena, en realidad siguió sola. Doña Nena era una mujer fuerte que a los veintitrés años tuvo que aprender a sobreponerse a lo peor, el asesinato de su esposo sometido a los peores vejámenes por pensar y seguir un color político diferente al de sus verdugos. Sin embargo, esta vez doña Nena no aguantó. La muerte de su hija la sumió en un estado de pesadumbre del que nunca regresó, así que Martha se levantó y tuvo que seguir sola.

El dolor nunca desapareció, se fue transformando y acomodándose hasta que se volvió parte de su vida, pero nunca se fue. Con sus trece años bien puestos, su madre y su abuela la habían dejado bien preparada. En la Liga de Ajedrez, era la única mujer, eran noventa y nueve niños y ella. Ni lo notó. Había sido criada independiente y autónoma. No sospechaba que en otros mundos la vida de los niños fuera una y la de las niñas otra. Todavía no lo entiende. Se crió con sus primos corriendo, montando en bicicleta y jugando fútbol, trompo, yermis y coca. Así ha vivido siempre. Nunca ha pensado que algún obstáculo relacionado

con el género pueda detenerla, no en vano la Reina es la ficha más poderosa y valiosa del tablero y puede moverse por las filas, las columnas y las diagonales en todas las direcciones. Así es Martha, puede moverse en todas las direcciones y siempre anda ligera de equipaje para hacerlo rápido.

Empezó a trabajar desde ese momento, se volvió profesora de ajedrez de los hijos de sus profesores, aunque no todos veían con buenos ojos su práctica deportiva. Muchos no lograban reconocer en el tablero más que un tablero y no el sitio donde se aprende a pensar, a prever, a analizar posibilidades y a diseñar estrategias y tácticas. El ajedrez representa una bella alegoría de la vida y así se ha propuesto Martha enseñarlo a los estudiantes del Distrito, las jugadas no están contadas, nadie sabe cuánto va a durar una partida, pero allí ocurre todo, los logros, las derrotas, los planes truncados, las sorpresas, las alegrías y las tristezas, la vida misma. El juego envuelve a los jugadores en su propio universo y todo lo demás desaparece, de allí su fuerza liberadora. Martha lo sabe muy bien.

Su primer torneo Nacional fue en Tunja y quedó en tercer lugar. El segundo año quedó de segunda y el tercero, en 1988, fue campeona nacional. Su mamá había muerto solo unos meses atrás. Martha Liliana se había ganado un puesto en el Campeonato Mundial de Rumanía, pero Rumanía se veía muy lejos de Ibagué en el mapa. Gustavo Ramírez, quien era rector de su colegio y luego Secretario de Educación, la apoyó, tocó puertas, fue a las emisoras, habló con las comunidades y ¡jaque al destino! Reunió la plata, empacó a Martha en un avión y la mandó a Timisoara Rumanía, junto con Jorge Ortiz, su entrenador. Desde el piso quince de su hotel, la Rumanía socialista se descubría sorprendente en todo sentido. Los hombres





y las mujeres trabajaban a la par, eso no le asombró tanto, pero le contaron que tocaba pedir permiso para tener hijos y hasta para morir; y le pareció que ella prefería decidir y actuar antes que pedir permiso y obedecer. Ahí conoció a Judit Polgár, la mejor ajedrecista del mundo. Le sorprendió enterarse que en Hungría a Judit le pagaban los torneos nacionales con apartamentos, mientras que ella solo contaba con el apoyo de su hermana Esmeralda cuando podía, que no era siempre. También le sorprendió saber que Judit era la menor de tres hermanas ajedrecistas que nunca fueron al colegio. Su padre László Polgár había diseñado una estrategia educativa en casa con tutores, donde el ajedrez era el hilo conductor que enlazaba las distintas materias que iban estudiando. Ese mismo principio ha estado en la base de la implementación del Programa de Ajedrez Curricular que Martha lidera en Bogotá hoy en día.

Aunque ocupar el lugar número doce en el campeonato mundial era un gran logro, se trataba solo de la apertura. De ahí en adelante, vendrían las jugadas de desarrollo para Martha, su juego estaba en el centro del tablero y su vida apenas comenzaba. En el año 94, tuvo que dejar el ajedrez para ponerse a trabajar y subsistir, pero su hermana apareció y, como pudo, la rescató. En el 95, Martha volvió al ajedrez. Con la orientación de su maestro, David Betancur fue campeona nacional de mayores, aunque no había tenido las mismas condiciones de preparación que otros. Sabía que su lugar más seguro era la educación, al lado de su maestro había aprendido a compartir el conocimiento. Sabía que tenía que conectarse con la educación y trabajar en ese campo, así corría menos riesgo

de dejar el ajedrez. Fue a la caja de compensación y empezó a dar cursos de todo lo que pudo. Entró a hacer la Licenciatura en Educación Física en la Universidad del Tolima y allí siempre la apoyaron. Su matrícula nunca costó más de \$5.000 pesos. Ella, por su parte, ganó cada uno de los torneos en los que participó cada año.

Martha Liliana era una maestra reconocida. El Instituto Municipal para el Deporte y la Recreación la contrató medio tiempo para que trabajara en la cancha Maracaná, en el barrio Ricaurte. –Uno tiraba un balón y nunca volvía a caer–, dice recordando cómo era de difícil todo allí. Más que enseñar un deporte, formaba a los muchachos. –Les pedía que encontraran la palabra estrato en el recibo de la luz y luego les decía: “el estrato está en el recibo y en la cabeza de cada uno, en ningún otro sitio”–. Cada sesión, más que un partido o una partida, era una lección sobre la dignidad y sobre la importancia de tomar el control de la propia vida. Si algo enseña el ajedrez es a eliminar al mínimo la posibilidad del azar. No se deja la vida en manos de la coincidencia, se juega pensando en las opciones y se toman decisiones que implican riesgos y consecuencias. Qué principio tan sencillo y tan poderoso en manos de los niños y las niñas.

Visitó veintiséis municipios en el Tolima y empezó a masificar el ajedrez. Llegaba a los salones y preguntaba –¿quién quiere jugar?– y solo uno levantaba la mano. Formó buenas personas, buenos estudiantes y campeones nacionales e internacionales. Le enseñó ajedrez a su primo desde los cuatro años. Después de sacar un ICFES altísimo, Julián fue becado para estudiar Medicina en la Universidad del Tolima y hoy





curso una especialización en la Universidad del Rosario. Todo se lo ha dado el ajedrez. Martha trabajó diez años en el Colegio Santa Teresa de Jesús en Ibagué y fue entrenadora de categorías menores en el Tolima. A medida que fue creciendo, ganó en todas las categorías hasta llegar a ser medalla de oro en los juegos nacionales dos veces, en el 2004 y en el 2008. Ese mismo año decidió retirarse del ajedrez competitivo. Llevaba veinte años viajando y era hora de parar. Se sentía en tablas con la vida, no quería ni ganar ni perder, solo quería jugar por jugar. Martha analizó las opciones, decidió y actuó. En el 2010, renunció a sus trabajos, empacó lo poco que necesitaba y así, ligera como siempre, se fue adonde su hermana en Cali y se matriculó en la Escuela Nacional del Deporte.

Estaba haciendo ejercicio, corriendo, cuando tropezó y cayó al piso. Al principio no le dio mucha importancia, pero el accidente resultó muy grave. Se raspó la piel en la caída y por la herida que se abrió sobre la ceja se coló una bacteria. Estuvo muy mal. Los accidentes son eso, accidentes, y, aunque se tomen todas las medidas, es imposible preverlos. Todo se detuvo, como cuando las partidas duraban dos días. Tocaba parar y anotar la última jugada en un sobre para poder retomarla al día siguiente. No tenía trabajo ni EPS y eso agravó aún más la situación, su tesis de la especialización en Dirección y gestión deportiva quedó detenida y además le dio hepatitis A. La vida la puso en jaque. Se mudaron a Caicedonia y ahí terminó de recuperarse, siempre enfundada en el cuello ortopédico. Había pasado un año entero cuando la llamaron y le propusieron ser entrenadora de la Selección Tolima, si aceptaba tenía que estar al día siguiente en Ibagué. Como si hubiera anotado su última



jugada en el sobre, Martha simplemente reanudó la partida y siguió jugando.

En agosto de 2013, recibió otra llamada. Si aceptaba tenía que estar en Bogotá al día siguiente en la Plaza de los Alfiles del centro comercial Gran Estación. Ahí estuvo. Martha Liliana García Guzmán, maestra de ajedrez, del mundo y de Colombia, empezó a ser parte del equipo de la Secretaría de Educación del Distrito y ahí se ha mantenido todos estos años. Existía el Programa Escuela de Ajedrez que se desarrollaba con los profes de planta y ella empezó por ahí. Era un Centro de Interés en contrajornada, una actividad opcional como complemento a las materias del currículo. Recordando a László Polgár, reorientó este programa para que fortaleciera procesos de aprendizaje en los estudiantes. El ajedrez no solo representa la vida, es una herramienta para ser, para saber y para aprender. Es un medio para desarrollar competencias matemáticas, científicas y comunicativas, pero también para convivir consigo mismo y con los demás. Permite a los estudiantes usar lo aprendido en una situación específica y práctica. Con esa perspectiva, Martha le dio al programa un enfoque más formativo que recreativo o competitivo. La idea dio resultado. Aprovechando el convenio con Compensar contrataron más docentes y se amplió la cobertura. Organizaron Ajedrezarte un evento en el que participaron 3.200 niños en Gran Estación, Ciudad Tunal y la plaza fundacional de Suba. Fue una gran puesta en escena con bombas y muchachos vestidos de smoking. Hubo de todo: simultaneas, ajedrez humano, ajedrez y arte, y juego libre. La ciudad entera se convirtió en un gran tablero de sesenta y cuatro casillas.

“El **ajedrez** no solo representa la **vida**, es una **herramienta** para **ser**, para **saber** y para **aprender**”.



En 2015, el ajedrez entró a formar parte del currículo. Qué logro enorme. La Directora de Preescolar y Básica de la Secretaría le dijo –haga un piloto y viene y me cuenta–. Martha buscó diez colegios que ya tuvieran experiencia y empezó. El primero fue el Alfonso López Michelsen donde el ajedrez siempre había sido muy importante para la rectora. En el mismo horario de las clases curriculares, se tejió el ajedrez con el español, las matemáticas, las ciencias naturales y las otras materias. A eso, le llaman armonización y articulación curricular. Conformó un equipo interdisciplinario de lujo. Como si se tratara de las mismas fichas en el tablero, buscó habilidades diferentes que se complementaran cuando estuvieran juntas: expertos en física, ingeniería electrónica, literatura, biología, educación física, ciencias sociales, trabajo social, psicopedagogía y primera infancia. Así armó la estrategia y ha sido ganadora, sin duda. La táctica la desarrolla con los docentes de los cuarenta colegios de Bogotá de las once localidades por donde se ha expandido. Participan 20.000 niños y niñas; sí, 20.000. Tienen kits con petos y tableros gigantes para que los niños se conviertan en fichas, así como alguna vez lo soñaba Martha cuando era chiquita.

Durante la pandemia tuvieron que jugar una de las partidas más difíciles, pero ganaron. Con los niños en casa, y de manera virtual, involucraron al juego a los papás y les mostraron que no hay nada más serio en esta vida que jugar. En estos años, Martha ha logrado consolidar una estrategia que sitúa al ajedrez en el centro del aprendizaje y lo pone allí, al alcance de todos los niños y las niñas. Nada más democrático, nada más esperanzador, nada más liberador porque al final, cuando la gente tiene que desprenderse de los rangos, los títulos

An illustration of a hand with a blue sleeve and a blue wristband, holding a purple chess piece (a pawn) over a black and white checkered board. The background is a textured blue sky. The hand is positioned on the left side of the frame, with the index finger pointing down at the piece. The chess piece is a purple pawn, and the board is a standard black and white checkered pattern.

y los privilegios, queda en cada quien lo que es, lo que sabe y lo que puede aprender, nada más. La partida para Martha aún no termina y nunca se sabe cuántas jugadas puede durar, lo cierto es que avanza irrevocablemente y ella sabe que puede moverse en todas las direcciones. Es una gran maestra y, además, es libre.

Tatiana Duplat Ayala

A portrait of a man with dark hair and a mustache, wearing a blue button-down shirt, sitting in a black office chair and smiling. He is making hand gestures with both hands. In the background, there is a large red-framed screen displaying a blurred image of a person. A vase with red and white flowers is visible in the bottom right corner.

Fabio Ortiz
IED Bernardo Jaramillo

Fabio achaca **toda suerte** a una especie de milagro que tal vez esté por ahí **rondando** su vida. Vive en un **mundo mágico** en donde todo es **posible**. No dice: —**conseguí un trabajo**—; dice —**me salió un trabajo**—, como decir me salió un **tigre** por el camino o un **hada madrina** en el supermercado. Y en esa **pequeña sutileza del lenguaje**, está toda su **grandeza**. Los alumnos del profe Ortiz saben que las **matemáticas** se relacionan con la **realidad de manera directa**, porque en sus clases las operaciones más **sencillas** o **complejas** llevan el peso de la **cotidianidad** y lo humano.

Fabio En honor a Lucrecia

En los juiciosos cálculos de los astrónomos, tal vez estén ocultos los cimientos de las civilizaciones y los dioses. La enseñanza de las ciencias sociales sería inconcebible sin la existencia de la aritmética que ha sido fundamental para el desarrollo humano: las ciudades, los caminos, los barcos, los cohetes, la geometría, los puentes, los viajes imaginados a Saturno, Bach y Beethoven, las historias de los famosos *Tigres de Mompracen* y las *Mil y una noches*. En últimas, el mundo que conocemos no sería posible sin ese gran arte. Así que no es descabellado decir que un buen profesor de matemáticas es el mejor regalo que un niño pueda recibir. Es como entregarle una fábrica de futuros posibles. Fabio Ortiz es uno de esos maestros.

Es bueno para las matemáticas desde que era un niño en Girardot y le ayudaba con los oficios del hotel donde trabajaba a su madre, doña Lucrecia Ortiz, que murió tan joven. Ella es la musa a la que canta todas sus glorias este lunático Fabio, que lleva la luna encima por nacer en cáncer, tan conectados siempre con lo profundo. Cada logro, cada sonrisa, cada atardecer, cada felicidad, cada mañana, cada día, cada número de sus días es en honor a Lucrecia.

Como un regalo para él, está el significado oculto del nombre de su madre. En muchas páginas, aparece esencialmente lo mismo: Lucrecia es un nombre de origen latino asociado a la pureza y al triunfo. Solo llevan este nombre las mujeres emotivas y perceptivas. Suelen expresarse por medio de la investigación y la comprensión. Son profundamente liberales y aman la libertad sobre todas las cosas. Pero en todas esas páginas, lamentablemente, hace falta el fragmento que más importa, ese que





dice: "Cuando las Lucrecias mueren devienen en ángeles guardianes", como esos ángeles tan humanos y poéticos que aparecen en las emblemáticas películas de Wim Wenders.

Pero regresemos a comienzos del año 2000 en Girardot. Supongamos que es sábado 6 de mayo y que el hoy desaparecido Hotel Delta está completamente ocupado. El niño Fabio, que cumplirá siete años el 18 de julio, se encuentra atendiendo la caja registradora, mientras su madre se encarga del trabajo pesado del hotel: los almuerzos, las camas y las quejas. Es un día caluroso y húmedo. El aire que se respira es puro río Magdalena evaporado. Digamos que salen a eso de las ocho de la noche y se van para la casa; que Fabio no lo nota, pero Lucrecia está pensativa, melancólica, eso le diría su hermana mayor mucho tiempo después. Fabio se sube al camarote y cae rendido a eso de las nueve y sobre las once se pasa a la cama doble de su madre donde duerme también su hermanita. A las cinco de la mañana de ese domingo 7 de mayo, su hermanita se le arruncha.

—Mi mamá está muy fría— le dice.

A las seis de la mañana, se despierta el niño Fabio y le parece extraño que su madre todavía duerma. Trata de despertarla, la zarandea un poco, pero nada pasa. Entonces, se da cuenta de que su mamá tiene el brazo derecho desgonzado hacia el piso y que ese brazo está muy negro. Entiende que su mamá está muerta. Lo primero que piensa es que murió electrocutada, porque la estufa está muy cerca de la cama, conectada con cables pelados que se zafan con el viento; pero no fue así.

"Es bueno para las **matemáticas** desde que era un **niño** en **Girardot** y le ayudaba con los oficios del hotel donde trabajaba a su **madre**, doña **Lucrecia Ortiz**, que **murió** tan joven".



—Fue un infarto fulminante— dice Fabio hoy en día con plena tranquilidad. —Tenía el corazón muy grande y estaba partido en cuatro, eso dijeron los médicos—.

Lo dice desde su apartamento en el piso diecisiete de unas torres enormes que están sobre las lomas de la calle 31 sur con carrera décima. La postal de Bogotá que se ve desde allí es única. Nadie ha tomado esa foto todavía. Una Bogotá muy pegada a las faldas de La Peña, Guadalupe y Monserrate que tutela el pequeño centro de edificios altos y luego, la ampulosa ciudad de sur a norte en toda su extensión de nave nodriza. Allí vive Fabio con su pareja, su suegro y una perrita labradora que se orina de la emoción por todo. Es un apartamento propio, han trabajado cada centímetro de baldosa, cada bombillo y adorno.

Con la muerte de su madre, Fabio quedó huérfano del todo porque nunca hubo una figura paterna en su vida. —No hizo falta ni pa' el apellido— dice con ironía. —Llevo orgulloso el apellido de mi madre. A mi padre, lo vi una sola vez en la vida cuando tenía cinco o seis años—.

Fabio es consciente de que su vida cambió por completo. Lo que hasta ese momento conocía como familia se desintegró para siempre. Su hermano mayor, Adrián, ya era grande y vivía por su cuenta. Su hermana mayor, Lina, estaba embarazada cuando Lucrecia falleció y se fue a vivir con su pareja. La pequeñita, que era hija de otro matrimonio, se la llevó el papá; y la tía Sara se encargó de Fabio hasta que se graduó de once en la Escuela Normal Superior María Auxiliadora. La costumbre era que desde décimo se les exigía a los alumnos hacer trabajo social como maestros en los jardines asociados. Lo que más quería en ese entonces era graduarse como maestro para comenzar a trabajar y ser independiente; pero tan pronto se

graduó de once se fue a vivir con su hermana mayor. Consiguió trabajo como empacador en un supermercado y ahorró cuanto pudo para hacer los dos años complementarios. Recibió su título de Normalista en el 2007 y decidió que sus veinte añitos eran suficientes para comenzar su propio camino.

Después de pasar unas cortas vacaciones de diciembre en la casa de la hermana de su mejor amigo Fabián, pensó que lo mejor era quedarse en Bogotá. Aunque soñaba con ser maestro del Distrito, sabía que debía esperar el momento propicio. En enero, pasó hojas de vida a distintos colegios. Le dijo a su primo Carlos que le diera posada mientras se instalaba. Alguien le recomendó la Fundación San Antonio. Fue, presentó la entrevista, esperó una semana o dos y como no lo llamaron se desesperó y consiguió un puesto vendiendo celulares. Fabio achaca toda suerte a una especie de milagro que tal vez esté por ahí rondando su vida. Vive en un mundo mágico donde todo es posible. No dice: –conseguí un trabajo–; dice –me salió un trabajo–, como decir me salió un tigre por el camino o un hada madrina en el supermercado. Y en esa pequeña sutileza del lenguaje, está toda su grandeza.

El día en que comenzaba su nueva vida de vendedor de celulares lo llamaron de la Fundación San Antonio, “le salió el trabajo”. La Fundación es una entidad especializada en educación no formal, que refuerza tareas y hace actividades lúdicas para niños desde los cinco años, en diecisiete sedes distribuidas por toda la ciudad. A Fabio, le asignaron la sede principal del Lucero, como monitor de matemáticas a cargo de treientos niños. Lo contrataron por \$515.000 al mes. Importante cifra porque el salario mínimo de entonces era \$461.500 y esos pesos de



Fabio
IED Bernardo Jaramillo





$$y_2 \left(\frac{a}{b} \right)^n = \frac{a^n}{b^n}$$

más marcaban una diferencia enorme para él. La seguridad de haber conseguido ese primer trabajo (aunque él insistía en que los trabajos “le salen”), le dio fuerza y seguridad para enfrentar el mundo con más dicha.

No se puede perder de vista que apenas llevaba cuatro meses en Bogotá. Era un recién llegado de tierra caliente; un calentano sin experiencia en el tejemaneje de las calles y las carreteras, el Transmilenio y aquella rigidez de la gente. Fabio estaba acostumbrado a las sonrisas, a dar los buenos días a desconocidos, a cierto desparpajo feliz, impracticable en una ciudad con el ritmo de una capital tan frenética como esta. Sin embargo, ahí estaba él, plantado a sus veinte años, volviéndose adulto de sopetón, enseñando y aprendiendo por igual en aquella fundación que le dio la oportunidad.

Dice la leyenda que un minuto de Bogotá dura cuarenta y cinco segundos y uno de Nueva York, apenas veinte. Si alguien midiera la vida de Fabio Ortiz con un rasero tan paradójico y caprichoso, tendría que multiplicar cada año por cuatro o por cinco. En 2009, luego de ser coordinador encargado de la sede Usme durante unos pocos meses, fue nombrado instructor de matemáticas y coordinador oficial de la sede del Lucero. Casi le duplicaron el sueldo después de un año de trabajo; uno solo. En el segundo semestre del 2009, comenzó a estudiar una licenciatura en Educación básica con énfasis en Matemáticas, Humanidades y Lengua Castellana en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja. Es importante decir que aquella Fundación le dio un bono especial de \$400.000 para que pudiera estudiar sin problemas de ningún tipo en contraprestación por su excelente trabajo. El nombre de esa licenciatura es todo lo que Fabio Ortiz practica a cabalidad en su vida: es un humanista, en el amplio sentido de la palabra.



Jacob Bronowski, uno de los grandes pensadores del siglo XX, antes de todo fue matemático. Desde los números y sus hermosas relaciones, se aproximó a las demás artes con ese rigor dichoso y multifacético de los hombres del renacimiento. En su libro, *El ascenso del hombre*, Bronowski reconocía el valor de las pequeñas cosas, de los actos más sencillos, como principales motores de lo colosal. Ese gran pensador admiraría con devoción sincera la labor de un maestro como Fabio Ortiz, sobre todo por ese don que tiene de devolverle a los alumnos la posibilidad de construir mundos a partir de la capacidad de abstracción. Los alumnos del profe Ortiz saben que las matemáticas se relacionan con la realidad de manera directa, porque en sus clases las operaciones más sencillas o complejas llevan el peso de la cotidianidad y lo humano. Vaya uno a saber si al cabo de unos años uno de estos chiquillos se convertirá en físico, poeta o en un apasionado de la historia de los hombres sobre la tierra, como Bronowski.

En octubre de 2013, obtuvo su licenciatura. Si alguien le pregunta, a lo mejor dirá que “le salió la licenciatura”. Habían pasado seis años desde que salió esa mañana de su lejanísimo pasado en Girardot. Solo seis años y Fabio ya se sentía estancado. Sin duda quería seguir enseñando, pero en la educación formal. Obviamente en la Fundación entendieron cuando dijo que se iba, que estaba buscando dónde aprender más. Todavía hoy mantiene una excelente comunicación con todos: directivas, alumnos y maestros. Consiguió trabajo como profesor en el 2014 en el Colegio Parroquial Santa Isabel de Hungría.

—Tenía nervios porque eran 1800 estudiantes— dice. Era un colegio privado, certificado en gestión de calidad, que manejaba muchos protocolos y procesos muy interesantes.

“Vaya uno **a saber** si al cabo de unos **años** uno de estos **chiquillos** se convertirá en **físico, poeta** o en un apasionado de la **historia** de los **hombres** sobre la tierra”.



“Porque
ya se sabe
que en el
tiempo de
Fabio tienden
a **multiplicarse**
los **segundos**”.

Al año siguiente lo nombraron jefe del área de matemáticas, oficio que un par de años más tarde combinó con la coordinación de convivencia desde el grado primero hasta el undécimo.

Paralelo a todos esos movimientos laborales, el profe nunca perdió de vista que quería pertenecer al sistema educativo del Distrito. Está convencido de que es un sistema generador de bienestar para toda la sociedad. Es verdad. Genera estabilidad laboral para los maestros, garantiza el derecho fundamental de la educación gratuita de calidad para todos los que la necesiten por igual; y proporciona tranquilidad para los padres de familia.

A finales de junio de 2015, lo llamaron de la Secretaría de Educación del Distrito a decirle que había pasado el examen y que, además, podía elegir colegio. Fabio quería una localidad intermedia entre su casa y el Colegio Parroquial para que no le quedara tan duro moverse de un lado a otro. Eligió la IED Bernardo Jaramillo en la jornada de la tarde. Sus días quedaron, aparentemente, completos: en la mañana en el Parroquial y en la tarde en el Bernardo Jaramillo. Aparentemente completos porque el profe sentía que le sobraba tiempo, mucho tiempo, como de seis de la tarde a doce de la noche, por ejemplo. Porque ya se sabe que en el tiempo de Fabio tienden a multiplicarse los segundos.

Se ganó una beca en la Universidad Externado de Colombia para hacer una maestría en educación con énfasis en didáctica de las matemáticas. Una beca que cubría el cien por ciento. Ese logro, ese regalo de la vida, también se lo ofreció a Lucrecia. A ella le dedica todo lo que logra, como se sabe, porque de ella proviene la fuerza. Fabio está convencido de haberla sentido por ahí, en los intersticios de sus horas de duermevela. En secreto, sabe que el ángel de su mamá Lucrecia no ha dejado de trabajar por él ni un solo segundo. Ana Blandiana, poeta

rumana que entiende mucho de este tipo de ángeles, dice en uno de sus poemas: "Ellos, los ángeles, no saben hablar, /no son adecuadas las palabras /para su expresión, /su mensaje mudo es la presencia [...]".

Los días de Fabio desde 2016 hasta 2019, año en que terminó la maestría, comenzaban a las cinco de la mañana y se acababan a las dos o tres de la mañana del día siguiente. Así fueron los lunes y los junios y los febreros durante el tiempo que duró estudiando, porque así es su manera de entender el tiempo, esa secreta forma de la eternidad.

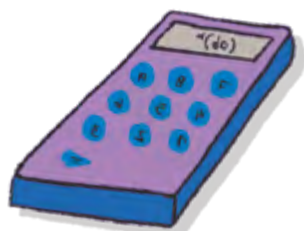
Justamente en marzo de este año, cuando comenzó la cuarentena, se cumplieron doce años desde que "le salió" su primer trabajo en Bogotá. Un ciclo completo de las ramas terrenales del calendario chino. Y como Fabio sabe de ciclos y los respeta, decidió dar por terminada su experiencia en el Colegio Parroquial porque quería enseñar en una universidad. A comienzos de enero, lanzó su petición en redes, y ya, eso fue todo, una petición al vacío digital. Si a alguien se le viene a la cabeza Aladino frotando su lámpara maravillosa, no debe culparse por la fácil comparación: es un pensamiento normal en este caso. Fabio Ortiz trabaja en una universidad desde finales de enero.

La pandemia que comenzó como un rumor en la lejana China fue jugando a la golosa por el mundo, saltando países de dos en dos hasta llegar a Bogotá, donde se registró el primer caso el tercer mes del año. Desde mediados de marzo todos los profesores del Distrito estaban avisados: tendrían que continuar el año desde la virtualidad, un verdadero



Fabio
IED Bernardo Jaramillo





reto para profes, padres de familia y estudiantes, afrontado con distintas estrategias.

Fabio se inventó de la nada un canal de YouTube para atraer la atención de sus alumnos y poder enseñarles matemáticas. Como modelo a seguir, tenía a Julioprofe y su archiconocido canal. Lo de Fabio no podía ser tan sofisticado sencillamente porque no contaba ni con el tiempo ni con los equipos necesarios. Improvisó un estudio en su casa. Consiguió un trípode, montó su celular y comenzó a ensayar, a pulir su presencia escénica. Las pruebas no podían alargarse mucho tampoco. Le tocaba salir al aire con lo que había porque todo era urgente en ese marzo. Aunque en la sala de su apartamento hay una ventana generosa por donde entra el sol de la mañana, tuvo que equilibrar el otro lado con un reflector casero. Bautizó su canal con el nombre de "Fortiz, el profe" (en honor a Julioprofe), y pensó en un lema apropiado. Le dio varias vueltas hasta que lo consiguió: "sumamos conocimientos -restamos temores". Lanzó su canal con un problema sencillo: cómo distribuir unos cuantos libros de su casa en tres repisas. La acogida fue inmediata. El video fue reproducido más de mil veces. Mil era un número inesperado porque solo cuenta con treinta y cinco alumnos. El segundo video lleva por título *¿Qué son los múltiplos?*, las visualizaciones se multiplicaron por siete.

Al sol de hoy, ha subido más de veinte videos matemáticos. Tiene suscriptores de otros colegios de Bogotá y otras ciudades. Hay niños que no saben cómo agradecerle porque al fin entendieron cómo sumar y multiplicar fraccionarios con denominadores distintos. Hasta un niño argentino le agradece en su tono de vos y pibe; y muchos colegas le escriben pidiéndole ayuda: que les enseñe a enseñar, que por favor haga un video sobre los números primos, por ejemplo.

Fabio recién cumplió treinta y tres años y no sabe si es feliz o no, porque no le queda tiempo para pensar en eso, su tiempo, ese que se multiplica por cuatro y que no le alcanza o porque, como bien lo dijo Fernando Vallejo en sus días azules: "Uno tiene que ser feliz sin saberlo". Lo que sí sabe Fabio es que le gusta enseñar y dejar huella, regalar futuros. Eso le gusta y eso hace en honor a Lucrecia, ella, que habita las horas de sus sueños y en secreto le otorga la fuerza para multiplicar los dones de los días.

Cristian Valencia





Norma Pinto
IED Rafael Delgado Salguero

Para Norma es de lo más natural todo: que salga de un **trabajo** y consiga **otro**, que quiera **estudiar** y se gane una **beca**, que quiera **viajar** y se gane un **premio**. Ella hace que lo **increíble** se vuelva realidad sin necesidad de **jugar a Hechizada**. Tal vez se trate de **intensidad**, que todas esas bendiciones tengan que ver con la intensidad de sus **deseos** y, claro, con una férrea **disciplina** y un **rigor** que en ella parecen tan **naturales**.

Norma Liliana

La dulce compañía de la infancia

Aunque muchos niños jueguen a la escuelita, dispongan los muñecos de felpa en pequeños pupitres y actúen de maestras o maestros, a la postre solo unos cuantos tendrán el don y la vocación de servicio. No es para todas las almas. Son pocas las Normas que lo logran, como Norma Liliana Pinto, que soñaba con lujo de detalles el tipo de maestra que sería y ahora es.

Norma es bogotana de sabana. Los bogotanos de sabana son distintos a los de cerro, porque ven cuando el sol naranja de los atardeceres golpea Monserrate y Guadalupe; y se deleitan con esos arcoíris prodigiosos que se forman casi siempre en el cauce alto de los ríos Arzobispo, Fucha, San Francisco y Tunjuelito. Nació en 1972 cuando sus padres, recién casados, llegaron a vivir a la casa modelo de la que luego se convirtió en la urbanización Milenta, ubicada al suroccidente de la ciudad.

Norma fue la primera hija del matrimonio Pinto-Crisóstomo y ejerció su privilegio solitario durante seis años en ese nuevo barrio lleno de humedales, parques y potreros. Desde muy chiquita, practicó el capricho de elegir lo que mejor le sentaba. Tiene ese don, presiente cuáles lugares, hechos o personas le van bien a su alma. Eso lo supieron su madre, doña Nirza Crisóstomo; su padre, don Miguel Antonio Pinto; y las maestras de ese primer jardín infantil al que no hubo poder humano que consiguiera entrarla. Nunca lograron que pasara ese umbral. Entonces buscaron otro jardín que le cayera en gracia a la muchachita y lo encontraron a una cuadra de su casa. Celina y míster Montaña, los dueños que dirigían el jardín, marcaron su vida desde entonces porque fue feliz con las actividades, porque se sintió amada por sus maestros y compañeros; y porque fueron los primeros modelos



pedagógicos que quiso imitar en su pequeño colegio de mentiritas con muñequitos de trapo.

La primaria la cursó en un colegio de monjas que no vale la pena recordar porque no la pasó bien; y no tanto por ella, porque Norma Liliana siempre ha sido una estudiante excelente, sino porque veía a sus compañeras sufrir. Norma Liliana vino al mundo con el precioso vicio de la solidaridad y la empatía humana. Para entrar al bachillerato, de nuevo les hizo caso a sus impulsos y una vez más sus padres le consintieron el capricho. Intentó por todos los medios entrar al Colegio Pedagógico, pero no lo logró. También intentó con La Normal Montessori y tampoco. Sus padres eligieron el Inmaculado Corazón de María, también de monjas.

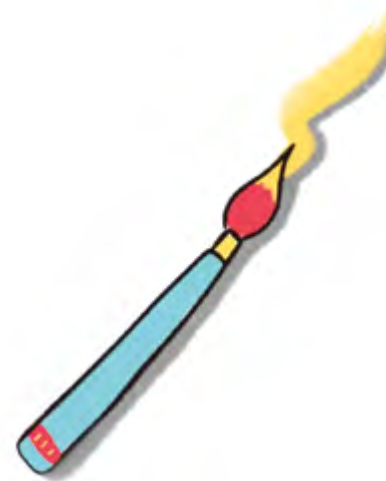
—Pero las claretianas eran otra cosa muy distinta— dice Norma Liliana. —Estas monjas llevaban el hábito por encima de las rodillas y eran expertas en pedagogía desde el amor, con un énfasis muy marcado hacia la labor social.

Norma Liliana se inscribió en los grupos juveniles, motivada por la promesa de salir a hacer labor social en los campamentos que inventaban las monjitas. De Machetá, por ejemplo, recuerda la generosa manera de agradecer que tuvieron los campesinos. Les llenaron las arcas de mazorcas gigantes, papas, chuguas, ibias, habas, huevos. Sin duda fue una experiencia que le reforzó más esa vocación que tenía desde niña.

Cuando llegó la hora de elegir qué estudiar, se inscribió en Diseño en la Universidad Nacional. Pasó el examen y se matriculó pese a la aprensión de algunos familiares y amigos de la familia que no veían con buenos ojos que la niña de la casa estudiara en esa universidad.



Norma Liliana
IED Rafael Delgado Salguero



“Norma Liliana **vino** al **mundo** con el **precioso** **vicio** de la **solidaridad** y la **empatía** humana”.



Esta bien podría ser la sinopsis de una película nominada a todos los premios, pero es la historia de Norma Liliana, una jovencita educada por monjas en colegios femeninos que ingresó a la Facultad de Artes de una universidad pública. Cualquiera puede imaginarse a Norma entrando al taller de dibujo y el pánico que sintió cuando el modelo a pintar era un hombre real que estaba desnudo. Para ponerle más suspenso al suspenso, hay que decir que esos finales de los 80 y comienzos de los 90 fueron los años más locos, anárquicos, sufridos, delirantes, peligrosos y excitantes que haya vivido esta ciudad santa. En perspectiva, se podría decir que tanto frenesí y tanta febrilidad se debía al inminente riesgo de morir cualquier día, una mañana lluviosa de un miércoles, por ejemplo, porque sí, porque estallaban bombas en mercados, aviones, carros, centros comerciales, cajeros automáticos, sedes políticas, edificios del gobierno. Además, tácitamente estaba prohibido todo y los transeúntes podían terminar el día en un calabozo por intento de sospecha. Como era de esperarse, los estudiantes de la Universidad Nacional resentían todo ese movimiento y vivían alborotados. No es difícil imaginar en el centro de la Plaza Che, un viernes, a eso de las seis de la tarde a Norma Liliana en medio de los canelazos amenizados por buenos y malos imitadores de Silvio Rodríguez o por los reventones de *El jala jala* de Richie Rey.

Norma Liliana creció de múltiples maneras como profesional y como persona en su época universitaria, aprovechó con gula la multifacética oferta cultural de la Nacional. Pero como ella es tan aplicada y no podía dejar de pensar en ser maestra, consiguió un trabajo de recreadora y ahorró cada centavo que ganó durante dos años para poder pagar la licenciatura en Educación Prescolar en la Fundación Universitaria Los Libertadores.

Para poder hacer las dos carreras, tuvo que renunciar a su trabajo de recreacionista, pero se hizo becaria de la Nacional. Como becaria tenía un trabajo que consistía en clasificar un inacabable archivo fotográfico de una artista plástica. Para Norma es de lo más natural todo: que salga de un trabajo y consiga otro, que quiera estudiar y se gane una beca, que quiera viajar y se gane un premio.

¿Cómo era un día normal de Norma en esos tiempos? Uno de esos que terminan de golpe en una almohada sin siquiera tiempo para un suspiro o un resoplo. Se levantaba a las cinco de la mañana a terminar tareas de la noche anterior y corría hacia la Universidad a clase de siete; en los huecos salía hacia la bodega a clasificar fotografías; cuando terminaba clases corría a los talleres para hacer maquetas; luego, a la Biblioteca Camilo Torres a investigar para hacer tareas de Pedagogía; y después corría a la otra Universidad para llegar puntual a clase de seis de la tarde. A las diez de la noche, volvía a su casa para hacer tareas de una u otra materia de diseño, de pedagogía, historia, fotografía y caía rendida. Por si fuera poco, los sábados tenía clase en los Libertadores hasta las cuatro de la tarde.

Sacó las dos carreras casi al tiempo. Cuando terminó diseño imprimió cien hojas de vida. Las llevó personalmente a cada sitio con toda la pesada carga de fatalidad y esperanza que eso implica. Al final, como dice la canción de Joaquín Sabina, por fin el fin. Se hartó.

Se juntó con cinco amigas y decidieron lanzarse al fascinante, siempre azaroso y nunca estable mundo del emprendimiento propio. Así suele ser la mayoría de las veces, cuando no se tienen en cuenta los atributos de esta Norma, ni esos presentimientos tan exactos, ni esa invisible fuerza de atracción.



Norma Liliana
IED Rafael Delgado Salguero





La sala cuna se llamaba Crecer Creando y funcionaba en el primer piso de la casa de una de las socias en Villa Claudia. El primer mobiliario lo consiguieron prestado. La publicidad la hicieron por todas partes, empapelaron el barrio, llamaron amigos y becaron algunos bebés para dar la impresión de mucho niño matriculado. Al siguiente año, se tuvieron que mudar porque la que tenía la casa tuvo que migrar con su familia. Cuando se quedó sin socias, Norma Liliana hizo un acuerdo para que la sala cuna funcionara en la planta de abajo de la casa de sus padres, pero a los dos años les propuso arrendar toda la casa porque no daba abasto. En palabras de Norma Liliana: –Era un jardín diez estrellas en un barrio chiquito–. El proyecto empezó a marchar muy bien. La buena reputación se regó por todo el barrio porque era un jardín con énfasis en artes plásticas, teatro, música, literatura y danza, la Universidad Nacional fue clave en su propuesta pedagógica.

Después de ocho años de trabajo ya tenía licencia de prejardín, jardín, kínder y transición. Al paso que iba se convertirían en un colegio en un santiamén, pero no fue así. Se le metieron los ladrones y arrasaron. No dejaron nada. Fue un golpe fatal, uno de esos que diezman las ganas de continuar. Norma Liliana decidió vender el buen nombre. Lo hizo muy a pesar de que los padres de familia hicieron colectas, los niños le llevaron regalos y en el barrio firmaron cartas para que continuara. Con el dinero recibido, pagó la cuota inicial de un apartamento y en esos muros quedaron representadas todas sus ilusiones de maestra de su adultez temprana.

Si alguien pudiera ponerle música a ese momento de Norma Liliana tendría que ser una ranchera pendenciera, de





esas que se entonan a gritos despechados en las ventanas de los amores idos, y hasta lloran los atardeceres y soles porque nada parece suficiente para volver a empezar. La ranchera se podría llamar *Nada vale una sonrisa*, porque Norma Liliana era un alma sin dueño; pero un alma, al final de cuentas un alma. Una que recordó su escuelita de alumnos con ojos de plástico; que nombraba a Julia, y a Mateo, y a Juliana y Simón cuando llamaba a una imaginaria lista de asistencia. Entonces supo que su vocación venía de lejos, de la infancia y que los sueños de esa época serían una dulce compañía permanente.

Se lanzó de nuevo al duro oficio de la insistencia, hojas de vida, colegios, entrevistas. Por supuesto que todos querían tener este tipo de Norma en sus colegios. Pero Norma, esta Norma, la misma que no quiso entrar a un jardín infantil porque no se sentía a gusto, husmeaba puntillosamente cada detalle de cada persona, de cada oficina, de cada colegio y sacaba (aún hoy lo hace) una especie de promedio energético: tiene buena energía, no tiene buena energía; eso es todo, sin puntos medios. Trabajó seis meses en un colegio privado que cumplía sus exigentes requisitos, no al revés. Cuando comenzaron con disculpas y demoras a la hora del sueldo, se presentó al Distrito. Su puntaje fue tan bueno que pudo elegir colegio. En 2005, empezó su historia como maestra distrital.

Escogió la IED José Manuel Restrepo porque quedaba a pocas cuadras de su casa en Milenta. Cuando llegó solo había un grado de transición. En menos de cinco años, logró armar otro del mismo nivel, un precolar y dos prejardines. La frase que más repite Norma Liliana es –aprendí mucho–. Se la pasa en esas,

“Entonces supo que su **vocación** venía de **lejos**, de la **infancia** y que los **sueños** de esa época **serían** una dulce **compañía permanente**”.

aprendiendo. Como el Colegio José Manuel Restrepo fue de los primeros en implementar el bilingüismo, Norma Liliana recibió capacitación en Didáctica del inglés en la Universidad Distrital; un idioma que, desde entonces, se convirtió en uno de sus principales retos. A finales del 2008, corrió el rumor de un colegio distrital con una reputación increíble. Los exigentes procesos de selección para los maestros de la IED República de Estados Unidos de América son famosos aún hoy. Norma Liliana siente un temblor ante la palabra “exigencia”, como un vértigo, unas ansias invencibles de lanzarse al vacío y se lanzó.

Entró al República Estados Unidos de América en febrero del 2009, el colegio que sería testigo de la increíble y feliz historia de Norma Liliana y su crecimiento exponencial. Terminó liderando el proceso de bilingüismo al cabo de unos años. Dirigió el aula de inmersión que le asignaron al colegio el British Council y la Secretaría de Educación del Distrito (*Mentorship Programme for Immersion Rooms*). El aula de inmersión consistía en contar con la tutoría de maestros extranjeros para profundizar en la enseñanza de inglés como segunda lengua. Norma aún se escribe con Sugata Malagopal, una maestra de la India, y con la italiana Eloísa Marini, amigas entrañables desde entonces.

Durante esos años, también estudió una especialización en Administración de la informática educativa en la Universidad de Santander y una maestría en Pedagogía en La Sabana, esta última financiada completamente por la Secretaría de Educación del Distrito además de una serie de diplomados y capacitaciones relacionadas con inglés y pedagogía. Se fue de comisión a la isla de Malta, compartió apartamento con gente de todo el mundo y regresó a poner en práctica lo aprendido, léase: lo vivido, en su colegio.

El defecto que tenía el República Estados Unidos de América era la lejanía; a veces tardaba más de una hora en llegar a clase. Por lo general, casi nadie es consciente de que esos tiempos de movilización influyen en la calidad de vida, pero Norma sí. Solución de Norma: buscar una casa a dos o tres cuerdas del colegio, preferiblemente en un conjunto, preferiblemente con árboles, preferiblemente dúplex, preferiblemente de edificios bajos, preferiblemente con vista hacia Monserrate, preferiblemente de cien metros cuadrados o más. Si alguien se toma el trabajo de sumar estas preferencias y salir a buscar por el barrio Restrepo algo que se acerque siquiera un cincuenta por ciento a ese ideal, con seguridad desistirá a la semana y dirá con plena convicción que algo así no existe.

Norma Liliana vive en un cuarto piso, el último piso de su edificio. Desde la sala de su casa no solo se ven las copas de los árboles de su conjunto, sino el frontispicio de la Iglesia de la Valvanera y los cerros de Monserrate y Guadalupe. Las ventanas son corredizas y se abren por completo, pero es mejor no usar ese servicio de vientos porque se corre el riesgo de que se metan los colibríes, copetones o las tórtolas. Es uno de los contados apartamentos dúplex del conjunto Alfonso López Pumarejo que está en el corazón del Restrepo, a una cuadra del parque del Olaya, a cinco minutos de la plaza de mercado y a dos del Colegio República de Estados Unidos de América (¿así está bien, o más parecido?).

En enero de este año Norma Liliana entró a la IED Rafael Delgado Salguero. Sería capcioso preguntar en qué andaría si no hubiera llegado al mundo esta pandemia, esta incertidumbre del día a día, estas medidas especiales para mitigar



Norma Liliana
IED Rafael Delgado Salguero



“Norma se pone
pelucas, se pinta
 la **cara**, se **disfraz**a,
 maneja **títeres**, falsea
 la **voz**, saca **muñecos**
 y se pone en **situación**
frente a la cámara”.

el impacto letal del virus. Lo cierto es que así llegó la fortuna y Norma Liliana se hizo indispensable para los niños. Billy Ocean hizo popular una canción que se volvió un lema de vida para muchos en los años 80: “When the Going Gets Tough, the Tough Get Going”, que podría traducirse de esta manera: “Cuando el camino se pone duro, los duros se ponen en marcha”; pues Norma echó a andar a esa chiquilla de su colegio inventado de comienzos de los 80. Regresó a sus principios pedagógicos más profundos, más del alma y pensó en sus alumnos, en sí misma, en esa inocencia feliz de la infancia y tuvo la certeza, esas certezas de Norma que le vienen de muy lejos, que tenía que encontrar la manera de jugar con los niños a distancia.

Fue Paula Gabriela, su amiguita de diez años, hija de su novio, la que le mostró la aplicación TikTok. Los primeros videos fueron de mero aprendizaje. Paula le enseñó todo lo que sabe: a ilustrar los videos, a jugar con escenografías, a falsear las voces, todo.

Norma se pone pelucas, se pinta la cara, se disfraza, maneja títeres, falsea la voz, saca muñecos y se pone en situación frente a la cámara. Ha convertido un pequeño cuarto de su casa en un estudio de grabación. Piensa en la escenografía y tiene en cuenta cada detalle. Lo hace sola. Es increíble. Se sienta frente a la cámara y comienza con su magia. Sabe que cada video no puede durar más de un minuto. Así que piensa en la dramaturgia de la clase, piensa en el inicio, el nudo y el desenlace. Al final de cada grabación se sienta a mirar el material como una profesional y termina el producto en la consola de edición, que es su computador portátil. Ahora sabe de encuadres, de planos y ha aprendido a editar como si fuera una adolescente.



Antes del 30 de agosto Norma Liliana había subido más de cincuenta cortos videos a TikTok. El verdadero resultado final es un pocotón de niños obnubilados con su maestra, felices de aprender inglés de esa manera; niños que tal vez estén jugando a ser maestros también, que se disfrazan de Norma Liliana Pinto, se ponen pelucas y manejan títeres frente a sus alumnos de felpa en sus aulas de mentiritas.

Cristian Valencia





Gustavo Rosas
Colegio La Merced

Antes le llamaban **banda de guerra**, luego **banda de paz** y ahora **banda de marcha**, pero es la misma. Detrás de las bastoneras, el avance ha sido tan constante como el ritmo preciso que marcan persistentemente sus bombos y redoblantes. **Plum, plan, plis, plaf; tácataca tácataca tácataca tá.** Gustavo Alfonso Rosas Gómez, su director, ha marchado junto a la **banda Mercedaria** todos estos años, con paso firme; y no es nada raro pues desde chiquito supo bien cuál era el camino que quería caminar. **Él mismo puso el paso siempre.**

Gustavo El maestro que camina la música

Las trompetas resuenan hasta el cielo y no son celestiales precisamente. Todo lo contrario. Están bien agarradas a la tierra. Sus notas acompañan la marcha impecable de las estudiantes del Colegio La Merced. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá. Para los vecinos del barrio Gorgonzola en Puente Aranda, es apenas natural oírlas. Llevan más de tres décadas escuchando esta cadencia y su sonido marcial es la confirmación de que todo está en calma, como siempre. Antes le llamaban banda de guerra, luego banda de paz y ahora banda de marcha, pero es la misma. Detrás de las bastoneras, el avance ha sido tan constante como el ritmo preciso que marcan persistentemente sus bombos y redoblantes. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá. Gustavo Alfonso Rosas Gómez, su director, ha marchado junto a la banda Mercedaria todos estos años, con paso firme; y no es nada raro pues desde chiquito supo bien cuál era el camino que quería caminar. Él mismo puso el paso siempre.

Estando en el Colegio Militar Antonio Nariño, Gustavo apostó las onces con un grandulón y las perdió por no poder sacarle un solo sonido a la corneta. Después de eso se empeñó y sopló, sopló y sopló hasta que le sonó. Era 1984. Tenía diez años y el maestro de música lo admitió en la banda de guerra. Se volvió corneta de servicio de primaria, el más joven que alguien recordara. Con sus toques, iba marcando el ritmo de lo que acontecía en el colegio y así, paso a paso, fue convirtiéndose en músico, casi sin darse cuenta. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá. Llegó a recluta y ya contaba con una gran experiencia en la banda, era un niño veterano. Cuando entró a octavo grado, tocaba también la trompeta y



entonces lo contrataron para que dirigiera la banda de otro colegio. Se volvió director. ¿Cómo? tampoco sabe bien, seguramente oyendo y viendo a sus maestros. –El vademecum de las bandas eran los casetes del Batallón Guardia Presidencial, los oíamos mil veces y así aprendíamos–. En 1992, recién graduado de bachiller, entró como profesor de música al Colegio Santa Ana de Fontibón y, un año después, al Colegio de La Merced; en ambos permanece hasta hoy en día.

Para cuando se matriculó a la Licenciatura en Música de la Pedagógica, Gustavo ya acumulaba diez años de experiencia tocando en la banda y unos seis como profesor en los colegios. Era maestro y ni siquiera había entrado a la universidad. No fue fácil. Su formación estaba basada en la vivencia musical y no coincidía del todo con la lógica de la enseñanza formal tradicional. Le ponían los ejercicios de solfeo y él los tocaba en la trompeta sin mayor dificultad, pero cuando llegaba a la clase la maestra le pedía que los cantara y él no podía. Nunca había cantado una partitura, no entendía para qué si tenía la trompeta. Empezó a cantar y tuvo otra dificultad. Cantaba en el mismo tono que su trompeta, pero este no coincidía con el del piano, así que nunca se encontraban. Fue una experiencia disonante en todo sentido. Su vida en el colegio como profesor y cómo músico no resonaba de ninguna manera con su experiencia como estudiante universitario. Junto a la banda de las niñas, la música estaba viva y hacía vibrar a cientos de personas, mientras que en la universidad se sentía perdido y siempre fuera de tono. Desistió. Se fue a la Minuto de Dios y de allí se graduó como Licenciado en Sistemas diseñando una aplicación para representar los sonidos en notas escritas y las notas escritas en sonidos.



Gustavo
Colegio La Merced



“Junto a la **banda** de las **niñas**, la **música** estaba **viva** y hacía **vibrar** a cientos de **personas**”.



En el Colegio Distrital La Merced, empezó con las niñas de primaria y fue creciendo con ellas. Cuando pasaron a sexto grado, la banda también se extendió a bachillerato y tomó mucha más fuerza. Para cuando se graduaron en el 2002, ya Gustavo se había casado. Él también se había hecho grande. Ellas hoy son mujeres con la vida hecha y varias se han dedicado a la música, él nunca dejó de ser su amigo. Empezaron a participar en concursos cada que podían, iban a Fusagasugá o a Mariquita y cada vez tenían más reconocimiento en el país. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá. No solo se había ampliado en número de integrantes, sino que también, con el tiempo, se fueron integrando nuevos instrumentos. Un día la rectora le dijo que existía la posibilidad de recibir una donación de instrumentos, que pensara qué necesitaba y que lo hiciera en grande. –Me fui a los almacenes y averigüé las marcas, las ventajas, las desventajas y llevé las cotizaciones–. Había cumplido todos los requisitos, el tiempo pasaba, pero los instrumentos no llegaban. La vida de Gustavo siguió. Nació su hija Valeria y él, por momentos, olvidaba el asunto. De repente volvían a decirle que el proyecto había revivido y él corría de nuevo a actualizar las cotizaciones, pero los instrumentos no llegaban. Empezaron a mirarlo como si fuera un iluso porque, efectivamente, seguía ilusionado. –Van a llegar, confíen–, decía. Así pasaron los días, los meses y los años, hasta que finalmente ocurrió en el 2008, cuatro años después. Era de verdad, llegaron los camiones cargados de cajas con instrumentos, ni las niñas lo creían. A las liras, los tambores, los platillos y las trompetas se sumaron los fiscornos, los saxofones, los trombones, las tubas y las flautas traversas. Plum, plan, plis, plaf; tácatata

tácatata tácatata tá. –Ese mismo año también llegó el profe Oscar Rodríguez y dijimos: “Tenemos que hacer de este colegio un conservatorio con todos los juguetes” – y así lo han hecho.

En el 2010, participaron en el famoso concurso de bandas de Facatativá y ganaron en la categoría femenina. Desde ese momento se volvieron un referente. –Nos enfrentamos siempre contra grandes bandas y, aunque en el escenario competimos, nos hemos hecho amigos. Y eso es muy importante para la educación de las niñas, ver que uno puede tener un contendor, pero también puede abrazarlo y ser su amigo—. Alrededor de la banda, se fue tejiendo una comunidad que ha caminado junta y en perfecta sincronía coreográfica todos estos años. –Más que músicos formamos personas, buenas personas–, dice el maestro Gustavo; pero además ganan cuanto concurso musical se atraviesa por delante. La formación está centrada en la creación de un espíritu de cuerpo, una conciencia de grupo que se porta con orgullo como quien lleva un estandarte. Por eso, cuando las grandes se van del colegio hacen la entrega de símbolos y les legan a las más jóvenes la responsabilidad de llevar siempre en alto la dignidad que representan. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá.

Alrededor de cada banda, se movilizan unas doscientas cuarenta personas contadas entre los estudiantes, los maestros, las familias y el apoyo logístico. Para que la banda suene y marche, todos ponen un poco. Las familias ponen el uniforme de las niñas, el colegio garantiza el transporte y del fondo común sacan para los accesorios. Es tal el entusiasmo que a Gustavo le toca frenar a las chicas con frecuencia, sencillamente porque la vida no le da para andar tanto. Por ellas, irían



Gustavo
Colegio La Merced





a todos los festivales, montarían todas las canciones, tocarían todos los instrumentos. Si por ellas fuera, marcharían hasta el fin del mundo y de los tiempos.

Hacia el 2012, el sonido metálico y brillante de las bandas que dirigía Gustavo llegó a oídos del programa Colombia Creativa del Ministerio de Cultura. Fue acogido en este convenio entre instituciones y así regresó a la Pedagógica. Esta vez todo fue diferente, a estas alturas él había aprendido a cantar y a hacer música con su propio cuerpo; y la universidad había aprendido a reconocer y aprovechar otras formas de saber. Ambas partes se habían transformado. Se hizo Licenciado en Música, volviendo sobre sus propios pasos marchados, pensando el hacer y reconociendo la experiencia para producir conocimiento. De la misma manera, se graduó de magíster en Música de la Javeriana, analizando y poniendo por escrito la propuesta pedagógica que había desarrollado y madurando en toda una vida de enseñanza musical. Hoy su trabajo puede consultarse en radiomarching.com la emisora virtual que aloja fotos, audios, vídeos, material didáctico y música para acoger al mundo de las bandas de marcha de Bogotá. Nunca ha dejado de recordar con admiración a José Mayorga, aquel viejo maestro que desde el Batallón Guardia Presidencial, abrió el camino para todas las bandas de marcha del país. –Uno se preguntaba, pero ¿cómo hizo para marchar un bambuco?, ¿cómo hizo para cuadrarlo y meterlo en una banda de marcha?– La pregunta siempre es la misma ¿cómo caminar la música? Plum, plan, plis, plaf; tácatatac tácatatac tácatatac tá. En estas tres décadas, el repertorio se ha ampliado enormemente. Toca marchas marciales, como corresponde, pero también cumbias, porros, mapalés, bambucos,



pasillos, baladas, rock, vallenatos, todo lo que se atravesase. Al fin y al cabo la trompeta es la misma en cada género y el Do que toca en una canción es el mismo que toca en la otra. Para el músico no hay diferencia, la música es la música y es infinita en posibilidades.

Gustavo empezó a asistir pertinazmente a cuanto foro, conversatorio y congreso había. Ahí fue elaborando su idea de articular en un solo programa a las bandas que existían en los colegios del Distrito desde hacía décadas. De tanto hablar, de tanto caminar, de tanto insistir, empezaron a escuchar. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá. —Paradójicamente tuvimos más acogida en el sector educativo que en el sector artístico— dice. Finalmente, en el año 2015, cuando implementaron la jornada completa, la Secretaría de Educación del Distrito en convenio con Compensar, institucionalizó las bandas de marcha como un Centro de Interés. Un programa al que puede entrar la persona que quiera, solo motivada por su interés. Esta es una de las claves de su éxito, el estudiante no tiene que saber nada, pero si sabe algo, o mucho, también es bienvenido. Tampoco debe tener un talento, una habilidad o un biotipo especial. Todas las personas son recibidas y todas, sin excepción, encontrarán allí un lugar, su propio lugar. Trabajan en contrajornada dos días por semana y los sábados, es decir, cuando no hay clases; pero para muchos no es suficiente. Aprovechan cada minuto libre que tienen y ahí ensayan, como sea y donde sea. Hoy cuarenta y nueve colegios acogen en sus bandas de marcha a más de 1.500 niños. Es una robusta estructura docente, administrativa y logística engranada en torno al sencillo y sublime propósito de hacer música y marchar juntos.





Una vez, en el 2016, reunieron en el Parque Simón Bolívar a todas las bandas de marcha de los colegios del Distrito. Fueron 1200 corazones que latieron al mismo pulso, una megabanda. Plum, plan, plis, plaf; tacuteaca tacuteaca tacuteaca tá. Todo un reto para ellos y para sus maestros y maestras. Eran tan largas las filas de instrumentistas que el sonido tardaba en llegar de un extremo a otro y corrían el riesgo de perder el compás. —Les dijimos: “la luz viaja más rápido que el sonido, así que no pueden perder de vista al director y a los bastoneros, esa es la única manera de no perderse”—. Mantenerse siempre juntos fue su mejor opción en aquella ocasión y ha sido, tal vez, la mejor lección que le han dejado a Bogotá estas agrupaciones. Ese mismo año una comisión de docentes fue invitada al Campeonato de Bandas de Marcha de Tampa, Florida. Compartieron su experiencia, miraron hacia atrás y vieron que era largo el camino recorrido. Al año siguiente, la del Colegio Clemencia de Caycedo fue la única banda escolar latinoamericana invitada al World Music Contest (WMC), el mundial de las bandas que ese año ocurrió en Holanda y reunió a veinte mil participantes. Para Gustavo, una de las bandas más bellas de la ciudad es la del Colegio República de Bolivia que acoge estudiantes con necesidades educativas especiales. Todas las barreras se derrumban al primer toque del bombo y entonces ellos marchan, vitales, palpitantes al son de la vida misma. Plum, plan, plis, plaf; tacuteaca tacuteaca tacuteaca tá.

Ensayar en los parques se ha vuelto cada vez más difícil. Están ahí concentrados, apenas empiezan a afinar y ¡pum!, llega la policía y los tratan como si fueran otro tipo de banda. Les toca irse con su música a otra parte. Qué obtusa se

ha vuelto la gente, en vez de animarlos y abrigoarlos. A los niños, no les entra en la cabeza que los echen en su propio barrio y los maestros se quedan sin palabras y sin razones cada vez que esto pasa. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá. A veces, parecen marchar contra la corriente, a contra tiempo. La gente ve que en Bogotá cada vez hay más y mejores músicos y, por su puesto, más y mejor música; pero pocos se detienen a pensar qué hay detrás de ese movimiento; qué tan difícil les ha tocado a esos músicos; cuánto apoyo recibieron cuando eran niños: de su familia, de sus comunidades, del Estado. Cuáles son las condiciones de enseñanza en los colegios y en los otros entornos cercanos. Sí. Cada vez es mejor, pero falta mucho camino por recorrer. –Por ejemplo, yo no entiendo por qué los instrumentos y los artículos deportivos tienen IVA, si son elementos esenciales en la formación de los niños, como los libros–, dice Gustavo ofuscado. Pero bueno, toma aire y al instante se recompone y sigue campante, ya es mucho el impulso acumulado como para que lo detengan.

Este 2020 ha sido especialmente difícil para las bandas de marcha. La pandemia amenazó de muerte a las agrupaciones y las separó de sí mismas y de su público. Plum, plan, plis. Dejaron de sonar. De un momento para otro, callaron los bombos y los redoblantes que habían marcado el paso durante décadas. Callaron y se separaron. Qué dolor para ellos que saben bien lo que significa el espíritu de cuerpo. Los uniformes y los accesorios, siempre impecables, siempre relucientes, quedaron guardados a la espera de que pase este difícil compás. Eso sí, callaron los instrumentos, pero no la música. Esta habita en el corazón de los músicos y mientras esté ahí adentro permanece



Gustavo
Colegio La Merced





viva y hay esperanza. Solo se necesita el cuerpo y cierto adiestramiento y ella va a vibrar con cualquier cosa que suene. En unos pocos meses, crearon mil inventos. Construyeron marimbas con botellas, bombos con almohadas, flautas con tubos de PVC y platillos con tapas de cacerolas. Aprendieron a editar audio y video, y a componer en plataformas especializadas, involucraron a las familias en los ejercicios y, de pasadita, ellas también aprendieron música. Los cuarenta y dos profesores del Centro de Interés de Bandas de Marcha se empeñaron en que la música sonara en cada rincón de esta ciudad y lo lograron, marchando en un mismo lugar y a la distancia, pero siempre juntos. Saben bien que es la única manera de no perderse en el camino. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá retumba ahora el balde donde se remoja el trapero.

Por lo pronto, Gustavo espera que la pandemia pase para volver a la calle a marchar en Sol mayor. Qué gran oportunidad de aprendizaje la que ha brindado la pandemia, todos han crecido y se han enriquecido, pero ojalá que se acabe y que sea pronto. La experiencia compartida de hacer música con otros y para otros no se reemplaza con nada y es una tristeza enorme ver el patio del colegio sin las niñas y sin la banda. Es mejor pensar que todo pasará y que pronto podrán volver a marchar juntos por la vida. La última vez que tuvieron ensayo con la banda del Santa Ana su hijo Gustavo, de ocho años, apenas alcanzaba a verse detrás de la trompeta. Es mucho el camino que le falta por recorrer y qué fortuna será si puede hacerlo acompañado. —Estamos siguiendo los pasos de aquellos que se han ido antes y todos volveremos a reunirnos en una nueva y soleada orilla—. Dice la emblemática canción

de las bandas marchantes del mundo entero: "When the Saints go marching in", "cuando los Santos vienen marchando". Ojalá pase pronto la pandemia y los metales relucientes de las bandas vuelvan a brillar en una nueva y soleada orilla. Plum, plan, plis, plaf; tácatata tácatata tácatata tá. Si por ellos fuera, marcharían hasta fin del mundo y de los tiempos.

Tatiana Duplat Ayala





Otilia Galeano
Colegio Rodrigo Lara Bonilla

En los videos, aparecen los **pequeños astronautas** felices y elocuentes guiando a los espectadores en sus **viajes intergalácticos** con datos certeros y precisos, asumiendo siempre con absoluta entrega y seriedad su misión. Ciertamente, ellos están hechos de **materia estelar**, son estrellas titilantes que alumbran y llenan de esperanza el firmamento. Ellos, los **niños** y las **niñas**, hablan con la seguridad de quien sabe bien que el **universo está ahí al alcance de sus manos**, la misión de su maestra Otilia está cumplida.

Otilia

Un viaje a las estrellas

De lejos se ve como un vehículo espacial metido entre las calles de Ciudad Bolívar, entre los carros y los buses. No hay manera de que pase desapercibido y qué sorpresa para la gente cuando se da cuenta que lo conduce una mujer astronauta. En el colegio, los niños esperan ansiosos la llegada de la nave y cuando la ven a lo lejos gritan, aplauden y corren a recibirla.

Qué felicidad. El vehículo estaciona y la puerta se abre hacia arriba. La profe Otilia apaga su carro eléctrico, desciende con su traje impecable y con el casco espacial a un costado; entonces los niños, y sobre todo las niñas, estallan en júbilo. Empieza otra jornada más en el Colegio Rodrigo Lara Bonilla y ella se prepara para entrar de nuevo a la estación espacial instalada en el salón donde es la profesora de grado cero, en preescolar. —Atención astronautas, nuestra misión hoy es preparar el viaje a Saturno. Tenemos que averiguar ¿qué lugar ocupa en el sistema solar, cuántos anillos y cuántas lunas tiene, y de dónde viene su nombre? Además, hay que preparar el equipo para el lanzamiento del transbordador—. Los pequeños astronautas la miran absortos y se concentran de lleno con absoluta entrega y seriedad a la aventura de aprender.

Otilia Galeano Becerra es como un cometa, un cuerpo celeste que deja tras de sí una estela luminosa cargada de alegría. Es la octava hermana de un hogar con quince hijos, tres de ellos ya fallecidos, y la hija de unos padres que se amaron durante setenta años. Su vida misma es un homenaje a la existencia y al amor por los demás. Nació en Bogotá en 1958 y, cuando era aún una bebé, sufrió un grave accidente. Era Navidad y, en el patio de su casa, había una olla con agua



hirviendo esperando por las gallinas que iban a pelar para la cena. Otilia sintió curiosidad y se acercó tanto que cayó dentro de la olla. Cuando recobró el sentido estaba en la Clínica San Rafael y su mamá había recogido en una bolsa la piel y el pelo que se habían desprendido por completo. Duró hospitalizada seis meses hasta que la piel entera se recuperó. Solo le quedó una marca en el brazo y, por supuesto, en el corazón; en el de ella y en el de su familia. Desde que tiene uso de razón, su vida ha orbitado alrededor del cuidado amoroso que recibió de sus padres y hermanos; y que luego, cuando se hizo mayor, extendió a sus hijos y a sus alumnos.

Creció en el legendario barrio Villa Javier fundado por el Padre Campoamor, una urbanización gestada por el trabajo y el ahorro de los mismos obreros. Con ayuda de la Caja Social de Ahorros, el papá de Otilia construyó una casa preciosa en la loma de la calle 11 sur y allí, junto con sus hermanos, aprendió la fuerza de la solidaridad. Desde su casa, Otilia alcanzaba a ver el imponente edificio colonial de la Escuela Santa Ana y soñaba con estudiar allí. A los seis años, por fin pudo ir, pero qué decepción. Un día estaba contemplando el edificio cuando sintió que la agarraron de los pocos pelos que tenía y la tiraron contra el tablero. Otilia agarró el cuaderno y salió corriendo. No quiso regresar, pasó un año antes de que volviera. —Perdí dos veces primero de primaria. La tercera vez me pasaron porque ya estaban muy aburridos conmigo—, dice con picardía. Una vez la profesora Inés Prieto la obligó a arrodillarse sobre unas piedras y otra la aisló del resto del grupo y la sentó entre dos armarios por indisciplinada. —Yo no podía creer ni aceptar que, si en mi casa mi mamá ni me regañaba y nunca en la



“Otilia Galeano Becerra es **como un cometa**, un **cuerpo celeste** que deja tras de sí una **estela luminosa** cargada de **alegría**”.



Otilia
Colegio Rodrigo Lara Bonilla



vida se le ocurrió pegarme, cómo era posible que en el colegio nos pegaran. Nunca pude aceptar eso—. En una época en que educaban a punta de reglazos, Otilia creció traviesa e hizo de su alegría una estrategia de resistencia contra el maltrato.

Cuando terminó la primaria pasó al Colegio Magdalena Ortega de Nariño en el Parque Nacional. En primero de bachillerato, fue a una peluquería y vendió su pelo largo y lacio. Casi le da un infarto a su papá, pero valió la pena porque pudo pagar la pensión y el uniforme. —Hice trueque con mis hermanas. Yo lavaba la loza cuando era el turno de ellas y, con lo que me pagaban, podía comprarme una vez al mes la milloja y la Kola Román. El resto de los días mi lonchera eran pepinos cohombro, tomates y naranjas—. En tercero de bachillerato, la situación se puso muy complicada, pero acordó con sus hermanas repartir los gastos para entrar todas al tiempo al Colegio Camilo Torres y tramitaron un permiso para poder trabajar.

En esa época, acababa de conocer a Jorge, su esposo. Sus hermanas organizaron una fiesta en la casa y, aunque Otilia estaba reacia a participar, apenas lo vio salió a buscarlo; y qué buen ojo porque desde ese momento hasta hoy ha sido su compañero. Cursaron juntos los dos últimos años del bachillerato y se graduaron al tiempo. Ambos trabajaban en la mañana, por la tarde estudiaban en el SENA programas técnicos y en la noche iban al Colegio Camilo Torres. —Uno llevaba la comida en la ollita más pequeña que hubiera en la casa y así pasaba todo el día—, recuerda ella.

Otilia empezó a estudiar Economía en la Universidad Católica mientras trabajaba en el Banco de Bogotá, pero dio con un jefe acosador. No soportó el maltrato ni un minuto. Estaba decidida a renunciar en el mismo instante en que él la echó

porque no había accedido a sus caprichos. Otilia salió de allí no sin antes decirle, delante de todo el mundo, fuerte y claro, lo que pensaba del acoso. Se fue despedida del trabajo, pero con la dignidad intacta. Mientras salía, él la sentenció que podía olvidarse de su futuro en el sector bancario. Otilia tuvo que dejar la carrera.

Para entonces, ya había nacido su primera hija y decidió que se dedicaría a estudiar Psicología en la Universidad INCCA. Llegó el momento de matricularse y no pudo ir porque había tenido un accidente y estaba enyesada. –Era tan inquieta que el yeso parecía parte de mí–, recuerda. Jorge la matriculó y ella empezó de nuevo. Había cursado varios semestres cuando se dio cuenta de que no estaba matriculada en psicología, sino que estaba estudiando para ser profesora. Fue así, como si se tratara de otro accidente más en su vida, que terminó estudiando la Licenciatura en Ciencias de la Educación con énfasis en Educación Preescolar y dedicando su vida entera a enseñar. Se graduó en 1986 con la intención de trabajar en un jardín infantil privado, pues en esa época no existía el grado cero. Un día le dijeron que necesitaban un reemplazo en el San José, un colegio privado en el barrio Gustavo Restrepo, y ella se presentó. Así fue como entró al mundo de la educación formal.

En 1990, pasó a ser docente del Distrito, un año muy difícil para todo y para todos en Colombia. En medio de los estallidos de las bombas del narcotráfico, su primer trabajo como maestra fue en la Escuela Paraíso del barrio Jerusalén en Ciudad Bolívar. No existían las mínimas condiciones, tenía que dar clases en una pieza alquilada en el barrio, la escuela se había desbarrancado. No había baños ni servicios básicos, nada que ver con el lugar organizado que es hoy; tocaba usar letrinas y



Otilia
Colegio Rodrigo Lara Bonilla





el olor era insoportable. Tampoco había asientos ni tablero, así que su papá fabricó unas bancas para los pequeños. Saltaba a la vista el maltrato que recibían los niños y muchos estaban obligados a trabajar en los oficios más crueles e inhumanos que alguien pudiera imaginar. Cuando el camión del cocinol llegaba, los niños desaparecían porque tenían que recoger el combustible y llevarlo a casa. Vivían en constante peligro y Otilia solo pensaba cómo crear un entorno protector para ellos, cómo sacarlos de esa realidad. Un día, que no olvidará nunca en su vida, llegaron unos hombres en unas camionetas lujosas y, allí mismo delante de ellos, empezaron a disparar indiscriminadamente. Ella, orientada por los niños, se echó al suelo a esperar que pasara la balacera. ¿Qué vida podían tener esos pequeños que no sabían leer, pero sabían muy bien qué hacer en caso de una masacre? Qué desconsuelo el país del no futuro. La policía nunca llegó y la masacre de aquellas seis personas ni siquiera salió en las noticias, fue como si no hubiera pasado nunca.

En 1992, Otilia fue trasladada al Colegio Rodrigo Lara Bonilla y, antes pasó por el Colegio Ciudad Bolívar I allí mismo en la localidad de Ciudad Bolívar. Desde ese momento y hasta hoy, junto con sus colegas, compañeros, amigos y estudiantes, no ha dejado de enseñar, pero, sobre todo como ella misma dice, no ha dejado de aprender ni un solo día. Llegar a un colegio que en su mismo nombre hace honor al Ministro de Justicia asesinado en 1984 por Pablo Escobar fue como reafirmar su propia convicción de trabajar por una realidad más justa, más democrática y más tolerante. Tuvo que empezar de cero, nunca mejor dicho, el Ministerio de Educación Nacional acababa de lanzar el programa grado cero que instituía el acceso a la educación preescolar, así que Otilia tuvo que salir



al barrio para buscar a sus estudiantes. También fue necesario conseguir un salón, pues el plantel no tenía un sitio dispuesto para ese nuevo grado y así, como pudo, empezó la aventura que la llevaría al infinito y más allá.

—Decidí innovar. Yo no podía seguir el método tradicional. Imagínese uno enseñando a leer y a escribir con las cartillas de toda la vida: “mi mamá me ama, mi mamá me mima”, siendo consciente de la realidad tan dura que estábamos viviendo, había que inventarse algo distinto—. De este modo, Otilia empezó a pensar la manera de transportar a los niños a otros mundos que les permitieran creer, crear, soñar, imaginar y aprender. Si la realidad cercana era muy difícil, había que llevar a los niños más lejos. Al fin y al cabo el universo no se acaba en el barrio, es infinito y lleno de posibilidades. Se divertía junto a los niños, aprovechaba su propia camioneta y los sacaba de paseo. Un día los llevó al Parque Nacional, su lugar preferido en toda la galaxia, y aparecieron unos mimos. Para los pequeños, fue impactante verlos y estallaron en risas. Durante el camino de regreso, no paraban de decir que se habían aparecido los marcianos y que definitivamente esa gente no era de este planeta. —Por aquí es—, pensó la profe Otilia, —nos vamos a ir al espacio exterior—.

Con los recursos que tenía a mano, empezó a investigar y aprender sobre astronomía. Sabía muy bien que su papel era traducir a lenguajes sencillos conceptos básicos de esa ciencia y, así, crear un ambiente propicio para el aprendizaje. La astronomía resultó perfecta, combinaba ciencia y aventura. No tenía materiales así que pidió que le regalaran todo aquello que sobrara en las casas y que pudiera servir para decorar o

“Otilia **empezó** a **pensar** la manera de **transportar** a los niños a **otros mundos** que les permitieran **creer, crear, soñar, imaginar y aprender**”.

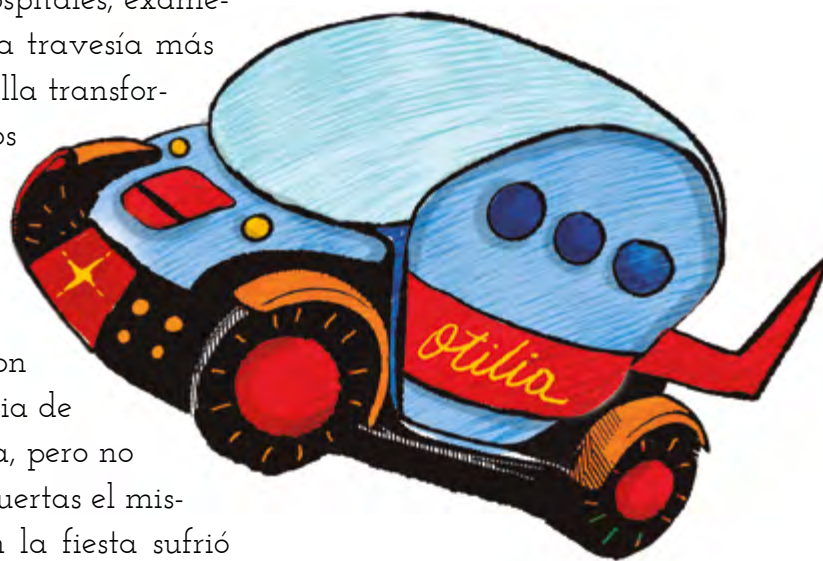


fabricar disfraces y juguetes. De ese modo, junto a los estudiantes, empezó a transformar su salón en la estación espacial que es hoy, un sitio fantástico donde el cosmos está allí cerquita, al alcance de cualquier niña y niño de cinco años. Un día hicieron una nave nodriza enganchando entre sí varios pares de medias veladas para que los pequeños astronautas se agruparan alrededor de cada pierna, como si fueran racimos. –A medida que yo iba dando las instrucciones ellos iban saliendo disparados. Entonces yo decía: “se disparan cuatro naves rojas”, y los que estaban de rojo salían volando. Y así íbamos trabajando los números, los colores, los conceptos de lejos y cerca, arriba y abajo, todo lo que debían aprender–.

Otro día fueron al Planetario y qué emoción tan grande había en el bus. En el recorrido, Otilia los animaba y les decía que iban a hacer un viaje interplanetario, una gran aventura. Ellos se fueron llenando de ilusión. Cuando vieron el edificio del Planetario, la profe les dijo –miren la nave– y ahí sí que estallaron de alegría. –Yo nunca calculé el impacto emocional de la experiencia. Llegamos, nos acomodamos y, por fin, apagaron la luz. ¡Oh sorpresa!, los niños se asustaron y empezaron a gritar y a agarrarme todos al tiempo, realmente creyeron que se iban de viaje al espacio exterior. Nos regañaron a todos, a ellos por gritar y a mí por no controlarlos–. Ese día Otilia entendió que los niños se tomaban muy en serio las clases, así que decidió responder con la misma seriedad a su compromiso. Empezó a refinar cada vez más su metodología basada en proyectos sin saber que se llamaba así. Ella vio los resultados de inmediato y, al poco tiempo, el Ministerio de Educación también se fijó y se interesó. En 1993, fue a visitarla una comisión

del Ministerio y ella se llenó de angustia. –Venían a inspeccionar y yo ni siquiera tenía cuadernos ni hacía planas. Para mí, era más importante lo que quedaba en la cabeza y en el corazón de los niños—. Los del Ministerio la felicitaron y eso la llenó de confianza. Al poco tiempo le pidieron grabar un video y Otilia se volvió un referente para docentes de otras partes del país que también estaban iniciando con el grado cero.

Para el año 2001, Otilia era una docente reconocida y experimentada; y tenía una familia consolidada junto a su esposo Jorge y sus hijos Jenny, Andrés y Lina. Ese mismo año la familia decidió apadrinar a María Irma, una bebé de un mes de nacida con muchos quebrantos de salud que se encontraba en el Hogar Luz y Vida. Al poco tiempo, los cautivó. Se propusieron apoyar su proceso médico y a adoptarla legalmente. Ahí empezó un largo y difícil camino entre hospitales, exámenes, visitadoras sociales y abogados, tal vez la travesía más difícil de esta valiente maestra astronauta. –Ella transformaba a todos los que tocaba. A veces, dábamos con médicos que tenían fama de malgeniados y al rato estaban completamente enternecidos y sorprendidos de su milagrosa capacidad de recuperación–, recuerda con tristeza. En el 2003, salió la adopción y ellos celebraron como nunca. Habían organizado una ceremonia de bautismo con su nuevo nombre, María Camila, pero no alcanzaron a hacerla. La tragedia tocó a sus puertas el mismo día en que la niña cumplió tres años, en la fiesta sufrió un infarto fulminante y esta vez no pudo recuperarse; ni ellos tampoco. A los dos días, falleció llevándose consigo un poco de





cada uno. –María Camila pasó por nuestras vidas con el propósito de hacernos mejores personas y de mostrarnos el amor y la bondad en su estado más puro–, recuerda Otilia entre sus lágrimas. Unos años después adoptaron a Alejandra, una niña preciosa y vivaracha con talante de artista que ha alegrado cada uno de sus días desde hace quince años. Cuando aprobaron la adopción, para celebrar, fueron todos a visitar el Centro Espacial Kennedy de la NASA en Cabo Cañaveral. Estuvieron allí cuarenta y seis días en los que fueron infinitamente felices de saberse vivos y juntos, y de ser parte del cosmos.

El año 2020 también será inolvidable para Otilia. El día que salió del colegio no imaginó que tardaría tanto tiempo en regresar a su querido centro espacial lleno de planetas, cascos y artefactos. Aunque ha sido difícil, reconoce que es quien más ha aprendido y se ha enriquecido de la situación que impuso la pandemia. –Tomé la decisión de hacer las clases por WhatsApp porque es el recurso que todos tienen, entonces las familias apoyan a los niños en la elaboración de videos y materiales y los colgamos en el canal de YouTube–. Le parece increíble cómo los niños han mejorado en sus habilidades comunicativas y expresivas al tener que preparar los ejercicios que les asigna. Ella, por su parte, ha aprendido a manejar plataformas, herramientas de edición y animación. En los videos, aparecen los pequeños astronautas felices y elocuentes guiando a los espectadores en sus viajes intergalácticos con datos certeros y precisos, asumiendo siempre con absoluta entrega y seriedad su misión. Ciertamente, ellos están hechos de materia estelar, son estrellas titilantes que alumbran y llenan

de esperanza el firmamento. Ellos, los niños y las niñas, hablan con la seguridad de quien sabe bien que el universo está ahí al alcance de sus manos, la misión de su maestra Otilia está cumplida.

Tatiana Duplat Ayala



A close-up portrait of a man with dark, curly hair and a beard, smiling warmly. He is wearing a red shirt. His right hand is resting near his chin. The background is slightly blurred, showing a white wall and a red and white flag.

Alejandro Rodríguez
Colegio Comuneros Oswaldo Guayasamín

Sencillo, **este es mi destino**. No tengo que ocultar lo que he vivido. Sencillo. El **tiempo va pasando** y sigo siendo el mismo. Un **ñero ilustra**o, otro levanta, otro callejero que se ha preparado. **Sin miedo** a lo que digan siempre me he enfrentado a las **du-ras circunstancias** que me han tocado.

Quiero poder **quedarme** y poder dejar **mi legado**, no importa lo que conquiste, importa **haberlo intentado**. Dejar el **miedo atrás** y abrazar lo que he soñado. Sin meterle tanta frente pararse siempre al frente y **amar más a mi gente**. Sin nada que digan, lograr ser consecuente.

Alejandro

Voz y corazón de león

Cantata a dos voces

Primer movimiento

¿Qué ha pasado?, se lo han llevado. Diga qué pasó con mi estudiante. ¿Qué ha pasado?, a él lo dejaron, él falleció en un instante.

Es una letanía fúnebre. Podría ser un canto en Bojayá o en el cañadulzal de Llano Verde. El desconsuelo es el mismo, la muerte es la misma. En todos los casos, las lágrimas desembocan en ríos de rabia e impotencia que atraviesan de punta a punta este país.

El dolor es agudo, se siente en los pasillos y tanto te recuerdo como si estuvieras vivo.

Es una forma de alabao urbano, vestido de jeans, zapatillas y rastas. Es rap. Son las palabras del profe Alejandro. Su canto amplifica la voz de tantos que han sido puestos al margen de la vida. Es su voz.

Todos los días que llego al barrio, rezo por la suerte de todos los muchachos.

Cuando canta se convierte en león y entonces ruge. Si está herido su voz sale con más fuerza. Clama contra la injusticia y reclama su lugar en el mundo; para él y para los suyos. Su canto es consciencia.

Es un suspiro profundo que anuncia el anhelo de que estés aquí. Esta es la única forma que tengo para que tú vuelvas y no te tengas que morir.



Canta y hace suyo el grito de cientos de miles de jóvenes que, cacerola en mano, han salido a la calle a pedir una mejor vida. En su canto, deja constancia de los que salieron y, sobre todo, de quienes nunca volvieron.

Segundo movimiento

Sencillo, este es mi destino. No tengo que ocultar lo que he vivido. Sencillo. El tiempo va pasando y sigo siendo el mismo.

José Alejandro Rodríguez Alarcón nació en Bogotá en 1990, en plena reforma constitucional a favor del Estado social de derecho. Alejandro es hijo de su tiempo. Todo en él parece una reivindicación de los valores democráticos, hasta el último de sus dreadlocks enmarañados. Es profesor de Ciencias sociales del Colegio Comuneros Oswaldo Guayasamín en Usme, en la última loma antes de que la ciudad se convierta en páramo y montaña. Compone y canta canciones de rap, un género urbano heredero de la tradición de historiadores orales africanos. Cuando canta, se convierte en León Rodríguez.

No soy biógrafo, soy historiógrafo. Este es el mundo que tenemos y merecemos, no nos importa si este lugar explota. Este es el mundo que dejamos y nos jactamos, diciendo que mañana lo cambiamos.

Cuando Alejandro tenía cinco años una enfermedad en los pulmones se llevó a su padre así que él se crió junto a su madre.

Una lágrima no basta pa' decirte lo que siento. Me haces tanta falta y estoy tan incompleto. Mi mundo es tan difícil. Padre, Babilonia es muy grande, no puedo olvidarte.



“Compone y **canta** **canciones** de **rap**, un **género urbano** heredero de la **tradición** de **historiadores** orales africanos. Cuando **canta**, se convierte en **León Rodríguez**”.





Para Alejandro, la vida pasó rápido y no fue fácil. Estudió en el Colegio Ciudad de Bogotá, en Tunjuelito. Llegaba enguayabado y no entendía nada de lo que decían. Una pesada sensación de no ser nada ni nadie lo fue hundiendo en el fango; desde allí solo alcanzaba a escuchar regaños y la amenaza permanente de la matrícula condicional. Un día se interesó por el rap y quiso aprender música. Se animó a decirle a un profesor y la respuesta fue displicente, –compre un curso y así aprende–. Una profesora de música de la Universidad Nacional le ayudó. Se entusiasmó. Dice que el rap lo sacó de esa borrachera permanente.

Dentro de mi corazón habita una bestia, él es un león que ante el llamado despierta. Quieren cazarlo y su poder les aterra, él venció al dolor con el amor de la tierra.

Después de participar en un proyecto del CINEP, encontró una causa. Realmente eran muchas dentro de un solo paquete, los derechos. Su vida terminó de encauzarse. Quiso ser maestro para aprender, enseñar y defender los derechos. Quiso ser el tipo de profesor que no encontró cuando estuvo al margen de la vida, el que tenía que haberlo ayudado a salir del alcoholismo, el que debió apoyarlo con la música, el que debía acompañarlo a buscar su camino. Se matriculó en la Licenciatura en Educación Comunitaria con énfasis en Derechos Humanos, en la Pedagógica. La Peda, como el mismo le dice.

Tercer movimiento

En la Peda me encontré con ñeros como yo. ¿Cómo así, cómo fue? Sí hay copia. No almorzó. Que Clau las cantó, cuarto loco, sí señor. Y aunque no lo crean este ñero se graduó.



Cuenta que llegó a la universidad sin saber mayor cosa, mientras sus compañeros eran líderes comunitarios que citaban autores ilustres, Alejandro solo citaba raperos ilustres. A esas alturas, había entrado a la escuela de hip-hop y se había dedicado a entender qué era y para qué servía el rap. Conoció a los del Centro Experimental Juvenil e hizo suya su lucha, salvar el pantano La Libélula, el espejo de agua más grande de la cuenca del río Tunjuelo.

Que rompan el muro que atrapa al Tunjuelo, que liberen las aguas, paguen por lo que han hecho. Que rompan el muro que nos tiene en silencio, que liberen las aguas del mundo entero.

Más allá del barrio está el territorio, con esa convicción se hizo parte de la Gente del Tunjuelo. De oriente a occidente, de Sumapaz hasta Bosa, el río Tunjuelo atraviesa el sur de la ciudad. Lleva consigo la rabia y la impotencia de mucha gente. El río fue su causa, la cuenca su territorio. Junto a ellos, se entregó por entero al agua y a la tierra y, unos años después, lograron que el pantano fuera declarado como Parque Ecológico de Humedal.

De la cuenca del Tunjuelo voy bajando, voy mirando el paisaje amarillento, ladrillento, de los niños pobladores los ojos polvorientos. No hay más que mirar canteras y explotación del recurso natural, la montaña desaparece, aparece un desierto cerca del Sumapaz. Esclavos al trabajo, suena el silbato. Arena, gravilla, arcilla, todo se transporta en camión, en carretilla.

“El río fue su causa, la cuenca su territorio. Junto a ellos, se entregó por entero al agua y a la tierra y, unos años después, lograron que el pantano fuera declarado como Parque Ecológico de Humedal”.



Cuarto movimiento

Ellos creen saber, ellos creer tener poder. Traicionan a su clase, quién se creen que son. Yo los rechazo, machistas, se creen machos. Marchan por los derechos, pero no cumplen los hechos. Son solo discursos remendados, llenos de autores y teorías, adornados.

Se presentaron a una convocatoria y publicaron el libro: 1492, *La historia del Antiguo Nuevo Mundo*. Alejandro se graduó de la universidad y al poco tiempo tenía un buen trabajo. Se volvió asesor, trabajó en el Jardín Botánico y en la Secretaría de Cultura. Le pareció que se había hecho grande, cambió. No volvió a cantar ni a componer, se cortó el pelo, compró ropa de señor serio y se inscribió en una maestría. No volvió a citar raperos ilustres, tal vez no era bien visto en su nuevo mundo.

No puedo morir todavía, no puedo irme contigo. Yo debo seguir con mi vida, yo debo trazar el camino. Me hiciste muy fuerte, sin miedo a fallar. Me hiciste diferente, sin miedo a soñar. Desde este costado te quiero cantar. Ay viejita linda te voy a extrañar, pero no puedo detenerte, te dejo zarpar. Llegaré con mi vida a donde tenga que llegar. No dejaré de luchar para que, al irme, haya un buen lugar.

Su madre murió en agosto. Ella agonizaba y él estuvo a su lado siempre. Solo, desconsolado, no sabía si era su dolor o el de ella, pero dolía. A veces, Alejandro se veía al espejo y no se reconocía. Tantas horas llorando junto a ella le enseñaron muchas cosas. Había aprendido a cuidarla y cuidarse; había aprendido a aceptar la realidad, su realidad, que ella iba a morir, que él



estaba sin trabajo, que tenía muchas deudas y tenía que terminar la tesis, que no tenía cómo pagar el semestre y, sobre todo, que él no era ese señor pretencioso en el que se había convertido.

¿Qué?, qué tipo tan pedante y tan engreído. Hablan y hablan y siempre es lo mismo, en todo este tiempo no me han conocido. No presto atención sigo mi camino, para adelante con sendero fulminante. No tengo miedo a lo que digan soy cantante, soy inspirador de cada letra disonante.

Quinto movimiento

Ojo por ahí, profesor, me decían y los chinos en la calle me sonreían. Angelitos que yo educo, aunque digan lo contrario, ellos son los actores de este cruel escenario, del injusto mundo en que nosotros nacimos, de las pobres circunstancias en las que crecimos.

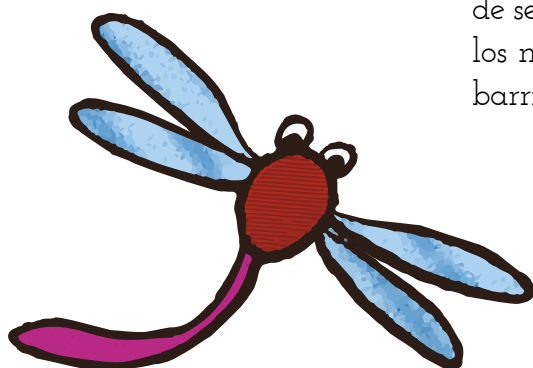
En 2017, se vinculó como docente a la Secretaría de Educación del Distrito, terminó la maestría en Gestión Urbana y la vida volvió a su cauce. Se reencontró. Entró primero al Colegio José Francisco Socarrás, en Bosa; luego pasó al Virrey Solís y finalmente llegó al Comuneros, los dos en Usme. Ahí, en los colegios públicos, los barrios y las lomas, recordó por qué quería enseñar. Junto a sus chinos, como les dice con cariño a sus estudiantes, recordó qué tipo de profesor quería ser.

Calidad en la educación pa' estos ñeros míos. Que lleguemos a doctores, pero que nunca se olviden lo que hemos vivido. Que no es fácil levantarse de todo este mierdero, que es



Alejandro
Colegio Comuneros Oswaldo Guayasamin

“Ahí, en los **colegios públicos**, los **barrios** y las **lomas**, recordó por qué quería **enseñar**”.



muy chimba farrerarse, pero aprender primero. Que se debe ser feliz y después va el dinero, que no importa lo que digan por ser sencillo y ñero. Somos los mismos y por eso los quiero.

Trabajar con séptimo y octavo grado fue reparador. Volvió al rap y lo incorporó a la enseñanza de sus materias. A través del rap, trenzó un vínculo entre la vida cotidiana de los estudiantes y los contenidos del currículo. Los conceptos dejaron de ser palabras en los libros y se volvieron prácticas concretas que los niños y las niñas pueden reconocer en la casa, la calle, en el barrio, el río y en la montaña; en su propia vida.

Ay que dolor el que siente mi alma. Qué frustración porque la tierra no habla. Miedo, dolor y sonrisa macabra, pero el amor me cuida y a mí me respalda. Quiero que el miedo ya no sea nuestra condena. Quiero que el amor sea siempre nuestra meta. Quiero que la gente por fin quiera este planeta.

Junto a los niños grabó una canción y un video. Ellos se vieron, se oyeron y entendieron el poder de la voz. Tener y ejercer una voz pública es opinar, participar y agenciar. Es hablar, actuar y transformar; amplificar, cualificar y empoderar la voz de los estudiantes es educar para ejercer la ciudadanía.

Que la consciencia es el arma que desarma cualquier indiferencia, pero al querer yo criticar, al querer yo denunciar, es como atacar directamente del dictador su vanidad.

Usar el rap para enseñar es una lucha, implica patear estigmas y estereotipos. —El rap es para marihuaneros y hombres tatuados—, le dijeron una vez. Él dejó visible el tatuaje en su



brazo: "Somos agua contra la espada", recibió el insulto, pero hizo como el río, siguió el *flow* y continuó. Aunque a muchos no les convence la estrategia, lo cierto es que los estudiantes aprenden. Aprenden las materias y aprenden que los prejuicios son eso, pre-juicios, formas superficiales de apreciar el mundo, juicios que se hacen a la ligera, antes de entender la realidad. Sus estudiantes aprenden que los prejuicios son peligrosos y desembocan en la misma exclusión que ellos padecen con frecuencia. —Profe, yo no pensé que usted fuera profe, pensé que se nos había metido un ñero—, le dijeron otra vez, Alejandro sonrió con picardía y se sintió orgulloso.

Un ñero ilustrao, otro levantao, otro callejero que se ha preparado. Sin miedo a lo que digan siempre me he enfrentado a las duras circunstancias que me han tocado.

Organizó un concurso de rap en el Colegio Comuneros y fue un *hit*. La rectora autorizó horas extras para que pudiera trabajar los sábados en su proyecto cultural, que realmente era contracultural. Sistematizó la experiencia y el aprendizaje; y escribió un libro que presentó a una convocatoria en la Universidad Pedagógica. Otra vez ganó y pronto será publicado. Se nos metió un ñero es el título, Alejandro es el ñero, el autor y el profesor.

Sexto movimiento

Avizoro un mañana diferente y para eso hago rap, como siempre. Saco letras como pan para no ser un demente. Tengo que pelear y buscar ser consecuente y hoy más que nunca cuidar a mi gente. No lo entiendo, miro el calendario, se me pasan los días en el mismo itinerario.





Llegó la pandemia. Cada uno se fue para su casa y desde allá cada quién hizo lo que pudo para seguir conectado. Cuando Alejandro supo que no podría volver a ver a los estudiantes en mucho tiempo, se preocupó. Cuando le dijeron que las clases seguían virtuales y resolviendo guías por escrito, se preocupó más. ¿Cómo iban a conectarse?, muchos no tienen Internet. ¿Qué iba a pasar con la voz de los chinos?, tanto insistir sobre la importancia de la voz y la pandemia amenazaba con silenciarlos, literal y metafóricamente.

Quiero derrumbar todas esas brechas, pero son muy anchas, no son estrechas. Quiero correr y gritar libertad, estoy encerrado, no lo puedo lograr. Quiero amanecer y que todo fuera un sueño, pero no lo es; tampoco estoy muerto, solo rezagado en este confinamiento. Tengo que moverme, cuidarme, defenderme, no puedo estancarme, no.

Alejandro había instalado en su casa un estudio de grabación, así que decidió utilizarlo para hacer las clases en audio; así los estudiantes no dependen tanto de la conexión a Internet. Se inventó la radio clase. Se volvió locutor, presentador, editor y realizador, además de profesor. Convirtió las clases en programas radiales, mezcla efectos de sonido, música, entrevistas y extractos de documentos sonoros. La bruja Episteme, un personaje que él mismo interpreta con voz graciosa y mucho sentido del humor, se encarga de hacer las conclusiones y cerrar cada programa.

Juega, baila, corre, vive, vive, que la vida se escapa. Ama, canta, sueña, vive, vive, que no existe el mañana.



Todas las tareas se presentan en audio. Sí, la voz de los niños y las niñas es muy importante. Cada quien graba y envía la tarea como puede. En muchos casos deben entrevistar a sus familiares, así que su voz también ha entrado a la clase. Muchas veces los niños oyen el programa junto a sus familias y entonces aprenden y se divierten juntos. Los niños se han convertido en reporteros de su propio mundo, cronistas e historiadores que registran y dejan constancia de lo que ven y oyen. Tienen voz, nadie puede dejarlos al margen de la vida. Pueden cambiar el mundo.

Quiero poder quedarme y poder dejar mi legado, no importa lo que conquiste, importa haberlo intentado. Dejar el miedo atrás y abrazar lo que he soñado. Sin meterle tanta frente pararse siempre al frente y amar más a mi gente. Sin nada que digan, lograr ser consecuente.

Tatiana Duplat Ayala





Sindey Bernal
Colegio Enrique Olaya Herrera

Entonces prometió entregar todo de sí para combatir la **exclusión** y lo **cumplió**, lo ha cumplido cada uno de los días de su existencia desde ese momento. Cada **obstáculo superado** anidó en ella como una fuerza interior que no ha parado de crecer, como una **Genki-dama**, la esfera de energía que hace invencible a **Goku**, el héroe de la serie animada que desde niña la animó. Cada vez que la vida se hizo difícil, Sindey sacó a relucir esa **fuerza** y cantó para sí misma aquella canción de **Journey** que le encanta “**don’t stop believin’, hold on to that feeling**”, “no dejes de creer, aférrate a ese sentimiento”.

Sindey

La profesora morada

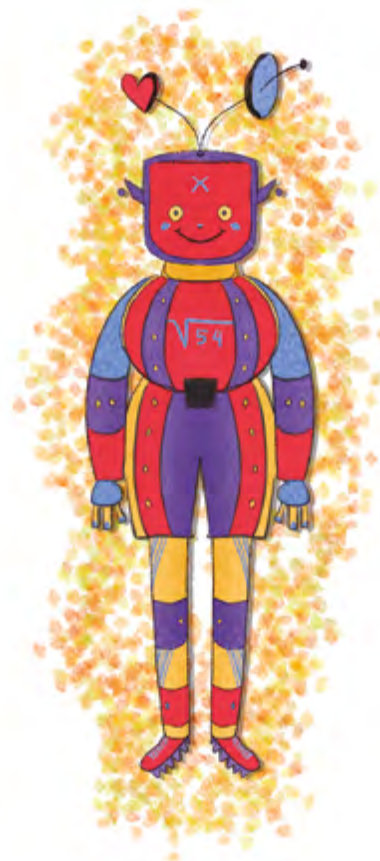
El día que le avisaron que había sido seleccionada entre los cincuenta finalistas del Global Teacher Prize 2020, mientras dictaba clase, Sindey lloró. Lloró por el honor de ser considerada una de las mejores profesoras del mundo; lloró por los ciento diez niños con los que trabaja en el Colegio Enrique Olaya Herrera para hacer de la inclusión una realidad, por los otros tantos estudiantes que han pasado por sus semilleros de investigación y se han sumado a su causa; y lloró por el Bit Bot Vila, el club de robótica que fundó hace diez años en un colegio donde todo era difícil para todos. Tuvo que interrumpir la sesión virtual con sus estudiantes porque no pudo más. El video con el que anunciaron a los finalistas hacía un recorrido por el mapamundi empezando por el oriente. En la imagen, poco a poco, iban apareciendo los finalistas dibujados sobre sus países de origen. En la pantalla, empezaron a leerse nombres de Asia, Oceanía, Europa, África y, qué emoción tan grande, América, comenzando desde el sur. Eran cincuenta nombres de maestros que, como ella, han consagrado su vida a hacer de este un mundo mejor. Se vio a sí misma parada en esa bella esquina de América Latina junto a un par de granos de café, qué orgullo. Aparecía con su pelo morado y los brazos estirados como quien quiere abrazar la humanidad. Sí, definitivamente era ella. Sindey se vio ahí y no pudo más que llorar. Lloró por las tantas lágrimas derramadas porque esta, aunque ha sido una gran aventura, nunca ha sido fácil. Lloró por las veces en que sufrió ella misma la exclusión y el maltrato; y cada una de sus lágrimas púrpura fue una declaración de principios a favor de la igualdad. Lloró porque sabe muy bien que, sin el amor de su familia, de sus amigos, de sus estudiantes y de sus maestros esto nunca hubiera

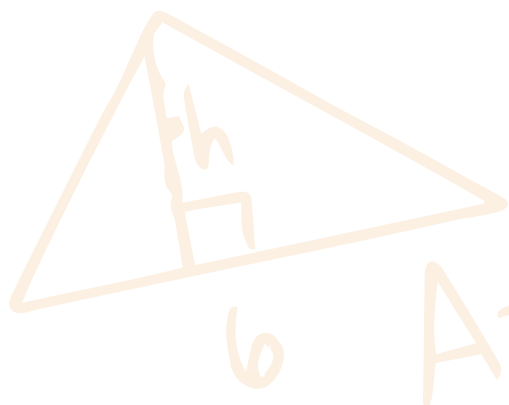


sido posible y entonces su llanto se volvió agradecimiento y sus ojos brillaron como nunca.

Sindey Carolina Bernal Villamarín nació en 1985, en Bogotá, abrigada por el calor de una familia amorosa y del horno de soplete que sus abuelos panaderos habían instalado en el piso de abajo. Sus primeros meses transcurrieron entre el olor irresistible que desprenden las mantecadas, las almojábanas y las garullas, ajena a todas las dificultades que pasaban Juan de Jesús y María, sus papás, para poder sostenerla a ella y Juan José, su hermano mayor. Los cuatro habían logrado acomodarse en una pequeña pieza que siempre estaba inundada de harina y, aunque eran tiempos duros, juntos, eran felices. Su madre siempre estuvo en casa cuidándolos y apoyándolos. Su padre era policía de tránsito de los que vestían guerrera azul y que tenían que aguantar insultos, prejuicios y atropellos, nunca mejor dicho, pues la corrupción fue desprestigiando su oficio hasta llevarse por delante la reputación de todos, los malos y buenos agentes.

Un día la Secretaría de Tránsito organizó una rifa y comprometieron a los funcionarios a vender boletas. —Para mi papá era difícil lograr vender diez boletas, entonces fue un reto, porque no eran baratas— dice Sindey. Juan de Jesús logró vender nueve de las diez que le tocaron y, con resignación indignada, tuvo que completar la plata que faltaba. Qué sorpresa aquella noche cuando sonó el teléfono y al otro lado de la línea el abuelo les contaba que estaba viendo el sorteo y que se habían ganado la rifa. Solo hasta ese instante María cayó en cuenta de que se trataba de un apartamento. Sí, se habían ganado un apartamento nuevo en una rifa y la vida sonreía. Fue así como, en 1987, dejaron su pequeño y cálido refugio y se mudaron al Multifamiliar Norte de Santander en Ciudad





Tunal, un conjunto construido por el Banco Central Hipotecario, pionero por utilizar energía solar. En su barrio, cerca de toda su familia, Sindey aprendió a interpretar el mundo y a reconocer sus matices y complejidades. Hoy sigue allí, pero en su apartamento. Vive con Juan Pablo, su hijo de diez años, en el mismo conjunto que su hermano Juan José y a un paso de distancia de sus padres y de Kody, el perro de la familia. Sabe bien que junto a ellos es capaz de hacer cualquier cosa que se proponga.

Sindey, licenciada en Diseño Tecnológico, magíster en Tecnologías de la Información Aplicadas a la Educación, doctora en Educación Inclusiva y una de las mejores profesoras del mundo, es fruto del sistema educativo del Distrito y de su capacidad de articular esfuerzos públicos y privados para garantizar el acceso universal a la educación; qué orgullo para Bogotá y qué logro tan enorme del Estado social de derecho en Colombia. Sindey estudió hasta tercero de primaria en el Centro Integral Santa Fe de Bogotá, hoy fusionado con el Colegio José María Córdoba; y luego, hasta quinto grado, en el Santa Catalina Labouré, un colegio privado de la Compañía de Jesús. La educación secundaria y media la cursó en el Colegio Técnico Menorah, uno de los mejores del país, femenino, fundado por la comunidad judía de Bogotá en alianza con la Secretaría de Educación del Distrito y con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA). Por eso, además del título de bachiller obtuvo un técnico como procesadora de datos contables. Se graduó en el año 2001 como la mejor estudiante del colegio, siempre lo fue. Ese día la felicidad fue infinita y ni siquiera la falta de plata para celebrar el grado pudo opacarla.



Desde siempre se supo diferente a los demás. —Mi nombre es único, como yo—, dice sonriente. Su papá lo creó combinando otros nombres que le gustaban, tal vez, como presagio del espíritu extraordinario y generoso que habita en Sindey. Su infancia transcurrió entre los succulentos asados familiares y las tardes de felicidad infinita cantando karaoke con sus hermanos, sus tíos y sus primos. Todos en la familia cocinan, incluso su hermano David se convirtió en chef. Cocinando con ellos, aprendió a tejer los vínculos de esa red de afecto que ha sido tan importante en su vida. No suele bailar. Eso también la hace diferente en este país donde la gente se mueve al son de cualquier cosa que tenga ritmo. No baila, pero se sabe de memoria las canciones de Scorpions, Queen y Guns n' Roses que le enseñó su tío Yovanni, un experto consumado del rock de los años 80 de quién aprendió el amor por las cosas sencillas de la vida. No baila, pero canta a grito herido *Total Eclipse of the Heart*, la canción preferida de su mamá y *Somebody to Love*, la de su hijo. “¿Puede alguien encontrarme alguien a quien amar?” dice como una súplica la canción de Freddie Mercury, un hombre genial que padeció burlas de niño porque sus dientes eran muy grandes y vivió la cruel soledad de quienes no se parecen a los demás.

Llegó el momento de escoger carrera y su hermano mayor, su propio “héroe de carne y hueso”, como ella dice, la acompañó en el proceso. Aunque era solo un muchacho, Juan José, entonces estudiante de la Universidad Distrital, fue y sigue siendo un verdadero *sensei* para su hermana. Esta palabra la utilizan los japoneses para nombrar a los maestros y significa, literalmente, “el que ha nacido antes”. No hay duda, sin un maestro como él, Sindey no sería la gran maestra que es ahora. Lo

“**Cocinando** con **ellos**, aprendió a tejer los **vínculos** de esa **red** de **afecto** que ha sido **tan importante** en su **vida**”.

hicieron muy bien. Escudriñaron ahí en las entrañas y buscaron lo que más le gustaba sin ninguna otra consideración en mente. Qué inmensa fortuna para ella y qué sabiduría tan enorme la de él, pues ese y solo ese es el camino que conduce a la felicidad.

Desde que tuvo uso de razón le había gustado dibujar. En primero de primaria, le pidieron pintar un lavatorio en una cartulina y quedó tan bien hecho que el profesor no creyó que lo hubiera dibujado ella. Sindey entró en cólera. Sin pensarlo dos veces agarró una tiza y delante de él y de todos los alumnos volvió a hacer el dibujo en el tablero y le quedó aún mejor. Fue apoteósico, un bello acto de justicia poética, los niños aplaudían sin parar y el profesor tuvo que retirarse sin decir nada. El dibujo permaneció allí durante varios días y, con el tiempo, se hizo parte de las leyendas escolares. A los dieciséis años, Sindey ya era toda una experta en anime, el género de dibujo japonés con el que se han criado millones de chicos en el mundo, así que la primera decisión fue aprovechar esa habilidad.

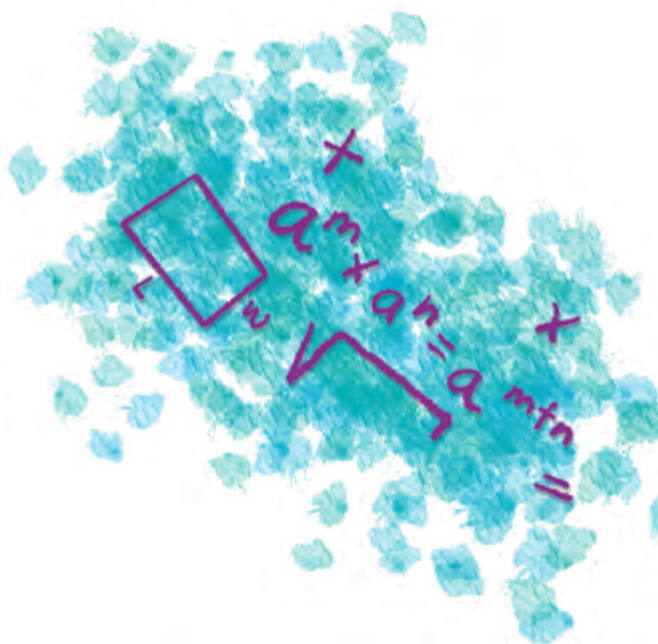
La otra certeza era que le encantaban las matemáticas. —Recuerdo con mucho cariño a Elizabeth Parra, mi profesora de matemáticas— cuenta emocionada, —creo que pasé al Distrito a ser docente gracias a lo que ella me enseñó en el colegio—. Estaba claro, tenía que buscar algo que combinara el dibujo y las matemáticas. Repasaron todos los formularios y llegaron a la conclusión de que debía orientarse hacia el diseño y la tecnología. Aunque su hermano le recomendó presentarse a las tres universidades públicas con sede en Bogotá, Sindey solo se presentó a la Universidad Nacional y no pasó. Qué frustración, qué golpe tan fuerte para ella quien siempre había sido la mejor y qué lección tan importante para el resto de su vida. Después de asimilarlo y recoger los pedacitos de sí misma, se recompuso

y se matriculó en el programa preparatorio de Artes Plásticas de la Universidad Distrital, mientras podía volver a presentarse. A los seis meses, volvió a intentarlo en las tres universidades y no solo pasó, sino que se dio el lujo de escoger y se decidió por la Pedagógica. Todos en la casa celebraron. No tenían ni un peso y no sabían bien cómo iban a hacer, pero qué felicidad. Como pudieron consiguieron los \$50.000 de la afiliación a la EPS y los \$130.000 que costaba la matrícula. –Me tocó atravesar media ciudad caminando para hacer el trámite porque si me iba en bus no me alcanzaba– cuenta mientras mira al pasado. Fue así como, en el año 2003, Sindey Carolina se convirtió en estudiante de la Licenciatura en Diseño Tecnológico de la Universidad Pedagógica Nacional, un hecho que marcaría para siempre su vida y la de miles de estudiantes que en solo doce años de vida profesional han pasado por sus aulas.

Desde el primer instante fue la mejor igual que en el colegio. Se propuso aprovechar cada minuto aprendiendo, pues era consciente del enorme esfuerzo económico que estaban haciendo sus papás. Para cuando terminó el segundo semestre, Sindey ya había ganado matrícula de honor, lo que significó que el valor de su matrícula se redujo a \$8.000 pesos y así se mantuvo hasta el final de la carrera. No, no fue nada fácil. Algunas veces, para presentar sus trabajos, tuvo que llevar en bus su computador de escritorio mientras su mamá se moría de miedo de pensar que algo le pasara.

Durante los primeros semestres su entrega consagrada al estudio la alejó de la gente y pronto empezaron a llamarla La Ñoña y, aunque fue difícil para ella, siempre encontró la calma en la voz de aliento de su hermano. –No seas malo con los nerds de tu clase porque algún día podrán





llegar a ser tus jefes—, decía siempre Juan José con su mirada de complicidad y a ella, solo con oírlo, se le pasaba cualquier mala sensación que hubiera tenido durante el día.

Empezó a tomar clases electivas de otras carreras para entender mejor la discapacidad y así hizo de la inclusión una forma de vida. Entonces prometió entregar todo de sí para combatir la exclusión y lo cumplió, lo ha cumplido cada uno de los días de su existencia desde ese momento. Cada obstáculo superado anidó en ella como una fuerza interior que no ha parado de crecer, como una *Genki-dama*, la esfera de energía que hace invencible a Goku, el héroe de la serie animada que desde niña la animó. Cada vez que la vida se hizo difícil, Sindey sacó a relucir esa fuerza y cantó para sí misma aquella canción de Journey que le encanta “don’t stop believin’, hold on to that feeling”, “no dejes de creer, aférrate a ese sentimiento”.

Se graduó con honores en el 2008. Como trabajo de grado en la licenciatura, implementó un dispositivo que captura la voz y la traduce a lengua de señas colombiana; y luego, con la tesis de maestría recorrió el camino inverso, desarrolló un sistema inteligente que reconoce señales cerebrales y las traduce a lenguaje escrito y sonidos. El camino hacia la inclusión en el aula, que inició en la universidad, no termina de recorrerlo.

En el año 2010, nació Juan Pablo y ahí sí que se sintió fuerte. Con él a su lado y aferrada a la red protectora de su familia, sintió que nada era imposible. Impulsada por esa fuerza vital hizo suya la causa púrpura de las mujeres. Todo en su mundo se volvió morado: su pelo, sus vestidos, sus cortinas y sus zapatos; hasta el más mínimo gesto cotidiano se convirtió en una reivindicación en contra de todas las formas de discriminación y de exclusión que puedan existir. Ese mismo año se

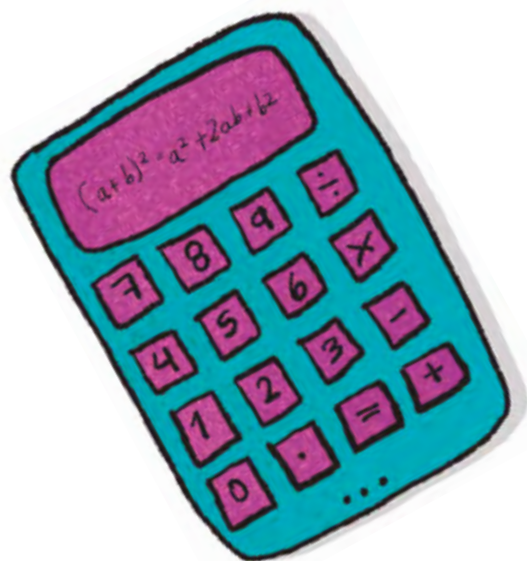
hizo profesora del Distrito y, desde el primer momento en que pisó el Colegio José María Vargas Vila en Ciudad Bolívar, supo que había acertado, que su vocación era utilizar la tecnología para transformar vidas y para crear mundos nuevos. Fue igual que hacer magia, pero con las matemáticas, el dibujo, la robótica, la impresora 3D, el software especializado y por supuesto la fuerza del corazón.

Hoy es profesora de Tecnología e Informática en el Colegio Enrique Olaya Herrera y promueve la inclusión de sus estudiantes en todos los sentidos. Tiene un semillero de investigación en el colegio y otro en la Universidad del Bosque, los dos enfocados en el mismo propósito sembrar amor y cosecharlo en forma de soluciones tecnológicas para derribar barreras que

“Cada **actividad** que desarrolla **Sindey** parte de la premisa de **reconocer** y **valorar** las diferencias, de aceptar a los otros y de **aceptarse a sí mismo**, por eso su reflexión sobre la inclusión abarca también el **género**, la cultura y el **contexto social**”.

excluyen. Orienta a los estudiantes de grado décimo y once para que sean ellos mismos quienes creen las soluciones a las necesidades de su entorno. Cada actividad que desarrolla Sindey parte de la premisa de reconocer y valorar las diferencias, de aceptar a los otros y de aceptarse a sí mismo, por eso su reflexión sobre la inclusión abarca también el género, la cultura y el contexto social. En el año 2018, su tesis de doctorado, sobre la implementación de un aula virtual para los estudiantes sordos de la Universidad Santo Tomás, obtuvo la calificación suma





cum laude en la Universidad de Baja California. Cuando la escribió no imaginó que sería tan útil durante la pandemia.

En marzo del 2020, cesaron las clases presenciales y Sindey se volvió una persona central para el sistema educativo del Distrito. El trabajo se multiplicó, tuvo que adaptar sus propias clases a la virtualidad y además enseñarles a sus colegas de otras disciplinas y de otras instituciones cómo hacerlo. Por suerte, el colegio contaba con tabletas y pudieron prestárselas a los estudiantes para continuar con las clases. También fueron claves tanto el apoyo de una empresa que donó tabletas “ultracompu” para conectar los televisores comunes a Internet, como los profesores que se unieron para llevar mercados a las familias más vulnerables. Igual que el resto del planeta, Sindey vivió momentos dramáticos en el 2020. Al finalizar el año, ya había perdido la cuenta de cuántos talleres dictaba por día; de lo difícil que fue ser mamá y profesora al mismo tiempo, en el mismo espacio; y de lo mucho que sufrió pensando en los estudiantes que estuvieron en riesgo de abandonar el colegio. En medio de las jornadas agotadoras del 2020, fue reconfortante la nominación al Global Teacher Prize, pero, sobre todo, haber logrado conseguir y programar un dispositivo especial para que Juan, un estudiante de trece años con autismo, pudiera acceder al conocimiento y, a través de él, al mundo y a la vida misma.

Sindey Carolina Bernal Villamarín, la Profesora Morada, según la seña que le adjudicaron sus amigos de la comunidad sorda, una de las mejores profesoras del planeta, sabe bien que el camino apenas comienza. Aunque ya brilla en el firmamento, se ocupa siempre de aferrarse al ancla y de mantenerse con los pies en la tierra, en su país, en su ciudad, en su barrio y

en su casa, con los suyos. Este es un mundo salvaje, "It's a wild world", como dice la canción de Mr. Big, ella lo sabe muy bien y está dispuesta a cambiarlo. Sindey toma en sus manos el dispositivo que prepara para Juan, lo mira con sus ojos llorosos y entiende que todo, todo, ha valido la pena.

Tatiana Duplat Ayala





Luis Miguel Bermúdez
Colegio Gerardo Paredes

En 2018, quedó entre los **diez finalistas del Global Teacher Prize** de entre más de **quince mil maestros** de todo el mundo. Tiene claro que su **trabajo** tiene que conocerse en **todas partes de Colombia**. Ha logrado crear, de manera **eficaz y real**, un mejor ambiente al interior de un **colegio** que tenía un índice de **70 embarazos al año** entre su población **adolescente**. Eficaz en este caso quiere decir que redujo ese índice de **70 a 0** en tan solo **tres años**.

Luis Miguel

Los trabajos y los días

El día en que fuimos a entrevistar al profesor Luis Miguel Bermúdez Gutiérrez nos perdimos. Con el fotógrafo, Juan Pablo Duarte, pusimos la ubicación en el celular y la aplicación nos mandó por una trocha empinada y angosta entre Cachipay y Zipacón. Íbamos para la vereda Anatolí del municipio de La Mesa y habíamos prometido llegar a las 8:30 porque el profe es una persona muy ocupada. Nos había advertido que a las 10:00 tenía una reunión, otra a las 11:00, otra a la 1:00 y otra a las 3:00, y así hasta el final del día. Cuando tuvimos señal lo llamamos a contarle que estábamos en un cruce de caminos que decía por acá te pierdes y por allá también. Nos pasó a su asistente, Juan Andrés Thompson, que nos dijo que saliéramos a Cachipay para poder dirigirnos en remoto desde allá.

De camino a Cachipay, decidimos recoger a dos mujeres campesinas, que resultaron ser tres. La abuela tenía más o menos cincuenta años y se llamaba Señora Rocío; la hija de quince se llamaba Linda Rocío y la bebé de dos meses, Leidy Rocío. Iban para Cachipay porque la bebé estaba enferma. Estaban preocupadas porque, ocho meses atrás, el otro hijo de Linda Rocío, Samuelito Rocío, había muerto a tan solo tres meses de nacido debido a una insuficiencia renal y temían que se repitiera. Así eran las cuentas: Leidy Rocío quedó embarazada a los trece años. A juzgar por el apellido que llevaban, no parecía haber ninguna figura masculina responsable en esos destinos. La madre sin nombre, la Señora Rocío, había quedado embarazada de un alguien, vaya uno a saber cuántas veces, y su hija, Linda Rocío, ya iba por dos embarazos: un hijo muerto y una hija enferma. Las dejamos en el puesto de salud del Cachipay y les deseamos lo mejor. Qué pesar.





Luis Miguel
Colegio Gerardo Paredes

A ese linaje de Rocíos tristes, le hizo falta un profesor como Luis Miguel Bermúdez. Por esos parajes empinados de Cachipay, por la vereda Anatolí de La Mesa y por los corregimientos y caminos escondidos de toda Colombia hacen falta más profes como Luis Miguel Bermúdez, quien trabaja justamente ese tipo de problemáticas. Él ha sido capaz de hacer visibles las “nuevas ciudadanías” desde el respeto, la inclusión, desde la felicidad de Ser Humanos. De hecho, ha estado trabajando duro para que algún día se integre en el currículo de todos los colegios del país la enseñanza de la ciudadanía sexual y el enfoque diferencial de género.

La casa de campo del profe Luis Miguel queda en la mitad de una montaña hermosa. Es una construcción pequeña en medio de un lote que no tiene más de una cuadra, lleno de árboles frutales, sobre todo guayabos, limones y mandarinos. También tiene un pequeño corral con nueve gallinas ponedoras. En el porche de entrada, hay una mesa con cuatro asientos que, además de mesa de atardeceres, sirve de estudio a cielo abierto. Es la mesa de trabajo de Luis Miguel y su asistente, Juan Andrés. Para las reuniones virtuales, acondicionan un butaco de madera encima y, sobre el butaco, ubican el celular, que recuestan luego contra una pequeña matera y lo cuñan con un pedazo de plastilina, de suerte que el profe quede de frente sin tener que doblar la columna. Este es un detalle muy importante si se tiene en cuenta que, gran parte de sus días, el profe los pasa frente a ese celular, escuchando a otros compañeros y dando sus opiniones.

Tan pronto se supo que iba a comenzar la cuarentena y que la pandemia era una realidad en Bogotá, el profe decidió salir con sus padres hacia la casita de Anatolí. Nosotros logramos llegar a eso de las 10:00 de la mañana cuando ya el profe



“Él ha sido **capaz** de hacer **visibles** las “nuevas ciudadanías” desde el **respeto**, la **inclusión**, desde la felicidad de **Ser Humanos**”.



estaba en plena reunión virtual. El profe Luis Miguel escuchaba atento la ponencia de su colega de República Dominicana. Era una reunión de la Comisión de maestros de Latinoamérica, comisión a la que pertenece desde que, en 2018, quedó entre los diez finalistas del Global Teacher Prize, entre más de quince mil maestros de todo el mundo.

Luis Miguel nació en Bogotá en el barrio Jazmín, en el año 1983. Nació en el último piso de la casa de los abuelos. Doña Herminda, su madre, dice que no le dio tiempo, que ella estaba en el tercer piso cuando el niño rompió la fuente. A ella, le tocó acostarse sobre la alfombra y comenzar el trabajo de parto. El niño fue recibido por doña Amelia, la abuelita por parte de mamá, y por don Luis Bermúdez, padre de Luis. El niño nació sobre esa alfombra, que por azar o por una especie de albur premonitorio era de color rojo. Luis Miguel nació sobre una alfombra roja y la ceremonia de premiación del Global Teacher Prize se hizo en el lujoso auditorio del Atlantis Palm Hotel de Dubái, donde extendieron también una enorme alfombra roja para los diez finalistas. Desde el momento mismo de su nominación como finalistas, los maestros son tratados por la fundación Varkey como las personas más importantes del mundo, y lo son.

Aunque el profe Luis Miguel está acostumbrado a los reflectores de la fama, no se envanece con premios ni pierde la vocación de servicio. Tiene claro que su trabajo tiene que conocerse en todas partes de Colombia. Ha logrado crear, de manera eficaz y real, un mejor ambiente al interior de un colegio que tenía un índice de 70 embarazos al año entre su población adolescente. Eficaz en este caso quiere decir que redujo ese índice de 70 a 0 en solo tres años. La descripción oficial del trabajo que hizo Luis Miguel en el Colegio Gerardo Paredes es:



La Integración curricular de la Ciudadanía Sexual y el Enfoque Diferencial y de géneros es una innovación pedagógica en el campo de la Educación para la Sexualidad, construida a partir de los intereses y necesidades de los estudiantes; y que tiene como objetivos brindar una educación pertinente y ajustada al contexto, facilitar el acceso de los estudiantes a Servicios de Salud Sexual y Reproductiva, propiciar un entorno escolar respetuoso de las diferencias, enfrentar las violencias sexuales y de género, y reducir el embarazo en adolescentes.

La descripción emocional de su trabajo pasa por la vehemencia del profesor. Es completamente convincente cuando habla frente a los alumnos. No es un doctor que habla con eufemismos raros ni con términos académicos; no es un maestro con una ilustración de las trompas de Falopio y la uretra, es un maestro que nombra las cosas por su nombre. El Colegio Gerardo Paredes era, junto con uno de República Dominicana, uno de los que tenía la tasa de embarazo más alta. Antes de que se comenzara a trabajar la ciudadanía sexual, el colegio tenía muchos problemas de convivencia incluso a los niños se les amenazaban coloquialmente con mandarlos a estudiar allá. Entonces apareció el profe con su revolución y comenzó una transformación.

—Empezamos a hacer un programa para la visibilización de las minorías sexuales y de pensamiento. Empoderamos a las mujeres para el gobierno escolar y se nombró a un LGBT de personero del colegio, por ejemplo, para que los chicos vieran que no era por la orientación sexual



“En un año la tasa de **embarazos** bajó a **62**; al año **siguiente**, a **35**; y luego llegó a **cero**”.

Vivir para aprender
Un homenaje a la labor de ser docente



que se podía o no hacer un trabajo. Modificamos el manual de convivencia y un montón de identidades pudieron expresarse—.

Obviamente toda revolución tiene sus detractores. Aparecieron los enemigos del cambio, los que querían perpetuar *per secula seculorum* el mismo modelo de hace marras, el retardatario que maleduca a los adolescentes. Hasta que comenzaron a verse los resultados y todo comenzó a cambiar. Comenzó la era de la aceptación, del respeto por el otro, por la diversidad.

Un buen día Miguel les dijo a los alumnos de grado décimo que tenían que conseguir un método para planificar. Hacerlo sin esconder que lo estaban buscando: comprar un condón, por ejemplo, en un supermercado; y registrar todas las reacciones de los demás en el proceso. Aquella inocente tarea, en apariencia, reveló muchísimos problemas al interior de la familia, de la misma institución escolar y de la sociedad. Se dieron a la tarea de desmontar mitos y falsas creencias como que el condón quita la virilidad, que es un agente “homosexualizador” instantáneo, que la mujer que lo pida está enferma o es puta, o que eso aprieta tanto y que vuelve infértiles a los hombres.

—Fuimos el primer colegio donde se daban preservativos. María del Carmen Murcia, la rectora, me ha apoyado en todo—.

En un año la tasa de embarazos bajó a 62; al año siguiente, a 35; y luego llegó a cero. Hoy en día, los estudiantes del Gerardo Paredes son los “chachos” del momento. Son jóvenes enterados de su cuerpo y sus necesidades. Ciudadanos que saben discutir abiertamente todo, para quienes los temas tabú desaparecieron para siempre.

A eso de las doce del día, el profesor tuvo un pequeño receso y pudimos conversar un poco antes de su próxima reunión con maestros del Distrito. También está en otra comisión de sabios

distritales pensando en modelos pedagógicos apropiados para los colegios públicos de Bogotá. Hablamos un poco de la finca, de la felicidad del campo. Le conté el caso de la familia de Rocíos. Se quedó en silencio unos segundos, del tipo de silencios que se hace en los velorios. –Qué tristeza–, dijo. Entendí. Si tan solo hablar de ciudadanía sexual se convirtiera en *vox populi* como se convirtió en el Colegio Gerardo Paredes gracias a la cátedra, a un modelo pedagógico, en últimas a un cambio de mentalidad, la historia de las regiones, de las campesinas y campesinos del país sería otra. La misma historia de Colombia cambiaría para bien.

El profesor Luis Miguel Bermúdez es Licenciado en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, magíster en Investigación Social Interdisciplinaria de la misma universidad, doctor en Educación de la Universidad Santo Tomás, Gran Maestro Premio Compartir 2017 y finalista y top diez del Global Teacher Prize 2018. Actualmente, es docente de Ciencias Sociales y Ética en el Colegio Gerardo Paredes institución en la cual ha liderado la adecuación e implementación del proyecto de Educación para la Sexualidad y Construcción de Ciudadanía. Ha apadrinado proyectos en las Comunas de Medellín; en Pitalito, Huila; y en los estados de Chihuahua y Tamaulipas al norte de México. En el Distrito, apoya algunas redes de docentes, pertenece al Instituto para la investigación educativa y el desarrollo IDEP y a Maestros que Inspiran. También hace parte de la Coalición latinoamericana para la Excelencia Docente, promovida por la Varkey Foundation. Ha recibido además la condecoración Orden Civil al Mérito Ciudad de Bogotá en el grado de Gran Caballero de la Alcaldía Mayor de Bogotá; la condecoración Muisca de Oro de la Alcaldía Local de Suba; el premio Fundación Juanfe por sus aportes



Luis Miguel
Colegio Gerardo Paredes





al desarrollo social sostenible del país; el reconocimiento Héroes Reales Scotiabank Colpatria; el reconocimiento a Los Mejores de Bogotá Ciudad Educadora por la participación en eventos culturales y académicos; el reconocimiento Orgullosamente Maestro de la Secretaría de Educación del Distrito de Bogotá por el uso y apropiación de nuevas tecnologías en el aula; el, Orgullosamente Maestro de la Secretaría de Educación del Distrito de Bogotá por la implementación en el aula de programas relacionados con los derechos humanos y la ciudadanía; y, por exagerado que suene, hay que acomodar las siguientes palabras al final: entre otros.

Así, se entiende a la perfección que el profe viva en esos trajines tan bárbaros. Antes de sintonizar en el celular la reunión de la una y treinta, su asistente Juan Andrés Thompson, le hizo un resumen ejecutivo de lo que habían venido tratando y de las ponencias de algunos participantes. El profe de inmediato se sintonizó y comenzó su transmisión con una sonrisa y un buenas tardes, como si fuera la primera reunión del día. Juan Andrés Thompson también es licenciado en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Desde entonces lo ha acompañado en casi todo. Luis Miguel lo contrató como asistente para que le ayudara con la investigación y a procesar algunos resultados de su trabajo de campo cuando estaba optando por el título de doctor en Educación en la Universidad Santo Tomás. Juan Andrés es un investigador de lujo, diligente y riguroso.

Después del porche de la entrada, la casa tiene una sala comedor, tres cuartos, un baño y una cocina que tiene salida a una terraza donde está la mesa del comedor. Mientras el profe Luis Miguel tomaba atenta nota de otras ponencias, doña Herminda les daba los toques finales a unos frijoles con secretos de mamá.



Luis Miguel
Colegio Gerardo Paredes

Comida caserita para estos dos jóvenes que viven más ocupados que un corredor de bolsa en Wall Street. Doña Herminda es dueña de un exquisito humor. Es una mujer sonriente que goza de una salud envidiable. Se graduó de bachillerato comercial y auxiliar de oficina cuando tenía dieciséis años y de una se puso a trabajar. Trabajaba como secretaria de una programadora de televisión en la calle 19. Se conoció con su esposo, Miguel Bermúdez, en el Bolívar Bolo Club, la archifamosa bolera que quedaba en la avenida Caracas con calle 25. Don Miguel trabajó gran parte de su vida como fotorreportero en distintos periódicos de la ciudad; hijo a su vez de un fotógrafo de prensa y hermano de otro apasionado por la profesión. Hoy en día está retirado y es feliz en la vereda Anatolí, porque tiene un improvisado taller de carpintería donde hace todo lo necesario para la finquita: las puertas del gallinero, el butaquito para el celular, las bancas recreativas. Es feliz en esa fábrica de atardeceres, ubicada a menos de diez kilómetros de la mítica laguna de Pedro Palo, donde comenzó oficialmente la expedición botánica. El día de la entrevista, justamente, no estaba don Miguel Bermúdez porque había viajado a Bogotá para hacerse unos exámenes de rutina.

Como los profesores estaban ocupadísimos y como ella, doña Herminda, es una mujer tan amable, salimos favorecidos con ese delicioso almuerzo del día. Se quejó de los muchachos –No tienen tiempo para nada, ni para comer–. Nos dijo que un día tuvo que salir todo el día desde muy temprano y cuando llegó a las 10:00 de la noche, ni siquiera habían desayunado. Ella ve por los ojos de su hijo, porque Luis Miguel, el profe, se desvive por sus padres también. Le dije que si yo fuera otro hijo de ella la demandaría

**No más
violencia
contra
las mujeres**





por abandono. –No diga eso que yo los quiero a todos por igual–, me reprende con cierta picardía, toda sonriente.

Cuando los pajaritos comenzaron a cantar el final del día y el atardecer empezó a pintar todo de naranja, Juan Pablo, el fotógrafo, hizo cara de que todo estaba mal y lo estaba porque tenía que hacerle un retrato al profe antes de que la luz del sol nos abandonara. Tuvimos que usar nuestras influencias con Juan Andrés y doña Herminda para que le dijeran al profe que se levantara de la mesa durante quince minutos, que solo eran quince minutos. El profe nos dijo que sí, que ya casi, que la reunión en la que estaba se terminaba a las 4:30 y tenía media hora de descanso, pero no fue así. El profe Luis Miguel es incapaz de no escuchar a los demás, es incapaz de no hacer las preguntas pertinentes, incapaz de no proponer dos o tres caminos. Logró terminar faltando diez minutos para las cinco de la tarde. Se levantó, se tomó dos minutos para componerse el peinado, se dejó dirigir de Juan Pablo para las fotos y listo. –Tengo que dejarlos–, dijo y se sentó de nuevo en la mesa del porche.

Antes de irme, doña Herminda me llenó la mochila de guayabas que ella misma cosechó. Las guayabas más dulces del mundo y el atardecer estuvieron fantásticos. Con los últimos rayos del sol, se levantó un penetrante y exótico olor, como una mezcla de guayaba, con mandarina y limón, mientras pajaritos de todos los colores volaban de árbol en árbol y cantaban melódicamente todo lo que sabían. Era el final del día para todos en la vereda Anatolí del municipio de La Mesa, Cundinamarca. Para todos, menos para el profe Luis Miguel Bermúdez y su asistente Juan Andrés Thompson, quien no dejó de revisar la agenda, componer horarios y tomar apuntes. Así debe ser.

Así, exactamente así debe ser y el profe Luis Miguel lo sabe. Sabe que no puede parar porque el trabajo que tiene por delante es del tamaño de América entera.

Cristian Valencia

DERECHO A:

FORTALECER
LA AUTONOMÍA
Y LA AUTOESTIMA

DECIDIR LIBRE
Y AUTÓNOMAMENTE

VIVIR Y EXPRESAR

RECIBIR INFORMACIÓN
Y AL ACCESO
DE SALUD

ACCEDER A
MÉTODOS DE
ANTICONCEPCIÓN



Yadira Rivera
Colegio Cultura Popular

Más allá del **artefacto** está el **gesto**, está el ser humano que **Yadira es**. Ese ser humano que fue capaz de **montar una estrategia** para que personas del común donaran **computadores** o **celulares**; de decirle al técnico de la cuadra que también se valía **donar** un **arreglo**, un cargador, un repuesto; generar una **fuerza solidaria** tan potente, que hasta los profes resultaron **pagando recargas** de sus bolsillos. El gesto, más allá del gesto, está la **sorpresa de los niños, de los padres**. La certeza de que son importantes para la **sociedad** con la que tratan **día a día**.

Yadira Es en serio

La joven madre de cuatro hijos repite la misma pregunta una y otra vez: —¿Es en serio?—. Se lleva las manos a la cara, mira a sus hijos, mira a la profe Yadira y vuelve a mirar el computador recién desempacado, nuevecito, que está sobre la mesa de su propia casa.

Es en serio.

Ese computador es para sus hijos. Para que puedan cumplir con las tareas que les proponen en el colegio, para que puedan asistir a las clases virtuales, para que puedan investigar por su cuenta, jugar, tener un correo electrónico y una vida más o menos igual a la de todos sus compañeros. Es en serio. La profe Yadira consiguió que se los donaran y fue a llevarlo personalmente, porque le encanta ser mensajera de buenas noticias.

—¿Es en serio?—, repite otra vez la madre, como para sí misma, como para sus hijos, como para sí misma otra vez porque no se lo cree.

Unos días después, la profe Yadira sube unas escaleras desvencijadas para lograr llegar al segundo piso donde la esperaban otros cuatro niños. Desempaca el computador y lo deja sobre la pequeña mesa de noche que está entre dos camas. Nadie entiende nada. Si no se tratara de la querida profe Yadira, podrían pensar que es una funcionaria que viene a hacer una encuesta; pero es la profe y les dice que ese computador es una donación para ellos. Los niños se miran entre sí y miran a su madre que quedó con la boca paralizada en un gesto aterrado. Sus hijos tampoco creen que sea verdad, tampoco articulan palabra ni saben cómo deshacerse de esa sonrisa de par en par, exagerada e involuntaria, que apareció de repente cuando la profe dijo: donación, niños, colegio, es de ustedes. No están seguros si en ese orden o en



otro. La casa está en pésimas condiciones. Se sostiene milagrosamente en pie aunque no deja de parecer insegura: las tablas del piso se hunden a cada paso, crujen y traquean. Caminar por allí es un ejercicio de alto riesgo. También resulta muy amenazante que el revoque del techo se haya caído y se vean los intestinos de la casa a punto de despeñarse. Esto sin contar que el vecindario es peligroso. Salir y regresar es todo un albur al que se han acostumbrado en la familia. Pertenecen a la cotidianidad órdenes tácitas como no salir después de las siete de la noche, evitar ciertas calles donde se la pasa una pandilla o cuidarse de mirar a la gente que sale de la “olla” vecina.

Es en serio. La profe Yadira llegó en un carro con Jeysson, su esposo, quien siempre la acompaña a estas travesías humanitarias. En esta ocasión, tuvieron que pedirle ayuda a una vecina para no perderse en esas direcciones laberínticas y evitar los lupanares; también pidieron acompañamiento especial de un par de policías.

Yadira Rivera Cubillos nació en 1969 en Bogotá y alcanzó a estudiar hasta el grado cuarto de primaria en el Colegio Distrital Murillo Toro. En el año 79, tuvieron que migrar forzosamente cuando su madre quedó viuda y, huérfanos Yadira y sus tres hermanos. Migraron a San Antonio del Táchira, en Venezuela, porque entonces Venezuela era un país inmensamente rico. San Antonio es una ciudad fronteriza separada de Villa del Rosario (Colombia) tan solo por un puente sobre el río Táchira. Era una ciudad que en la época parecía un enorme centro comercial a cielo abierto a donde multitudes de paisanos colombianos iban todos los días a comprar electrodomésticos y comida enlatada. Villa del Rosario, por el contrario, era un pequeño





pueblo con un centro histórico en ruinas y hordas de comerciantes en las calles. La adolescencia de Yadira transcurrió entre esas dos ciudades de dos países. Aunque ella no sea muy consciente de ello, se acostumbró a ver multitudes de personas dedicadas al comercio de toda índole las veinticuatro horas del día.

Terminó la primaria en la escuela Pedro Fortoul de Villa del Rosario, porque no era bien visto que los niños estudiaran en Venezuela. Es más, hasta los venezolanos mandaban a sus hijos a las escuelas y colegios en Colombia. Tal vez, y solo tal vez, que haya convivido tan cerca de esa febrilidad comercial sirva para justificar que Yadira tenga un olfato innato para conseguir recursos. Lo que nadie podría explicar, desde esa perspectiva, es que ese olfato solo se active en toda su dimensión si esos recursos son para los demás, para alguien que los necesite, para una causa noble.

Yadira se graduó de bachiller en 1986 del Instituto técnico comercial María Inmaculada. Si no hubiera sacado uno de los puntajes más altos del país en el ICFES, ese año habría sido un año cualquiera para el colegio y para la gente de Villa del Rosario, pero es casi seguro que ese pequeño logro sirvió de modelo para muchos estudiantes y que políticos locales y manzanillos sacaron pecho a costa de ello. A Yadira, le ofrecieron becas para ir a estudiar la carrera que eligiera en Rusia o en Rumanía. Sus benefactores solo esperaban que la joven dijera qué quería estudiar para empacarla rumbo a la cortina de hierro en un avión de Aeroflot (en ese tiempo todavía existía una cortina y nadie sospechaba siquiera la desintegración de la Unión Soviética tres años después). Pero a su madre, sobre todo, la palabra Rusia le sonaba a lejanía y frío, a socialismo, en últimas le sonaba a que la perdería para siempre si la dejaba ir.



Llegó a Bogotá en enero de 1987 sola, con apenas tiempo para conseguir dónde vivir y organizar un poco la vida antes de empezar a estudiar Ingeniería de sistemas en la Universidad Católica a estudiar de noche, claro, para poder trabajar de día. El lugar común parece tener un antecedente preciso: es Yadira la joven que se baja de una flota con su maletica en medio de esta ciudad amplia, gris y ajena; es Yadira la que mira hacia los cerros diáfanos de los eneros, suspira con fortaleza, aprieta el pecho y arranca a caminar. Es Yadira. No es un invento. Es en serio.

—En ese tiempo pensaba que yo había nacido estrellada, pero ahora creo que mi estrella fueron las dificultades— dice ella con absoluta seguridad y deja escapar una sonrisa cuando piensa en sus días actuales.

Antes de graduarse como ingeniera tenía un cargo ejecutivo que combinaba con ventas en una comercializadora internacional. Su jefe confiaba tanto en ella que a veces se ausentaba días o semanas enteras y le delegaba toda la res-

ponsabilidad. Yadira habló seriamente con su madre para que se vinieran a Bogotá y logró convencerla. Estaba en la cresta de la ola, de aquella provinciana tímida que había llegado a la capital no quedaba nada. Pocas jóvenes contaban una historia de surgimiento tan exitosa en ese entonces. Es bien sabido que el éxito atrae también a oportunistas de toda índole. Yadira se enamoró y tuvo una hija. Desde el justo momento en que nació la niña, se desinfló la imagen del hombre que antes le resultaba tan atractivo. Quiso huir, como se huye de una terrible tormenta,

“Llegó a Bogotá en enero de **1987 sola**, con apenas tiempo para **conseguir** dónde **vivir** y organizar un poco la **vida** antes de empezar a estudiar **Ingeniería de sistemas** en la **Universidad Católica**”.

“Yadira se **convirtió** en **referencia** como ser humano, por **antonomasia**, cuando se habla de **Yadira** es como **si se hablara** de la **esencia misma** de la **solidaridad**”.



comenzar de nuevo. Decidió irse a trabajar de maestra en un colegio privado y entonces apareció la vocación que había estado esperando por tanto tiempo. La vocación de servicio activó toda la fuerza gerencial de la nueva Yadira. Por esa época, conoció a Jeysson, el hombre que ahora es su esposo, su compañero y su cómplice.

Unos años después, un enero de 2007, comenzó a trabajar con el Distrito. Durante seis años enseñó contabilidad y sistemas en la IED Marruecos y Molinos. Luego entró a la IED Cultura Popular donde se convirtió en la líder de informática que, a la postre, le daría toda la fuerza al programa Saber digital, implementado por el Distrito desde 2016. Pero más allá de esos saberes específicos, Yadira se convirtió en referente como ser humano, por antonomasia, cuando se habla de Yadira es como si se hablara de la esencia misma de la solidaridad. Esa es la enseñanza más grande que está dejando donde quiera que vaya. Es en serio.

Hoy en día vive en el barrio Quiroga, al sur de la ciudad, con su familia: su hija Saray, sus hijos Gabriel, Samuel y su querido esposo, Jeysson. Viven en una casa de cuatro pisos que han construido a pulso a lo largo de los años. Una de esas casas que solo tenía una planta cuando la compraron, pero que fue creciendo hacia lo alto de manera milagrosa, como las familias crecen. En el último piso, hay una terraza con vista hacia todas partes: al bosque de San Carlos, a las Lomas, a Monserrate; es una terraza generosa en crepúsculos y amaneceres. El centro del hogar está en el tercer piso, que funciona como sala de cine privada. Les encanta ver películas en familia. Son muy unidos. La casa está adornada con innumerables objetos y cuadros. En realidad no son adornos, sino pequeños trozos de la historia familiar. Un arqueólogo del futuro tardaría más de diez años en clasificar



cada una de las cosas que hay por toda la casa: cuadros hechos por su hija, imágenes religiosas, fotografías de la familia en distintas partes de Colombia, medallas de su hijo Gabriel, que por cierto es campeón nacional de trampolín, en fin. Yadira no habría podido hacer lo que ha hecho en esta pandemia sin la ayuda de su familia.

Cuando se decretó la cuarentena y los maestros se enfrentaron de repente con las clases virtuales y la enseñanza a distancia a Yadira lo único que le preocupaba era que todos recibieran esas instrucciones virtuales por igual. Sabía perfectamente que no en todas las casas tenían equipos. Lo primero que se le ocurrió fue darle uso a veinte computadores que ella misma había gestionado con la Universidad de La Sabana, pero eso era un imposible administrativo. Hasta llegó a pensar en pedir un préstamo a la cooperativa de maestros antes de que se le activara el inconsciente de negociante, esa capacidad innata para gestionar, para gerenciar proyectos. No en vano sus primeros empleadores le decían que ella solita hacía por tres profesionales.

Con la ayuda de los demás maestros y la directora empezaron por hacer una encuesta para reconocer el tamaño del problema. Los resultados fueron terribles. Los niños tenían muchas necesidades, no solo de conectividad o dispositivos. Las estadísticas en este caso solo servían para desmoralizarlos. Había niños que no podían recibir clase porque no tenían un celular. Ni ellos, ni el vecino, ni sus padres, ni nadie cerca. Entonces, la primera acción del Colegio Cultura Popular fue entregar cincuenta tabletas que tenía para las clases de informática a los más necesitados. Ese fue el impulso inicial.

Mientras tanto en la ciudad asustaban en ese final de marzo. Como nadie sabía exactamente cómo era el dichoso





virus, la paranoia era terrible y generalizada. Las imágenes que llegaban de Italia, de España, de Ecuador eran desconsoladoras y no generaban ninguna confianza ni en el futuro ni en el ahora, ni en el vecino, ni en nadie. Muertos apilados en las calles, morgues improvisadas en camiones, hospitales sin una sola cama y los ventiladores que nadie tenía. La zozobra estaba en todos los hogares de Bogotá y los más necesitados estaban al borde de perder la razón en esta ciudad. No es un eufemismo. Padres de familia sin poder trabajar ni salir a la calle mientras sus hijos miraban al techo, sin colegio por no tener una tableta, un celular o un computador. La culpa, y la tristeza, y el hambre, y el virus, y las miradas y otra vez la culpa calaban hasta lo más profundo de cada familia; la vergüenza de ser pobre. Ese era el sentimiento, el ambiente interior. Un ambiente que no es posible registrar en noticieros ni encuestas. Fue justo ahí, en ese centro emocional adonde una mañana de marzo o de abril, llegaba Yadira con su cargamento de felicidad en cajitas que decían claramente: computador.

Más allá del artefacto está el gesto, está el ser humano que Yadira es. Ese ser humano que fue capaz de montar una estrategia para que personas del común donaran computadores o celulares; de decirle al técnico de la cuadra que también se valía donar un arreglo, un cargador, un repuesto; generar una fuerza solidaria tan potente, que hasta los profes resultaron pagando recargas de sus bolsillos. El gesto. Más allá del gesto, está la sorpresa de los niños, de los padres. La certeza de que son importantes para la sociedad con la que tratan día a día.

Fue en Serio. Yadira armó grupos de WhatsApp, corrió la voz de tanta necesidad. Su hija Saray, la artista plástica de



catorce años, diseñó carteles y volantes; sus hijos corrieron la voz y la gente la replicó. Aquella petición viajó por el aire más rápido que el virus y las respuesta de los donantes llegaron de repente. El bosón de Higgs, esa partícula de Dios de la que hablan los físicos más avanzados, hizo que el deseo de una maestra se convirtiera en objetos palpables y lágrimas de felicidad.

Hay días en que quiere saber cómo va la niña de séptimo o el chiquillo de octavo. Cuando los puede ver por Zoom, habla como si nada con ellos, pero se desmorona de la emoción por dentro. Esos niños del otro lado de la pantalla la salvan, la sostienen, la fortalecen tanto como su propia familia.

Antes del 30 de agosto había entregado equipos a dos docenas de familias, estas donaciones conmueven toda una estructura familiar y, a veces, vecinal. También los vecinos que no tienen computador necesitan mandar y recibir correos en estos tiempos. Los testimonios están por ahí en las redes. Ella los graba como evidencia para que los donantes sepan que sí, que era en serio, que con la profe Yadira todo es en serio.

Valentina Acevedo grabó un video de agradecimiento en donde habla en nombre de varios estudiantes. Dice que fue muy difícil para ella y sus hermanitos cuando empezó la pandemia porque no podían asistir a las clases virtuales y, por supuesto, no podían hacer los trabajos, pero que cuando se lo dijo a la profe Yadira ella buscó la manera de ayudarlos.

El compromiso de la profesora Yadira para integrar a los alumnos con la cultura digital no es una ocurrencia de cuarentenas y pandemias. En el año 2018, el Colegio Cultura Popular obtuvo el primer lugar en el Desafío de Monitores Líderes Estudiantiles 2018, una competencia desarrollada por Saber





Digital. Este año, además de toda la gestión que ha hecho para sus alumnos, se inventó la Pizarra digital para que los estudiantes de grado once preparen las Pruebas Saber por su cuenta y desde sus casas.

—Ya hicimos una prueba de simulacro inicial donde cada estudiante ya tiene su ruta de estudio que es acompañada por los docentes— dice la profe en una entrevista que le hicieron para el portal de la Secretaría el 29 de junio.

Para esa fecha, la profe Yadira se había convertido en una figura legendaria. Como toda leyenda, nació de hechos reales, de testimonios reales, que hoy en día circulan por la localidad de Puente Aranda. Era inevitable que se supiera, aunque a ella no le interesa la divulgación. No le gusta volverse el foco de atención. Prefiere siempre que toda la atención sea para las necesidades de sus alumnos, pero las leyendas se hacen populares porque así debe ser. Por lo general, las hazañas de los valientes son contadas por testigos o amigos de testigos; por la vecina de unos niños que recibieron un computador y que se lo contó al tendero, y el tendero al transeúnte, y así.

Palabras fundamentales, el poema de Nicolás Guillén y Pablo Milanés, parece un retrato hablado de la profesora Yadira. Es un poema consejo que recomienda siempre trabajar por los demás, por los que no tienen voz y hacerlo en serio como Yadira Rivera, la profe emblema, la profe fortaleza, la profe solución, la solidaria. La que hoy en día está segura de que las dificultades son como una estrella. Los últimos versos se podrán cantar como los bardos que cantaban las glorias de las personas inmensas:

Llena todo tu espíritu de lumbre;
busca el empinamiento de la cumbre,
y si el sostén nudoso de tu báculo
ofrece algún obstáculo a tu intento,
¡sacude el ala del atrevimiento,
ante el atrevimiento del obstáculo!

Cristian Valencia





Miguel González
Colegio Unión Europea

La vena **artística** viene por el lado de su **padre**, que cantaba baladas de **Camilo Sesto** y rancheras de **Antonio Aguilar** y **Pedro Infante**. La vena de **inventor y científico loco** tal vez venga por el lado de sus **hermano Richard**. Miguel fue niño mientras su hermano estudiaba ingeniería. Lo vio resolver grandes problemas y **manipular herramientas**. La imaginación y la **tozudez** le pertenecen por completo, **vienen de fábrica**, esa vena la ha trabajado por su cuenta. Se acostumbró a **ver la vida** a través de un **prisma**. Descompone **la realidad** y la analiza, como en una especie de **pensamiento cubista**.

Miguel

El inventor

El computador de Miguel está en la sala de su casa y es un armatoste que parece una máquina del tiempo. La CPU reposa en el piso y no tiene carcaza, se ven todos los cables y, además, tiene conectados cinco ventiladores adicionales para que no se recaliente.

Al profe Miguel no le importa que la CPU se vea descachalandrada mientras que sea eficiente y, si es necesaria más capacidad o rapidez, el profe consigue lo necesario para repotenciar ese ordenador en una chatarrería, su lugar preferido en el mundo. El profe Miguel cacharrea con todo. Entiende de computadores, de música, de mecánica, de física, de pedagogía, de programación, de carpintería, de inventos, de lo que sea. En la sala de su casa, también hay una batería que toca de cuando en cuando y unas maracas, una quena, una flauta, un violín, una guitarra eléctrica y otra acústica. También hay adornos, soldaditos de plomo, libros y una mesa de centro hecha por él mismo que imita perfectamente la forma de un casete de esos donde se escuchaba música hasta los años 90. El resto de la casa está lleno del amor de Lina, su esposa, quien siempre ha estado allí para apoyarlo en cada cosa que inventa, en cada ocurrencia de este Leonardo Da Vinci local, que se erige como un genio del renacimiento en el pleno sur de Bogotá.

De un tiempo para acá el profe solo duerme dos o tres horas. Se despierta a las dos de la mañana y comienza. Siempre tiene cara de andar en algo. Como es un profesor de primaria, lo mejor sería decirle Giro Sin Tornillos, como aquel inolvidable personaje de las historietas de Walt Disney que se la pasaba inventando cosas. Cuando la pandemia y la cuarentena lo obligaron a quedarse en casa, al profe se le encendieron todos los bombillos. Pensaba en sus alumnos, sobre todo, en esos chiquillos



que apenas comienzan un proceso de aprendizaje. Pensó, pensó y pensó en esas horas de vigilia hasta que se le ocurrió diseñar un jueguito interactivo para que los niños aprendieran sin darse cuenta. En menos de cuatro días, tenía el prototipo de El Oso Math, un juego con el que los niños pueden practicar operaciones básicas de matemáticas. A pesar de las dificultades de conexión que tiene la gran mayoría de estudiantes, durante las primeras semanas el noventa y cinco por ciento de sus alumnos lo jugaron porque es divertido. Se pierde, se gana, se avanza, se pasan mundos. En fin, respeta las leyes de los juegos y jamás quiere meter gato por liebre, es decir, no parece una clase de matemáticas.

Miguel González no se detiene nunca. Dos semanas después y, en vista del éxito de El Oso Math, lanzó al aire su segunda creación: El oso Leo. Le quedó mejor diseñado en todo sentido. En este juego, los niños tienen que hacer ejercicios de memoria, contar sílabas y hasta adivinar unas frases completas en solo siete intentos, mientras el tiempo corre inclementemente en un pequeño cronómetro que se activa. Entonces los niños se llenan de adrenalina, un vértigo que produce risa mientras se juega. Todos quieren pasar las pruebas. Es increíble, el profe Miguel logró convertir un juego con objetivos pedagógicos, en un juego de moda, exitoso y adictivo, algo que ni los mejores programadores de la Nintendo Corporation lograrían en un año en sus laboratorios especializados.

Si hubiera tenido más tiempo, a lo mejor habría hecho la música original y grabado algunos efectos especiales. Hay que aclarar que Miguel nunca había diseñado juegos, que se metió desde cero, investigó, buscó la manera y lo hizo en solo cuatro días.



Miguel
Colegio Unión Europea (IED)



“Es increíble, el profe Miguel logró convertir un juego con objetivos pedagógicos, en un juego de moda, exitoso y adictivo”.



El profe Miguel sabía que los jueguitos estaban dando resultados porque le contaban por chat, pero quería saber qué pasaba mientras tanto, si se involucraban los amigos, los vecinos. Entonces nuevamente pensó, pensó y pensó en sus horas de vigilia hasta que le llegó la idea. Tenía que hacer una aplicación. ¿Una aplicación? Pues sí, una en la que toda la comunidad educativa pudiera interactuar.

—Y en eso sí me demoré mucho más tiempo porque no sabía nada de nada. Creo que me tardé como quince días—dice con cara de estar molesto consigo mismo por la demora.

Desde la aplicación los estudiantes pueden subir sus trabajos académicos, jugar al Oso Leo o al Oso Math y acceder a otras páginas de interés. Hay enlaces a la página de la Secretaría de Educación del Distrito, por ejemplo, o a cursos de inglés gratuitos, a pasatiempos.

Miguel tiene treinta y seis años, es de estatura media y delgado. Tiene los ojos un poco rasgados, que se ven más rasgados aún por un efecto óptico de sus gafas de aumento que lleva desde que tuvo un accidente a comienzos del siglo XXI, cuando apenas era un adolescente. Es el último hijo de una familia de siete hermanos, nacidos del amor entre Miguel Antonio González y María Dolores Reyes, habitantes del barrio Perdomo, en Ciudad Bolívar, que a comienzos de los años 90 todavía recibía familias de desplazados de una de las tantas guerras que nos aquejan. Era un barrio difícil donde cualquier niño o adolescente podía ceder a las múltiples tentaciones del malevaje, pero a Miguel lo cuidaban sus padres y sus seis hermanos mayores. Recibió consejos de todos y aprendió a mantenerse lejos de los problemas, a concentrarse en sus estudios. La familia lo ha guiado en muchos sentidos. El profe dice que la vena artística viene por el lado



de su padre, que cantaba baladas de Camilo Sesto y rancheras de Antonio Aguilar y Pedro Infante. La vena de inventor y científico loco tal vez venga por el lado de su hermano Richard. Miguel era niño mientras su hermano estudiaba ingeniería. Lo vio resolver grandes problemas y manipular herramientas. La imaginación y la tozudez le pertenecen por completo, vienen de fábrica, esa vena la ha trabajado por su cuenta. Si se interesa por una máquina no descansa hasta saber todo al respecto. Es un apasionado de los mecanismos: mecánicos, químicos, informáticos, pedagógicos. Se acostumbró a ver la vida a través de un prisma. Descompone la realidad y la analiza, como en una especie de pensamiento cubista.

Si bien sus padres han sido de gran importancia, porque le enseñaron el valor de la disciplina y el respeto, su hermano mayor, Richard, quien le lleva veinte años, fue la influencia más importante en sus años de adolescencia y temprana adultez, un modelo a seguir. Además de enseñarle el amor por las máquinas y la inventiva, fue su tutor en asuntos del rock and roll. Se pasaban horas enteras escuchando la guitarra de Jimmy Page.

—Pero Richard era pura estética ochentera— dice Miguel con una sonrisota como de compinche. —Así como escuchaba a Led Zeppelin, también le encantaban Los Visconti y la música andina, la guasca y la de carrilera—.

Miguel se hizo adulto en ese entorno fantástico, una combinación perfecta entre *Stairway to Heaven* de Led Zeppelin, *Sonaron cuatro balazos* de Antonio Aguilar y *Ojos azules* de Inti Illimani. Así como a sus siete años leía sin entender del todo la *Breve historia del tiempo*, de Stephen Hawking, soñaba con ser un niño tan mágico e inventivo como Carlos Baza Calabaza, ese personaje creado por el escritor Emilio San Juan.



Miguel
Colegio Unión Europea (IED)



“Les dio **rienda** **suelta** a sus deseos de **armar** y **desarmar** cosas en el taller de Silvio Márquez, un **vecino** que tenía una **fábrica** de plásticos”.

El accidente que sufrió cuando tenía veinte fue grave porque casi pierde la movilidad, pero no vale la pena reconstruirlo. Lo que sí vale la pena decir es que a partir de entonces Miguel se concentró en aprovechar todos sus dones. Les dio rienda suelta a sus deseos de armar y desarmar cosas en el taller de Silvio Márquez, un vecino que tenía una fábrica de plásticos y lo contrató para que mantuviera las máquinas en perfecto estado y también se puso en la tarea de perfeccionar sus técnicas musicales, que eran muchas. Sabía tocar de oído algunos instrumentos: flauta dulce; quena; capador, ese instrumento amerindio tan emblemático de los Andes; charango; violín; cuatro; maracas; guitarra clásica y eléctrica.

En 2007, pasaron dos cosas importantes. Ingresó a la Corporación Universitaria CENDA a estudiar una Licenciatura en educación artística y artes escénicas y ese mismo año, en compañía de algunos amigos, lograron “engranar” un grupo folclórico. Miguel usa esa palabra, porque para él todo pertenece al mundo de la mecánica. El grupo se llamaba Voz y sombra y tenía un amplio repertorio de música andina y de protesta. Les gustaba tomarse el famoso Chorro de Quevedo, la placita de Bogotá que más se disputan los artistas callejeros porque siempre tiene un público variopinto de estudiantes y turistas.

La banda, a la postre, terminó por desintegrarse por el motivo que más suelen usar las bandas para separarse, el amor. Como repetían mucho el mismo repertorio y la manera de interpretarlo decidieron incluir una cantante muy bonita de ojos azules y aquello fue un cataplúm instantáneo. Miguel se enamoró con ella y el grupo se desbarató, quedaron solo tres. Suficientes para perfeccionar un nuevo repertorio que incluía nueva trova





cubana y algunos temas de rock. Sonaban tan bien que aparecieron contratos para tocar en bares y a ganar plata, mucha plata.

—Pero no estaba contento con eso— dice Miguel, —porque la bohemia necesita ser sublime para poder conectarse con su propio ser. Si no existen la disciplina y la esencia sublime es imposible hacer las cosas. Ese es el discurso que yo manejo, porque no importa lo que hagamos, mientras lo hagamos por un bien común.

Ese es Miguel. Así de claro. Sus palabras no tienen requiebros, ni otrosíes o parágrafos de letra menuda; sus actos tampoco. Miguel es de una sola pieza.

Cuando conoció a Lina en 2012, un año antes de graduarse, supo de inmediato que sería su esposa y compañera para siempre. Así dice: “para siempre”, palabras altisonantes que viniendo de Miguel resultan tan ciertas como decir que el sol sale por el oriente. Desde entonces hasta estos tiempos de la pandemia, ha vivido como en una nueva era, con otro ritmo y otras preocupaciones. Con la llegada de Lina, también apareció su verdadera vocación, que hubiera sido imposible ejercer sin los demás dones. Aquella vocación fiel a sus palabras: —no importa lo que hagamos mientras lo hagamos por un bien común—, la vocación de maestro.

Entró a trabajar a un colegio privado de Suba. Era un colegio de garaje, un verdadero desastre. Sintió en carne propia muchas injusticias. Mientras la rectora y su marido se la pasaban de fiesta y llegaban al colegio en carros de lujo, a los maestros les tocaba dictar todas las materias y les retrasaban el sueldo hasta dos semanas. Cuando llegaba diciembre, adiós y muchas gracias, señor maestro, que tenga lindas vacaciones sin



“Si **alguien** se pone en la **tarea** de juntar todas esas **habilidades**, más esos **principios** y esa **visión** del **amor** el resultado será el profe **Miguel**, el **inventor**”.

suelo. Lo corrieron porque un alumno rompió un pupitre que le descontaron de la liquidación. En el 2013, se fue a vivir con Lina, el amor de su vida. —Pase lo que pase el amor es nuestro soporte. Si hay dificultades nos cogemos de la mano y echamos pa’lante—, dice Miguel como una sentencia irrefutable, un axioma. Si alguien se pone en la tarea de juntar todas esas habilidades, más esos principios y esa visión del amor el resultado será el profe Miguel, el inventor. Es uno de los últimos románticos, pero uno

de los que habla William Ospina en su hermoso ensayo: “Los románticos marcaron profundamente su época, contagiaron a las multitudes con sus sueños y sus imaginaciones, fueron el alma de un mundo, y largamente perduró su influencia en los hábitos mentales y en la sensibilidad de los pueblos”. Ese es Miguel.

Desde 2013 hasta 2016, trabajó en otros colegios privados, unos mejores que otros, hasta que apareció la educación pública en su vida en 2017 y, según sus propias palabras, comenzó la parte más feliz de su vida.

Lo más chistoso de todo es que el profe Miguel no se acuerda a qué horas se presentó, ni cómo, ni dónde. Se encontraba en casa, incapacitado por cálculos renales, cuando lo llamaron de Secretaría de Educación del Distrito para ocupar una vacante provisional. Pensó que era una broma o una estafa y colgó, pero volvieron a llamarlo a los tres días y le dijeron que era en serio. El siguiente es su relato. Pueden ustedes imaginar al profe Miguel decir esto sin tomar aire, como un chiquillo emocionado:

—Me asignaron al Colegio Veintiún Ángeles de Suba, quizás el mejor colegio donde he estado. Me pagaban mucho más y no sabía nada, del Distrito no sabía nada. Daba clases de música en bachillerato y tanto el rector como los demás profes me

querían mucho. Me pagaban justo y cumplido. El primer día de la semana institucional, una profesora me postuló para representante del Consejo Directivo, pero justo al otro día me citaron en la Secretaría para un traslado, porque yo era provisional. Entonces los maestros reunieron entre todos \$1'800.000 y me lo dieron el día en que me fui, para reconocerme lo que había hecho por el colegio y para apoyarme porque iba a ser papá en breve.

Así fue, Lucciano D'Alessandro venía en camino. El nombre de su hijo fue elegido en honor a Pavarotti, el grandísimo tenor italiano, y en honor al rey de Macedonia, Faraón de Egipto, Hegemón de Grecia, el Magno. Solo lleva sobre sus pequeños hombros esos legados, además de ser el hijo de Lina y Miguel. Lucciano D'Alessandro González Martínez del Perdomo, nada menos.

En 2018, fue asignado al Colegio Unión Europea (IED) donde permanece aún. Miguel se las trae enseñando a los niños, sabe como. En las clases presenciales, ponía a sus alumnitos a escribir con el cuerpo, a representar las letras con manos, pies y cabeza. Sus clases son una combinación de teatro, lecturas y risas. Tiene treinta y cinco estudiantes que la pasaban dichosos en sus clases hasta que llegó la pandemia, qué mala pata, qué tristeza para todos. Así que el profe volvió a pensar. Pensó, pensó y pensó en sus horas de vigilia hasta que se le ocurrió lo primero. Los puso a crear un avatar de ellos mismos, para que todos se vieran iguales, para que participaran más, para afianzarles la autoestima; y comenzó a mandarles lecturas dramatizadas de los mejores cuentos para niños. Tiene montados como treinta cuentos ya de una pequeña colección de cincuenta.

¿De quién será la máquina de coser que está bajo la marquesina? Del profe Miguel, que sabe coser también y que



Miguel
Colegio Unión Europea (IED)





$$\left(\frac{5}{6} + \frac{5}{4}\right) \cdot \left(\frac{7}{10} - \frac{1}{4}\right)$$

cuando empezó la cuarentena solo tenía cabeza para pensar en los profesores de colegio privado que se quedaron sin trabajo. Se inventó un emprendimiento. Él mismo cosió y cose todavía unos tapabocas especiales que llevan la leyenda “soy orgullosamente profe”. Los vendió por todas partes, con vecinos, amigos, colegas, en redes y con la plata que recogió alcanzó a entregar setenta mercados a profesores necesitados. Miguel, el profe, que también se las trae a la hora de ser solidario, cosía en sus horas de vigilia, todavía los cose y todavía los vende.

El profe Miguel desplegó todo su aparato pedagógico, empático, socio inventivo y solidario en tan solo un mes. Todo estuvo hecho antes del 25 de abril. Los avatares, los juegos interactivos, la aplicación, los tapabocas, los mercados y hasta le quedó tiempo para diseñar un nuevo juego para que las familias se divirtieran durante los días del amor y la amistad. Se llama *Cómo voy a Marte*. Así, con ese doble sentido, ir al planeta y al amor. El juego consiste en encontrar un tesoro que está dentro de una botella. El niño busca mientras los padres le dicen qué tan cerca o lejos está del premio, valiéndose de la antigua práctica del frío, tibio o caliente. El tesoro es un mensaje de amor escrito a puño y letra de mamá y papá, que el niño, a su vez, leerá en voz alta. Todo está diseñado para jugar en familia, para que las familias demuestren el amor con hechos reales. Todo ese proceso tan hermoso quedará grabado en un celular y compartido por medio de la aplicación, como una manera de celebrarse el día del amor y la amistad entre todos. Ese es Miguel.

Ojalá pudiera tocar a sus anchas la batería cuando está insomne, pero sabe que despertaría al vecindario entero. A veces se sienta, agarra sus baquetas y simula estar tocando con toda la energía. Al final de esa canción imaginaria, hace un simulacro

de descarga que termina siempre en un instrumento que se inventó y lo tiene ensamblado junto a la batería. Una serie de varillitas huecas de distintas extensiones, que suenan como una de esas cortinillas de Walt Disney que significan magia, magia. Y sí, tal vez se trate de eso, de magia; de la magia del profe Miguel, ese romántico.

Cristian Valencia





Ricardo Gáceres
Colegio Ciudad de Villavicencio

Todos los años **seleccionamos** a **veinte niños** para las **capacitaciones**. Este año solo elegimos **cuatro**, por la pandemia. Tenemos **presentadores**, editores empíricos, **sonidistas** y hasta personal de **seguridad**. En 2019, compramos un **equipo de edición** con rubros de la institución para editar como profesionales, pero no hemos podido capacitar a nadie. **Yo soy el director**. En **Chiquinoticias**, siempre hay **espacio** para **niños nuevos**. Casi siempre las **presentadoras** son las **niñas**, porque parece que son más **fluidas**, tienen más **habilidades** frente a la **cámara**, son menos tímidas. A los **tímidos**, les gusta la **tras escena**.

Ricardo

Un libreto para Chiquinoticias

Ricardo parece la ilustración de un bonachón de película animada. Es un hombre tímido, aunque no lo parezca porque de tanto reír le ha quedado un rictus en la cara de hombre feliz, como de niño que mira a un gigante perder en la golosa. Es además un enamorado profesional de su esposa Irma Luz, de su hijo que está en camino, del arte

de enseñarles a los niños a aprender con felicidad y de su Colegio Ciudad de Villavicencio. Ricardo es cocreador, director, editor y todero de Chiquinoticias, el noticiero escolar infantil más famoso de la Sabana de Bogotá, al que dedica buena parte de su tiempo libre sin esperar otra remuneración distinta que la felicidad de los niños. El texto que viene a continuación es un extracto de una extensa entrevista que sucedió una mañana de septiembre del año de la pandemia.

Los primeros años

Mi papá se llamaba Pedro Cáceres, era de Buga, y murió hace diez años. Mi mamá se llama Doralice Gómez y nació en Versailles, Valle del Cauca. Crecí en el barrio Rincón de los Ángeles de Bogotá, al lado de Banderas. Estudié primaria en el Instituto San Bernardo de la Salle y luego me pasaron al Colegio Agoberto Mejía, que hoy en día es el Cooperativo Justiniano Medina. Mis papás tenían un almacén donde se fabricaban y vendían plantillas metálicas para marcar cajas, pero cuando llegó la tecnología del plotter y eso pues se quebraron. Comenzaron a buscar otras alternativas para los hijos. Tengo cuatro hermanos y soy el menor. Me pasaron a un colegio de convenio, con profesores del Distrito, pero con infraestructura privada.

El comienzo

En noviembre del 2000, me gradué de bachiller y, en enero del 2001, me fui a prestar el servicio militar a la Fuerza Aérea Colombiana. Primero me mandaron a Catam durante cinco meses, luego me trasladaron al grupo de San Andrés, la isla. Allá el servicio se presta como auxiliares bachilleres. Prestábamos un día de guardia y al otro teníamos permiso de salir a nadar, a pajarear por ahí. Conocí muchos lugares que los turistas no conocen, los barrios de los raizales, por ejemplo, la laguna de la Caimanera o la Big Pond. Amoríos no tuve porque en ese tiempo estaba muy metido en las cosas de Dios, me congregaba en una iglesia cristiana desde pequeño. Mis compañeros me molestaban porque yo era muy juicioso. Ya no me congreco porque después de la universidad me di cuenta de que hay cosas que no me cuadran, pero sigo con mi fe, solo que sin intermediarios.

La hora de la verdad

Cuando regresé, lo hice con una perspectiva de adulto. Quería contribuir en la casa. Busqué trabajo en cualquier cosa, primero como cobrador y luego en ventas. Vendía productos de miscelánea, muy difícil. En esas andaba cuando apareció un amigo de la casa y me dijo que me presentara a la Distrital o a la Nacional. Yo hubiera querido estudiar Comunicación social, pero es una carrera que solo ofrecen las universidades privadas. El amigo de la casa me dijo que me presentara a la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana, para que mejorara la fluidez verbal y que supiera manejar grandes audiencias. Su idea era que estudiara para trabajar en el pastorado, en



“Conocí **muchos lugares** que los **turistas** no conocen, los **barrios** de los **raizales**, por ejemplo, la laguna de la **Caimanera** o la **Big Pond**”.

“Nuestro **proyecto** de **grado** consistía en desarrollar un **software** para el **aprendizaje** de la **lengua castellana** en grado quinto. Creo que ahí **empezó** mi amor por las **tecnologías** aplicadas a la **pedagogía**”.

instrucción de jóvenes. Como saqué el mejor puntaje del ICFES de mi colegio, pasé a la Distrital entre los mejores ochenta. Ese año se presentaron tres mil.

La universidad, el amor y otros oficios

En la universidad, conocí a mi esposa, Irma Luz Gálvez Marroquín, que también estaba entre los ochenta mejores y estudiaba Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana. Nos cuádramos a final de primer semestre. Este año 2020 cumplimos diecisiete años juntos y diez de casados. En la carrera, éramos muy buen equipo, tal vez de los mejores. De esos ochenta que entramos a la universidad, solo cinco nos graduamos en el tiempo reglamentario.

Con Irma, hicimos el trabajo de grado juntos. Se podía escoger entre medios de comunicación o literatura. Yo escogí medios y ella literatura, pero algo pasó y ese año cerraron literatura, así que a Irma le tocó comunicación y volvimos a quedar juntos. Nuestro proyecto de grado consistía en desarrollar un *software* para el aprendizaje de la lengua castellana en grado quinto. Creo que ahí empezó mi amor por las tecnologías aplicadas a la pedagogía. Los profesores nos criticaron mucho, decían que estábamos convirtiéndonos en meros tutores, que les estábamos quitando el trabajo. Nosotros les decíamos que era todo lo contrario, que el docente desarrolla los contenidos y se apoya en el *software*. Los evaluadores del trabajo de grado también creían que nos estábamos tirando la labor docente. Nos pusieron 4,2. Estábamos adelantados a nuestro tiempo, era el 2008. Después fue que se vino todo este boom de lo virtual.

Nos graduamos en 2008 y empezamos a trabajar en el Pacto, una ONG colombo-noruega que hace dos tipos de obra social: rehabilitación de adictos que están en las calles y los llevan a fincas en las afueras, en Suesca hay una. La otra obra es el Pacto Potosí, que es el colegio. Allí estuvimos seis meses porque nos apareció una oportunidad de trabajar en lo público, en Yacopí, Cundinamarca. Aunque Irma también es del Valle del Cauca, como mis padres, se crió en Yacopí, donde todavía tiene familia. Un tío de ella nos dijo que había dos vacantes en el colegio, que la gestión era con la Gobernación y que fuéramos. En agosto de 2009, fuimos a trabajar allá, en el Colegio Eduardo Santos. En Yacopí, nos dimos cuenta de la diferencia tan grande con los colegios privados. Ganábamos mucho mejor porque el sueldo era por escalafón y recibíamos primas, vacaciones y nos pagaban el año entero.

Como la vacante no era permanente, con Irma, ya nos habíamos presentado a la Secretaría. Nos devolvimos para Bogotá a comienzos del 2010. Iba a empezar a trabajar en un colegio privado de calendario B, cuando me llamaron del Distrito. Como quedé de décimo me dijeron que podía escoger colegio. Investigué los mejores. Hice una lista de cuatro colegios. Los primeros tres los eligieron quienes tenían mejor puntaje. El cuarto fue el mío, el Colegio Ciudad de Villavicencio. Recién acababan de inaugurar la segunda sede con un mega colegio impresionante. Entré en la segunda mitad de ese 2010. Recibí la carga académica de un docente para quinto, sexto y séptimo. Empecé en ciclo tres, pero me han ido rotando por todos. Este año estoy en



séptimo y octavo. Yo dicto lengua castellana, pero a veces nos repartimos la carga con los compañeros, entonces yo hago la parte en lingüística y medios de comunicación, y mis compañeros hacen la parte en Literatura. Yo siempre hago énfasis en manejo de tecnologías. A los chicos que estudian conmigo, sobre todo les dejo competencias digitales.

El colegio

Yo tengo mucho sentido de pertenencia con mi colegio. Ha habido posibilidades de traslado, pero no quiero irme y no solo por Chiquinoticias. La docencia para mí es lo más importante. Los niños no me estresan, no soy un maestro gritón. Conozco a mis estudiantes. Soy feliz con ellos. Del colegio, en esta pandemia, me hacen falta los niños. Aunque tengo unos compañeros que son muy amigos y chateamos mucho, lo que más extraño es a los chicos.

El Colegio Ciudad de Villavicencio tiene dos mil seiscientos estudiantes en tres sedes, en dos jornadas. Nuestro colegio es especial porque estudia mucha comunidad flotante. Por ejemplo, la gente de la Orinoquia que llega al barrio Puerta al llano, siempre mete sus hijos al Ciudad de Villavicencio. Son niños que no duran mucho, porque apenas sus padres consiguen una mejor estabilidad económica se van a otro barrio. Por eso, tenemos muchos alumnos que están solo un período. Cuando empezó el proceso de paz, que la gente se esperanzó tanto y comenzó a regresar a sus parcelas, tuvimos un altísimo índice de deserción. La gente se fue para sus pueblos y el colegio entró en crisis. Tuvimos que cerrar cinco cursos, se fueron profesores, en fin. De tres mil alumnos que teníamos, quedaron mil ochocientos. Fue duro.

Siempre tenemos la población más vulnerable del momento. Ahora, en cada curso, hay cuatro o cinco niños venezolanos por curso. Así es el barrio y así es el colegio. Recibimos sobre todo a la gente que va de paso. Obviamente tenemos muchos niños que son permanentes y han estudiado siempre con nosotros. Con ellos, se presentan otro tipo de problemas, pero se puede ver la evolución del proceso educativo y eso es muy satisfactorio.

Chiquinoticias

En el 2012, la profe Yolanda Caicedo, de la sede B, se dio cuenta de que inventándose un noticiero, los niños desarrollaban sus habilidades comunicativas, se les quitaba la pena de hablar en público. Ella lo hacía de manera rudimentaria con una cámara pequeñita. Ese primer año le colaboré con el proyecto de Chiquinoticias, pero no hacía parte del proyecto. En el 2014, llegaron las INCITAR (Iniciativas ciudadanas que transforman realidades). Nos preguntaron qué queríamos y pedimos una cámara de video y capacitación. Les gustó tanto el proyecto que nos dieron una cámara profesional como de siete millones de pesos, una más pequeñita para poderla sacar sin problemas de seguridad y capacitaciones para el manejo de cámara, manejo de planos. Los niños estaban felices. A los de INCITAR, les gustó que nuestro proyecto podía integrar todos los demás, por ejemplo, de los campos científicos, históricos, geográficos, Chiquinoticias cubría todo.

Ese mismo año que apareció INCITAR también sucedió la reorganización curricular por ciclos en la Secretaría. Lo presentamos como un ambiente





de aprendizaje y ganamos en esa categoría con Yolanda. Nos llevaron a un paseo al Llano, para mostrar las experiencias de la reorganización cultural con TIC. Nuestro colegio fue el primero a nivel distrital en hacerlo.

Hasta 2015, presentábamos Chiquinoticias en los foros, el colegio, el comedor, la sala de audiovisuales. Después, creamos la *fan page* y publicamos en redes sociales. Antes, lo hacíamos en emisiones, en una emisión, muchos contenidos; con las redes sociales lo empezamos a presentar por temáticas, en notas de corta duración. Al año siguiente, el proyecto se conocía en todo Bogotá, porque nos presentamos en los foros distritales. Yolanda trabajó hasta ese año 2016.

Todos los años seleccionamos a veinte niños para las capacitaciones. Este año solo elegimos cuatro, por la pandemia. Tenemos presentadores, editores empíricos, sonidistas y hasta personal de seguridad. En 2019, compramos un equipo de edición con rubros de la institución para editar como profesionales, pero no hemos podido capacitar a nadie. Yo soy el director.

En Chiquinoticias, siempre hay espacio para niños nuevos. Casi siempre las presentadoras son las niñas, porque parece que son más fluidas, tienen más habilidades frente a la cámara, son menos tímidas. A los tímidos, les gusta la tras escena. Alex, por ejemplo, nuestro camarógrafo, es tímido como el que más frente a la cámara, pero como camarógrafo es todo un profesional. Cuando hemos ido a cubrir eventos de la Secretaría, Alex se ubica con los camarógrafos de los noticieros comerciales, monta su trípode junto a ellos y no deja de mirar lo que hacen los demás. Con Alex, no hemos podido trabajar nada en esta pandemia porque no tiene ningún tipo de conectividad. Solo recibo

las guías que me manda. En cambio, con Nincy ha sido todo lo contrario porque ella tiene más recursos y tiene manera de estar conectada siempre.

Todos los años abrimos la convocatoria en el colegio para participar en Chiquinoticias. La condición para pertenecer al *staff* del noticiero es que tenga permiso de los acudientes, que se comprometen a cumplir con las otras tareas escolares y que tengan disponibilidad de tiempo extra-clases.

A mí, me gusta trabajar con niños de ciclo tres porque los chinos chiquitos se ven más bonitos en pantalla. Ya grandes cambian mucho y dejaría de ser Chiquinoticias, se convertiría en Grandesnoticias. Trabajamos con niños de grados quinto, sexto y séptimo. Este año por la pandemia no se pudo hacer convocatoria para niños nuevos, entonces estamos con los antiguos que ya están en octavo.

En la pandemia

Mi propuesta para la pandemia fue visibilizar la voz de los niños. Quería que los otros colegios hicieran lo mismo, que los niños le cuenten a sus maestros cómo están viviendo en medio de la pandemia. Presenté la propuesta en un webinar en abril. Allí, conocimos a Deidamia García, Subsecretaria de relaciones interinstitucionales y cuando ella vio la soltura y profesionalismo de Nincy Mariana Guzmán, no lo podía creer, le pareció fantástica.

Recolectar el material es muy difícil porque me lo mandan en diferentes formatos. Los niños me mandan sus videos

“Mi propuesta para la **pandemia** fue **visibilizar** la voz de los **niños**.

Quería que los otros **colegios hicieran lo mismo**, que los **niños** le cuenten a sus **maestros** cómo están **viviendo** en medio de la **pandemia**”.

“Lo **edito todo** en el **computador**, en mi **casa** y lo monto todo. Yo mismo **inventé** el **cabezote** de **Chiquinoticias**, conseguí la **música** y las **imágenes**”.

hechos con celulares de todo tipo, cámaras caseras, tabletas o computadores y tengo que bajarlos uno por uno. Lo edito todo en el computador, en mi casa y lo monto todo. Yo mismo inventé el cabezote de Chiquinoticias, conseguí la música y las imágenes, todo con datos libres de derechos de autor en Internet.

Me gustaría que Chiquinoticias se viera a nivel central, no solo en el canal del colegio; que se conozca en todos los colegios del Distrito.

El ahora y el futuro

Soy magíster en Educación con énfasis en el aprendizaje de la lectoescritura y las matemáticas. También tengo una maestría *ad honorem* de lo que aprendí de la maestría virtual que Irma hizo en Tecnología educativa y competencias digitales.

Con Irma, hacemos muy buen equipo. Cada uno es el complemento perfecto del otro. Este apartamento que tenemos es la materialización de nuestros sueños. Irma no pasó ese concurso afortunadamente, porque ella se presentó por la gobernación y de pronto se hubiera ido a un pueblo y se nos acaba la relación.

Nunca estuvimos cerrados a la idea de tener hijos. Pensamos hacerlo cuando Irma terminara su maestría y cumpliera treinta y cinco, y así se dio. Tenemos ocho meses de embarazo. Se llamará Adrián Felipe Cáceres Gálvez. Uno siempre se alcanza a preocupar por esto de tener un niño en plena pandemia, por el futuro; pero no. Igual Dios sabrá cómo nos lo cuida y nos ayuda a sacarlo adelante.

Me gustaría hacer un doctorado, pero en este medio es difícil tener una buena remuneración; para que funcione toca esperar los ascensos que son muy difíciles. También me gustaría

descentralizar Chiquinoticias, viajar por otros colegios. Sería genial participar en el proyecto de nivel central, pero eso implicaría una logística diferente y poco probable.

En estos momentos, también hago parte del grupo que está diseñando INCITAR 20-21; me invitaron a participar en el grupo de territorios de paz. También soy el líder de Saber Digital de bachillerato sede A (la nueva), en la jornada de la tarde. En la mañana, estoy aquí, bajando el material que me llega y editando. Siempre quiero que Chiquinoticias salga con lo mejor.

Entonces cierre y fin de la emisión.



Cristian Valencia



Diana y Nicaela
Colegio Gabriel García Márquez

Y entonces **pensaron al tiempo**, como saben hacerlo, que no solo se **leen letras** sino **colores** y **sonidos** y **olores** y **formas**. Todo está para ser **leído**. Los libros que estas **dos maestras consiguen** son para que los niños se los lleven los **fines de semana** para sus **casas**. Los libros que los **niños** se llevan para sus casas inevitablemente son **leídos en familia**. Los libros que se **leen en familia** se quedan en el **corazón para siempre**. En familia, aprenden todos al tiempo a leer: también las **madres** y los **padres** y los **vecinos**. Todos asisten al **nacimiento** de la **literatura**.

Diana y Nicaela

Un cuento de hadas

Al suroriente de la ciudad, muy cerca de la antigua vía al Llano, en la carrera 17 al este con calle 85 al sur, a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, se levanta un mega colegio público que lleva por nombre Gabriel

García Márquez, tan extraordinario e imponente en esa montaña, como legendario es Gabo en este mundo. Aunque todos esos números parezcan las indicaciones precisas para llegar a un lugar inexistente, resultan siendo las coordenadas exactas donde nacen las palabras de los cuentos. Esos cuentos que están en los libros y que únicamente cobran vida cuando se leen. En ese colegio, todos saben que los libros que no se leen desaparecen, dejan de existir, como dejan de hacerlo las hadas cuando no se cree en ellas.

Las hadas, en este caso, se llaman Diana Hernández y Nicaela Sánchez, y se paseaban por el colegio cuando se podía, antes de que la pandemia “cuarenténica” llegara a la ciudad. Es por todos muy sabido que las hadas son muy irresponsables con la materia de la que están hechas. Van dejando pequeñas estrellas de polvo de hada adonde quiera que van y cualquier cosa que tocan, usan, miran o desean queda como “titilanteando” de magia para siempre.

Desde que los muchos tratados escritos sobre hadas son de dominio público, se sabe que nacen donde quieren porque son muy “caprichósticas”. Por lo general, cuando crecen se van de la casa y trabajan solas en cualquier cosa. Son solitarias. De hecho, solo hasta que se conocieron Diana y Nicaela, no existía evidencia alguna de dos hadas trabajando juntas y, como resulta tan extraordinario este hecho, es necesario explicar de dónde vienen, cómo se conocieron y qué las hace felices.





Diana y Nicaela
Colegio Gabriel García Márquez

Diana nació en un pequeño barrio ubicado muy al sur y muy al este, que se llama Tihuaque, una palabra muisca que significa: el bosque de las águilas. Así que Diana nació en el bosque de las águilas desde donde se ve la enorme Sabana de Bogotá en toda su fértil extensión. Muy cerca de allí hay unas cascadas, las ruinas de una cervecería alemana que existió hace más de cien años y una mina abandonada. Por increíble que parezca, no eran muchas las personas que querían vivir en aquel lugar maravilloso: que porque era muy arriba, que porque era muy frío, que porque se la pasaba nublado, que porque tenía un misterio, que porque era muy lejos del centro. Así que las pocas casas de ese barrio fueron habitadas por personas humildes, como los padres de Diana, que recién llegaban de Boyacá en busca de mejores oportunidades. Estaban recién casados. Cuando Diana nació, en 1987, ya tenían una estabilidad laboral. Su padre, Santiago Hernández, trabajaba como vigilante; y su madre, Leonilde Machuca, lo hacía como empleada doméstica. Si bien es cierto que nunca tuvieron dinero para derrochar, a la niña Diana no le faltó nada. De hecho, hicieron todo lo posible por pagarle un colegio privado, porque existía la falsa creencia de que la educación de los colegios públicos era lo peor. Diana estudió en el Instituto Comercial Torres Quintero donde Álex, un profesor de noveno, le hizo descubrir su gusto por los libros, por escribir y por enseñar; y eso que ella leía como una loca desde niña.

A pesar de semejante evidencia y siendo fiel a su esencia caprichóstica, presentó el examen de admisión para estudiar Medicina en la Universidad Nacional. Que no pasó por aquello del parágrafo dos del reglamento de las hadas que dice claramente que “Las hadas casi nunca estudian lo que quieren, porque siempre quieren lo que estudian”; pero sí pasó a la Universidad

“Diana **nació** en el **bosque** de las **águilas** desde donde se ve la enorme **Sabana de Bogotá** en toda su fértil **extensión**”.



Distrital para estudiar la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana donde se sintió a sus anchas. En diciembre de 2009, Diana recibió su título de licenciada. Presentó los exámenes para ser maestra de la Secretaría de Educación del Distrito, los pasó y comenzó a trabajar a cinco cuadas del bosque de las águilas, en el Colegio Gabriel García Márquez. Era un 12 de julio de 2010, cuando entró. Un año después volvió a la Distrital para hacer una maestría en Pedagogía de la lengua materna y conoció a Jaime, su esposo. Los vulgares mortales insisten en que ese nombre es una derivación del Jacob bíblico, pero en *Los anales de las hadas*, volumen III, tomo 71, página ii del prólogo, dice claramente que Jaime es una contracción del francés *Je t'aime*, que mal se pronuncia "Ye tém" y significa te amo. Se casaron, claro que se casaron, era inevitable, y trajeron al mundo a Celeste. Hasta aquí por ahora.

A Nicaela le dio por nacer en Algeciras, Huila, en 1974. Fue la tercera hija de una familia de seis hermanos. A la hora de elegir colegio, sus padres la matricularon en un internado de monjitas salesianas a las afueras de un pueblo que se llama Gigante, bautizado así porque, dicen los que dicen, hace muchos años allí encontraron los restos de un mastodonte. Cosa que podría ser posible si se tiene en cuenta que en la mitad de la plaza principal hay un árbol de Ceiba muy antiguo, tan gigantesco que sus ramas le dan sombra a todo el parque; y cuentan que hubo un tiempo en que le daba sombra a todo el pueblo. El colegio era La Normal Superior y Nicaela vivió allí hasta que se graduó de normalista. Debido a la escasez de recursos económicos, la niña Nicaela iba a su casa familiar en Algeciras únicamente en las vacaciones. Así que, se puede decir que Nicaela estudió,



creció y se crió en la tierra del Gigante. Cuando tenía diecisiete años, y con toda la cancha de ser tan antigua en el colegio, se voló un fin de semana hacia la casa de su mejor amiga que iba a dar una fiesta apoteósica. Allí, claro, un muchacho que creía en las hadas la descubrió y de ahí en adelante lo único que hizo fue seguir el rastro de tanto polvillo de hada regado por todas partes. Se casaron. Su esposo, Hermes, se metió a hacer carrera de Suboficial del Ejército. Uno podría pensar que el destino de Hermes era justamente ese, por esas coincidencias fantásticas de los cuentos de hadas. Al fin de cuentas, en la antigua Grecia, Hermes era el dios olímpico de los viajes, de las carreteras, uno de esos dioses que se la pasaba de un lado para otro.

Nicaela trabajó sus primeros años en el Huila y, cuando nació su hija Dania en 1996, comenzó a pensar en Bogotá. Entonces la amiga de una monja, que era prima de una vecina, que a su vez era amiga de una de las monjitas salesianas que dirigía el Colegio San Juan Bosco Femenino (porque así son las cosas de las hadas, llenas de recovecos y vueltas fantásticas), le dijo que en ese colegio había una vacante. Una vacante que ocupó durante doce años, con alguna interrupción. Entre actos, se sabe que la vida de las hadas se divide en escenas, secuencias y actos, nació su hijo David, terminó la Licenciatura en Educación Básica en la UPTC y se fue a acompañar a Hermes durante un año al Batallón de selva 49 en La Tagua, Putumayo. Las hadas en la selva se desesperan un poco y se vuelven hiperactivas, esto para explicar que Nicaela lavaba la ropa de los soldados, oficiales y suboficiales; les hacía retratos emblemáticos: con el avión, la güibo, el gurre, el mico, el tatibro, la punto 50, el camuflado; y registraba los actos



Diana y Nicaela
Colegio Gabriel García Márquez

“Se **conocieron** en febrero **de 2014** cuando **Diana** llegó de su licencia de **maternidad**. No hay **registro** ni **fotográfico** ni **videográfico** del momento **preciso** en que se **encontraron**”.

protocolarios de un batallón. Por cada uno de esos servicios cobraba tarifas altísimas, como si estuvieran en la selva. Así que no es de extrañar que, en apenas un año, consiguiera suficiente dinero para comprar un apartamento en el barrio que más le gustaba de Bogotá, al frente del parque de San Cristóbal sur. Estando allí, continuó dando clases en el colegio, nació Juan Ángel, su tercer hijo, terminó una maestría en Educación en la Universidad Santo Tomás, pasó el examen para ser maestra distrital y entró a trabajar al Colegio Gabriel García Márquez en 2013.

Se conocieron en febrero de 2014 cuando Diana llegó de su licencia de maternidad. No hay registro ni fotográfico ni videográfico del momento preciso en que se encontraron. Nadie ha develado su misterioso ritual de acercamiento. Solo se sabe que las hadas no andan por el mundo diciendo cosas como:

—Mucho gusto, me llamo Nicaela.

—Hola, Nicaela. Me llamo Diana. Lindo día, ¿no te parece?

No creer en ellas las mata de golpe, pero esas formalidades engañosas las vuelve “agonizánticas”, “tristónguidas” y tan “maluquenses” que nadie se les acerca.

La sinapsis es un proceso químico físico y misterioso que sucede en el cerebro y no se ha podido retratar. Bien podría ser la representación de lo milagroso. Se trata de la increíble conexión entre dos neuronas que, a la postre y trabajando en equipo, producen una nueva idea. Es pura creación. Cuando dos hadas hacen sinapsis se siente. No se ve. Si se pudiera ver ese encuentro sería como un viaje al interior de una nebulosa, que es el lugar donde nacen las estrellas, los planetas, los cometas, las constelaciones y, hay que decirlo, las ideas y las hadas. Las nebulosas viven ocupadísimas y las hadas también.





Nicaela y Diana se dieron cuenta que los niños estaban solucionando sus problemas a los golpes y como son tan apasionadas de los procesos pedagógicos, empezaron a pensar en algún mecanismo que fuera capaz de transformar esas conductas.

—Y se nos ocurrió hacer una Asamblea como proyecto de aprendizaje para la formación de generaciones pacíficas en la escuela— ¿Quién dijo eso? Las dos, la una, la otra, al derecho y al revés. Son un equipo recontra sincronizado. Si hubiera olimpiadas de pensamiento sincronizado como nado sincronizado, ellas dos se llevarían la medalla de oro año tras año.

La Asamblea era un espacio donde los niños podían hablar, decirse las cosas, discutir, pedir disculpas; un espacio que les costó trabajo afianzar como una práctica cotidiana de convivencia y que resultó ser un éxito rotundo. El proyecto llegó hasta el foro distrital, donde se muestran las experiencias educativas más representativas de cada localidad. La ceremonia fue en el auditorio del Centro de Convenciones. Cada experiencia era presentada por directivos o maestros, luego el público aplaudía y siguiente. Cuando llamaron al Colegio Gabriel García Márquez, hubo un silencio atroz porque solo subieron unos cuantos niños, ni un adulto. Niños del país de los niños, de catálogo, entre seis y nueve años expusieron La Asamblea. Entonces el aplauso no fue protocolario, sino eufórico y sincero. Así empezaron estas dos, como si fueran una.

Las hadas insisten en que no hay milagro más precioso en el mundo que cuando un niño aprende a leer, el momento justo en que un montón de letras se juntan en la boca para convertirse en un sonido y, por fin, escapar a trompicones torpes; ese momento y el increíble asombro del niño que cuando pronuncia



“Las **hadas** insisten en que no hay **milagro** más **precioso** en el **mundo** que cuando un **niño** aprende a **leer**”.



la palabra “delfín”, lo ve materializarse frente a sus ojos. Y estaría por comprobarse si aquel delfín, que hace sus felices cabriolas frente al cayo Quitasueño, no acaba de ser inventado en el aula de un colegio de páramo por una pequeña que lo leyó en un libro; al fin de cuentas, en ese lugar, habita el espíritu de Gabriel García Márquez, que sílaba tras sílaba y palabra tras palabra construyó un universo entero.

Ellas prefieren ese milagro y saben cómo hacerlo posible. Conocen secretos que aprendieron más allá de sus grados y posgrados, y maestrías y doctorados. Un buen día, por allá en 2016, se juntaron a lucubrar en la casa de Nicaela, con esa manera que tienen las hadas de hacerlo, como tan “desparpajante” y “rigurosística” mientras en la mesa aparecen amasijos, colaciones, aromáticas y sonrisas. Nada mejor para pensar. Es un secreto que Nicaela aprendió en el Huila cuando era niña, un puro secreto de Gigante. Al cabo de unas cuantas mantecadas, llegaron a una sola solución para dos problemas. Se juntaron de manos y recitaron al tiempo los problemas de manera cantarina y arrevesada, porque así les gusta: —Si analfabetas los padres son, imposible será su ayuda, para que niños a leer comiencen—.

Aquella tarde el sol caía sobre los cerros de San Cristóbal y un arcoíris comenzaba a formarse a dos cuadras en el cauce del río Fucha, palabra muisca que significa Dios del agua. Ellas atardecían en silencio después de tanto pensar, aunque aún no llegaban a ninguna solución. Se entregaron a la contemplación del mundo en todas sus dimensiones: el olor a pan de la panadería, los colores del cielo, los cantos de los pájaros y el incesante rumor de la ciudad. Entonces pensaron al tiempo, como saben hacerlo, que no solo se leen letras sino colores, sonidos, olores y formas. Todo está para ser leído.

Desde esa perspectiva tan “ocurréntica” desaparecían momentáneamente las dificultades que los padres tenían para leer. Los podían comprometer en la educación de sus hijos y también involucrarlos en sus propios procesos de aprendizaje. Es casi seguro que cuando tuvieron la solución gritaron ¡Yupiri!, o ¡Yujuru!, porque las hadas son cursis y anacrónicas, pero lastimosamente no hubo testigos.

Existen los libros álbum y ellas lo sabían. Un tipo de libros que cuentan historias sobre todo a través de hermosísimas ilustraciones. Son, además, objetos hermosos que dan ganas de acariciar, de tocar, de mirar, de oler. Tener un libro de esos en las manos es como tener un cachorrito de oso panda, por ejemplo. Están tan vivos y tan llenos de detalles que atraen por completo la atención. El gran problema de los libros álbum es que son muuuy costosos, así, con todas esas “úes”. Así que se postularon a un concurso del Distrito y se ganaron los primeros dos millones para comprar libros, se fueron a la librería Babel, que se especializa en libros infantiles y tiene muchos libros álbum. Escogieron lo mejorcito, no cuentos de princesas que se casan y viven felices para siempre, sino literatura compleja, profunda, bellamente ilustrada. En Babel, cuando vieron semejante empuje (el empuje y un rastro como de hada emocionada) decidieron hacer una donación.

Llevaron los libros a clases, (y los niños dijeron ¡oh!), pasaron lentamente las páginas (y los niños dijeron ¡Uaaaaaoooo!), comenzaron a leer las imágenes y los niños cayeron en la trampa. Cuando los vieron a todos con la boca abierta y con esos ojos de asombro que solo los niños saben hacer, les dijeron: —¿quién se quiere llevar un libro para su casa?



Diana y Nicaela
Colegio Gabriel García Márquez





Los libros que estas dos maestras consiguen son para que los niños se los lleven los fines de semana para sus casas. Los libros que los niños se llevan para sus casas inevitablemente son leídos en familia. Los libros que se leen en familia se quedan en el corazón para siempre. En familia, aprenden todos al tiempo a leer: también las madres, los padres y los vecinos. Todos asisten al nacimiento de la literatura. Así venían trabajando desde 2016. Entre donaciones y gestión han logrado reunir ciento cincuenta libros que prestan. Es una tradición en el colegio que los niños de primero y segundo grado se lleven los libros para sus casas. Es un derecho que las familias reclaman todos los años con felicidad.

La cuarentena del 2020 afectó seriamente el programa de familias lectoras al comienzo. Solo al comienzo, porque ellas se juntaron de nuevo como en marzo y como a comienzos de abril tenían una solución. Ellas mismas comenzaron a leer cuentos en un canal de YouTube para felicidad de todos. Por WhatsApp, mandan las guías de lectura y las preguntas. La acogida es total.

Las familias del Colegio Gabriel García Márquez saben que los cuentos que están en los libros cobran vida únicamente cuando se leen. Los muchachos de grado quinto aún recuerdan el nacimiento de los cuentos y persiguen las historias atrapadas en los libros. Son testigos del milagro de la literatura, esa magia que bellamente explica Jorge Luis Borges en estos versos: "Si (como afirma el griego en el Crátilo) / el nombre es arquetipo de la cosa/ en las letras de 'rosa' está la rosa / y todo el Nilo en la palabra 'Nilo'".

Las familias cercanas al Colegio Gabriel García Márquez saben que los libros que no se leen desaparecen, dejan de existir, como dejan de existir las hadas cuando no se cree en ellas. Por supuesto, para la comunidad que habita por esas montañas, creer en las hadas es una costumbre tan natural como leer un cuento.

Cristian Valencia





Yolanda y Juan Camilo
Colegio Alfonso López Michelsen

Estos son los protagonistas del **sincrotrón**, iluminados de distintas maneras para encontrarse. Cuando están juntos se producen **pequeñas explosiones**, los caminos se **agrandan** y emergen de pronto otros **mundos posibles**. Juan Camilo sabe de **herramientas, dibujo, fotografía**, del Sinú, de los saberes de su **abuelo**, nuestra historia, procesos culturales, la **radio**, del placer de buscar y buscarse; y **Yolanda** sabe de **restauración** y de **historia**, movimientos sociales, **química, física**, medicina china y **saberes ancestrales** de los cofanes, de cómo enseñar la **ciencia** de manera **integral**.

Yolanda y Juan Camilo Un verdadero sincrotrón

Todo comenzó con un sincrotrón que armaron un par de profes en el Colegio Alfonso López Michelsen de Bosa. Juan Camilo estaba lleno de olimpiceño y Yolanda era grafeno puro. Por supuesto, en el colegio abundaba el kriptón, con su acostumbrada disposición para resolver problemas de la mejor manera. Los que no entiendan estos términos, tal vez deban pedir por caridad que alguien les comparta el enlace del escape room que diseñaron este par de

maestros para enseñar en cuarentena. Por ahora, básteles con saber que la creatividad de un sincrotrón lo impulsa siempre a lanzarse hacia lo desconocido y su habilidad de acelerar partículas le permite ver estructuras invisibles a luz normal. Así son ellos cuando se juntan, ven más allá y van más allá.

A lo largo de su vida Yolanda ha discutido con los esquemas tradicionales de enseñanza, no porque los considere ineficientes, sino porque para ella no son suficientes. Siempre anda por ahí buscándole la comba al palo. Es una preguntona profesional desde chiquita. De ahí que se haya convertido en un grafeno que atrae todo lo que pasa por su camino, porque sus propiedades magnéticas le permiten ser multiplicadora de frecuencias y llamar la atención de otros. Como era de esperarse, llamó también la atención del profesor Juan Camilo en 2018, cuando recién entraba a enseñar al colegio. Escuchó una de sus clases y quedó listo. La profe Yolanda estaba hablando sobre las propiedades químicas del oro, pero abrió un abanico de conocimiento que lo dejó sorprendido. No hablaba de cualquier oro: hablaba de la minería en el Chocó, de las culturas indígenas de la zona, de la degradante práctica de la esclavitud, del irreparable daño al medio ambiente, del Dorado. Bien hubiera





Yolanda y Juan Camilo
Colegio Alfonso López Michelsen

podido ser una clase más de Yolanda, una de tantas que había dictado en sus catorce años en el colegio, solo que en este caso, del otro lado del salón estaba el profe Juan Camilo, un pensador nato que aprendió el arte de la dialéctica con su abuelo en las montañas de Córdoba, cuando apenas era un niño. Tal vez desde entonces haya comenzado a llenarse de olimpiceno, esa sustancia que tiene el poder electrónico de la velocidad, cosa que le ayuda a alcanzar rápidamente grandes objetivos a través de la colaboración y empatía.

Todas estas palabras nuevas que parecen sacadas del capítulo 68 de *Rayuela*, de Julio Cortázar, tan lleno de Noemas, incopelusas y nóvalos, pertenecen al escape room que diseñaron. Para jugarlo se debe escoger uno de cuatro roles: el posudo, el explorador, el jefe o el parce; y elegir un poder químico: el kriptón, sincrotrón, olimpiceno y grafeno. Se trata de encontrar la fórmula de la pócima mágica para evitar que Hipatia sea absorbida por la materia oscura y, para hacerlo, se deben cumplir algunos retos. El relato comienza lleno de misterio:

Equinoccio de Primavera (año 2020). Una niebla espesa cubre el horizonte. Las pequeñas unidades habitacionales entregadas por el gobierno permanecen cerradas, algunas con candados y cadenas. La paranoia y ansiedad colectiva ha contaminado de caos el sector. Los flujos de energía y datos son intermitentes y aleatorios. Algunos sectores se han beneficiado de estos flujos y trabajan de forma libre en sus hogares buscando una solución al problema del aislamiento [...].

Cualquiera queda atrapado al instante en esa telaraña del conocimiento. El juego despliega muchos elementos de una

“Cualquiera
queda **atrapado**
al **instante** en
esa **telaraña** del
conocimiento”.



“Es tan **entretenido** como ver una **película** de **suspense** y acción. Por eso, lo **jugaron** hasta **dos, tres y cuatro** veces los **alumnos**”.

manera tan inteligente que no sería descabellado proponerlo como estrategia de educación nacional. Está hecho de tal suerte que involucra a la juventud con el momento actual y enseña sobre distintas áreas del conocimiento. La “materia oscura” que se quiere tragar a Hipatia es el covid-19; también se habla del to-

que de queda, de inventarse estrategias para sobrevivir, de reacciones químicas, de los muisacas. Es tan entretenido como ver una película de suspense y acción. Por eso, lo jugaron hasta dos, tres y cuatro veces los alumnos. Fue un éxito que circuló de voz en voz y de casa en casa, y se corrió el rumor a tal punto que a

la casa de Sara, alumna del colegio, llegaron sus vecinas de un colegio privado solo para cersiorarse de que era cierto. Después de asumir el reto, una de ellas lanzó apesadumbrada un comentario en voz baja y como al descuido: –qué chévere un colegio así–, dijo como si estuviera pidiendo un deseo.

Juan Camilo Díaz Moya nació en Bogotá en 1980, pero su familia se trasladó a Soacha cuando cumplió cinco años. Entonces Soacha era un paraíso que solo conocían sus habitantes. Los humedales, bosques y animales silvestres eran parte de ese paisaje que hoy está casi por completo urbanizado. Juan Camilo recuerda con mucho cariño esos años porque acompañaba a su padre en sus correrías de ferretero ambulante y dibujante por el municipio. Iban en bicicleta a todos lados. Su padre, Arnulfo Amauri Díaz, nacido en Montería –uno de los nueve hijos que crió el abuelo Gregorio Díaz Paternina a fuerza de ética, labranza y lucha–, había seguido a pie juntillas los sabios consejos de su suegro apenas llegó a Soacha: que aprovechara su habilidad como dibujante para

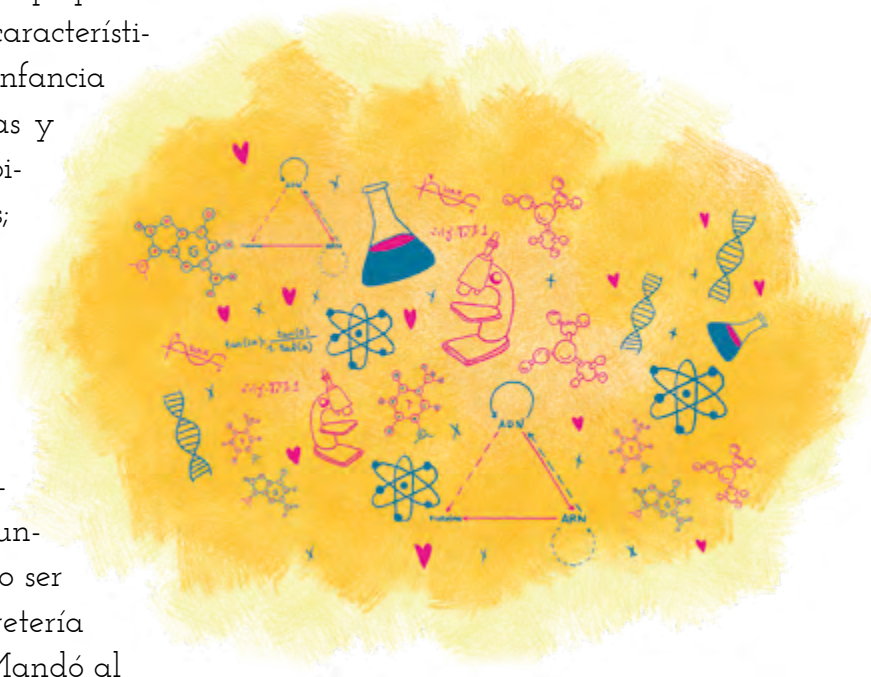
hacer avisos publicitarios y que montara una ferretería cuanto antes. Hoy la ferretería es un referente inevitable en el municipio, conocida por todos como “La ferretería del costeño”.

Juan Camilo se aficionó por el dibujo y aprendió a hacer avisos con su padre. También aprendió a nombrar y encontrar cada cosa de las mil y una cosas que tiene una ferretería. Tenía más palabras que un muchacho cualquiera, porque a las palabras naturales que debía saber a su edad, le sumaba el argot especializado de los dos oficios de su padre, que se convirtieron en los suyos propios de adolescente. En su mundo había estenciles, brochas, rodillos, plantillas, óleos, tornillos, pigmentos, chapas, arandelas, empaques, raches y hombresolos. Recuerda que fueron muchas las noches que trabajaron juntos mientras escuchaban radio. En lo más profundo de su ser hay un pequeño radio transistor que ilumina esa época con su sonido característico y sus relatos. Viéndolo en perspectiva, tuvo una infancia de lujo: un chico que vive cerca de bosques, lagunas y pájaros; que recorre con su padre todo el pueblo en bicicleta y pinta con permiso las fachadas de las casas; que todas sus vacaciones las pasa junto al río Sinú y recibe la sabiduría de su abuelo; que se aficiona a la ciencia, la medicina, la astronomía y el dibujo; y además sabe manejar herramientas, pues fue un chico lleno de privilegios.

Hizo cinco semestres de publicidad en la Universidad Central, pero algo no le cuadraba de ese mundo. De niño, siempre soñó con ser médico, luego quiso ser artista, su papá lo quería de administrador de la ferretería y se inclinó por la publicidad. Claro, llegó la crisis. Mandó al carajo la publicidad y se fue adonde su abuelo a Montería; y



Yolanda y Juan Camilo
Colegio Alfonso López Michelsen





ahí, entre la cosecha de ajís y ganado, entre las conversaciones y los cantos de vaquería del abuelo, encontró un nuevo camino y una forma de estar en el mundo, la filosofía. El abuelo lo apoyó y consiguió que su padre también lo apoyara sin problema. Empezó a estudiar en la Universidad Javeriana. Al cabo de cuatro años, cuando todo lo aprendido comenzaba a asentarse tan bien que ya empezaba a sospechar de todo, se le vino encima y sin tregua, la adultez. Decidió retirarse temporalmente de la universidad para trabajar de lleno por la memoria, la identidad y el territorio de su comunidad soachuna.

El camino hacia el Colegio Alfonso López Michelsen es un devenir constante; cada una de las cosas que ha hecho Juan Camilo lo han conducido hacia el lugar donde tenía que estar en la pandemia. Se retiró de la universidad, trabajó con la comunidad, regresó a la universidad, hizo su tesis en estudios culturales latinoamericanos, se graduó de Filósofo, trabajó en un colegio, volvió con la comunidad soachuna, empezó a estudiar una maestría en Historia en la Universidad Nacional que abandonó al año y medio para irse a trabajar al Ministerio de Educación; comenzó una especialización en Políticas públicas y desarrollo en la Universidad de los Andes; se le acabó el trabajo en el ministerio, se graduó de los Andes, trabajó en un colegio para niños con discapacidad cognitiva, trabajó en la Fundación Natura con campesinos de La Herrera en el Tolima, hizo otra maestría en Historia que sí acabó, se graduó con una tesis sobre el valle del Sinú y sus movimientos campesinos, nació su hija Lucía en 2014, se le acabó el trabajo con Natura y comenzó a trabajar en el ICBF.

Aún así, después de tanto trasegar y tanta vida, le parecía que algo seguía sin cuadrar en su camino, como si no se



Yolanda y Juan Camilo
Colegio Alfonso López Michelsen

hubiera ajustado del todo a la existencia. Lo único que encajaba a la perfección era su hija Lucía, que comenzaba a hablar y a exigirle sus destrezas de narrador y dibujante. La verdadera epifanía le llegó en el 2018, mientras meditaba con una gaseosa y una empanada mirando un colegio distrital. Se quedó atónito con la revelación y en ese justo momento decidió volver a la educación. El 24 de julio de 2018 entró al Colegio Alfonso López Michelsen de Bosa, convencido de que entraba al único lugar donde podía hacer todo lo que traía en mente. Ignoraba que estaba próximo a formar un verdadero sincrotrón cuando se encontrara con Yolanda Dueñas.

Yolanda es de 1979. Nació un 10 de noviembre en el emblemático hospital San José. Su padre, Luis Antonio Dueñas, nació en Belén, Boyacá; y su madre, Berenice Porras, nació y creció en Pasca, Cundinamarca. Por lado y lado fueron víctimas de la violencia del país. Los abuelos de Belén fueron desterrados por ser liberales; en Pasca, su madre recuerda ver al Mono Jojoy entrar a su casa como Pedro por la suya. Yolanda no alcanzó a conocer a sus abuelos maternos. La única abuelita que recuerda y que quiere con todo su corazón se llamaba María de los Ángeles, murió de los achaques naturales de la vejez. Piensa en ella como una mujer super inteligente que jamás tuvo la oportunidad de estudiar porque, en la época en que ella nació, las mujeres ni siquiera eran ciudadanas. La abuelita de Yolanda se dedicaba a hacer chorotes de barro en Belén y los domingos salía con otras mujeres a venderlos en Santa Rosa de Viterbo o en Socha. Parte del dinero que ganaban con esa labor, era destinado a pagar la educación de sus hermanos varones. Así era





este país entonces y Yolanda lo lamenta. Aunque su familia de Belén era liberal, en todo caso eran recios y machos, como esos liberales bravos de entonces.

—Todavía mi padre agradece que el único nieto que tiene le salió liberal y macho—dice Yolanda y blanquea los ojos como para no ahondar en la fatal carga cultural implícita en esa frase.

Su historia antigua fue borrada por las balas de esta horrible guerra que nos sigue azotando a los colombianos. Un tío abuelo suyo, Melquisedec, fue desaparecido en 1932 y nunca más se volvió a saber de él. María de los Ángeles lo extrañó cada segundo de cada año hasta que murió. Yolanda descubrió el significado de tener un desaparecido en la familia el día que invitó a su clase a las madres de aquellos hijos que unos militares sacaron de sus barrios en Soacha para hacerlos pasar por guerrilleros caídos en combate. Ellas le enseñaron el profundo y triste significado de un desaparecido, la química de las lágrimas eternas.

Yolanda tiene los ojos tan abiertos que dan la impresión de que nunca los cierra, que no los ha cerrado nunca. Ella nació y creció en el barrio Nueva York, construido sobre una laguna que los bogotanos alcanzaron a navegar hasta la primera mitad del siglo XX, llamada por los indígenas ancestrales como Chucua, que significa: lugar de agua viva. Vecinos de Nueva York son Bombay, Argelia, Valencia y Carimagua. Una ecléctica y azarosa selección de nombres que bien podría parecer como una premonición de las muchas rutas del conocimiento de Yolanda.

Estudió en la IED Magdalena Ortega de Nariño. Lo hizo todo bien en el colegio, se preguntó por todo, les preguntó a todos a los profes, enloqueció a sus padres y a sus amigos hasta que, por fin, se hizo bachiller y decidió estudiar Química en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.



Yolanda y Juan Camilo
Colegio Alfonso López Michelsen

—Soy producto de la educación pública de Bogotá— dice con todo el orgullo que le cabe a esa frase tan contundente.

En la universidad comenzó a buscar vías de escape, porque le parecía que la forma como estaba diseñado el programa era demasiado rígido y desconectado del mundo. Sus compañeros predilectos, con quienes tenía las mejores conversaciones, estaban en sociales. Su pregunta de siempre fue: cómo conectar la química con la vida cotidiana, cómo relacionarla con la historia de Colombia, con las preocupaciones sociales. Tanto y de tantas maneras se hizo esa pregunta que le encontró la comba al palo cuando se enteró que podía trabajar en recuperación de patrimonio arquitectónico. Hizo su tesis para responder a una pregunta práctica que a todos nos concierne: ¿por qué se está deteriorando la fachada del Museo Nacional? Entonces conoció el Centro Nacional de Restauración que quedaba en el convento Santa Clara.

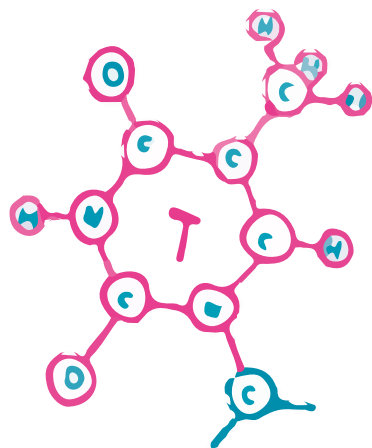
—Trabajar en el Centro de Restauración fue mi mejor regalo; no solo porque teníamos a disposición todos los instrumentos que necesitáramos, sino porque podía acercarme desde la química a los movimientos sociales y culturales; a la historia de Colombia.

Después de graduarse, trabajó durante dos años en el Centro hasta que sucedió lo inesperado, fue cerrado para siempre durante el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Así, apareció de nuevo la Yolanda que busca, la que se pregunta. El duelo por aquella pequeña derrota, la llevó hasta El fin del mundo.

El fin del mundo existe y queda entre Villagarzón y Mocoa, en Putumayo. Es territorio ancestral del pueblo Cofán, un enclave del pie de monte andino donde nacen muchos de los ríos que hacen posible la existencia de la Amazonía. Yolanda estuvo aprendiendo saberes ancestrales con una comunidad indígena.



“—Soy **producto** de la educación **pública** de Bogotá— dice con todo el **orgullo** que le **cabe** a esa frase tan **contundente**”.



Se hizo muy amiga de un Taita que le enseñó otra manera de ver las plantas, la vida, el universo, el agua, los animales y las estrellas. Todo empezó a encajar de pronto: la química, la historia, la vida, la cultura. Cuando regresó a Bogotá tenía clarísimo que quería enseñar, sabiendo que para los pueblos ancestrales enseñar y aprender son la misma cosa. Presentó el examen para ser maestra del Distrito y pasó. Entró al Colegio Alfonso López Michelsen en el 2007. Desde ahí, ha ensanchado más y más el universo enorme de la química. Estudió siete años en la Escuela de medicina china Neijing y también hizo una maestría en Didáctica de la ciencia, siempre pensando en la interculturalidad.

Estos son los protagonistas del sincrotrón, iluminados de distintas maneras para encontrarse. Cuando están juntos se producen pequeñas explosiones, los caminos se agrandan y emergen de pronto otros mundos posibles.

Juan Camilo sabe de herramientas, dibujo, fotografía, del Sinú, de los saberes de su abuelo, nuestra historia, procesos culturales, la radio, del placer de buscar y buscarse; y Yolanda sabe de restauración y de historia, movimientos sociales, química, física, medicina china y saberes ancestrales de los cofanes, de cómo enseñar la ciencia de manera integral. Ellos dos lograron en cuestión de días implementar una nueva pedagogía desde lo virtual para afrontar la cuarentena. Aparte del escape room hicieron una serie de podcast que rompieron las predicciones de sintonía: *La química de los extraterrestres*; *El inframundo*, *Zombies* y *Geología del más allá*. Un par de episodios fueron transmitidos en el mes de julio como entrega especial para la sección "Profe en tu casa" que se transmite en el programa *El Campo* de la Radio Nacional de Colombia.

Seguramente alguien estará rezando mentalmente el Otro poema de los dones, de Jorge Luis Borges, que le va como anillo al dedo a este sincrotrón de los dos profes del Colegio Alfonso López Michelsen: "Gracias quiero dar al divino / laberinto de los efectos y las causas / por la diversidad de las criaturas que forman este singular universo".



Cristian Valencia



Muévete Candelaria

Colegio Integrada La Candelaria

Cuenta **Candelaria** está conformado por un equipo de **alumnos, directivos, exalumnos, padres y maestros** que sirven de **guías** culturales a **turistas**, en general, y a **alumnos** de otros **colegios**, en particular, de una manera **histriónica y divertida**. Dramatizan la **historia**, se disfrazan, recrean momentos de la **vida cotidiana** del siglo **XIX**. **Ángela Piñeros**, orgullosamente bogotana, orgullosamente **actriz** y orgullosamente **profe**, acompaña los procesos de **diseño, creación y montaje** de las **comparsas** que caminan y llevan el espíritu festivo por las **calles** de **La Candelaria**.

Muévete Candelaria

Los pupitres de los salones del Colegio Integrada La Candelaria estaban apilados en los rincones de cada salón. Los pisos brillaban lustrosos e impecables y las ventanas estaban tan translúcidas que parecían del color del cielo. No había un solo rastro

de polvo en toda la institución, ni siquiera en los pasillos al aire libre. En el sótano, un clavicordio lamentaba ese aislamiento tan cruel junto a muchos pares de zancos abrazados unos a otros, que parecían darse ánimos para soportar esa soledad de niños, esa ausencia de sonrisas. Todas las canecas de los pasillos llevaban la misma bolsita plástica desde marzo. Qué vaina. Desde marzo, nadie les había arrojado un solo papelito o viruta de lápiz tajado o una envoltura. El pronóstico del tiempo para esa tarde del 13 de septiembre de 2020 era el habitual: parcialmente cubierto, lluvias esporádicas en distintos puntos de la ciudad y colegios sin alumnos. De no ser por el trabajo de todo el personal de aseo, a lo mejor, el colegio habría envejecido un siglo en seis meses y estaría resquebrajado, como un loquito. Pero el colegio no desfallece porque lo limpian, un indicio de que más temprano que tarde volverán los niños, las comparsas, los zanqueros, la bulla feliz y cotidiana de sus jornadas educativas.

Lo que ignora la instalación este antiguo colegio del barrio La Candelaria histórica es que en su nombre se han dictado clases en las casas; en su nombre los profesores han discutido a lo largo del año y se han hecho carnavales y comparsas. En su nombre, se hace posible el futuro.

Los alumnos del Colegio Integrada La Candelaria conocen de primera mano la historia de Colombia, porque el colegio está cerca de las instituciones más importantes del país. Así que no es gratuito que haya sido el primero de la ciudad en incluir el



énfasis en Turismo en su Proyecto Educativo Institucional. Desde el año 2006, tienen una cátedra que se llama Cátedra Candelaria, que se dicta desde transición hasta grado once con el objetivo de integrar de manera más activa a la comunidad educativa con su rico entorno cultural.

Lo han logrado y de qué manera porque de esa cátedra nació un proyecto que hoy en día es todo un éxito (en receso por pandemia). Cuenta Candelaria consiste en un proyecto escolar transversal para apropiarse de la historia y construir nuevos imaginarios a partir del patrimonio de la localidad. Cuenta Candelaria está conformado por un equipo de alumnos, directivos, exalumnos, padres y maestros que sirven de guías culturales a turistas, en general, y a alumnos de otros colegios, en particular, de una manera histriónica y divertida. Dramatizan la historia, se disfrazan, recrean momentos de la vida cotidiana del siglo XIX, por ejemplo. Ofrecen tres rutas: Ruta Candelaria vieja es un recorrido guiado y conversado por el Chorro de Quevedo, la carrera Tercera, la famosa calle 10 y algunos lugares de la carrera Séptima; Ruta Septimazo permite conocer la historia con historias, desde el Eje Ambiental hasta el Palacio de Nariño por toda la carrera Séptima; y la Ruta Bogotá es un museo a cielo abierto que invita a un recorrido para hablar del arte, desde el arte de los museos hasta el arte urbano. Las rutas son un servicio público, un bien cultural más del barrio La Candelaria; es como una gran obra de teatro al servicio de todos, por cortesía de este querido Colegio Integrada La Candelaria.

La pandemia ha hecho que pasen muchas cosas en la comunidad educativa. El equipo de áreas integradas de la jornada de la tarde está conformado por cuatro profesores: José Díaz, de educación física; Yazmín Bernal, de danza, Mauricio Cadena,



Muévete Candelaria
Colegio Integrada La Candelaria



“Cuenta Candelaria consiste en un proyecto **escolar transversal** para apropiarse de la **historia** y construir **nuevos imaginarios** a partir del **patrimonio** de la **localidad**”.



de tecnología y Ángela Piñeros, de teatro. En una reunión virtual surgió la idea de transmitir en vivo fragmentos de lo que sería una clase, donde cada uno hacía un pedacito: ejercicio, danza, malabares y el de tecnología se ocupaba de web master y armar la plataforma. La idea era proponerles a los alumnos que con pandemia o sin pandemia llevaran a cabo su jornada de *Happy dance*, que todos los años suelen hacer a mitad de año. Empezaron con una plataforma de Yahoo, pero muy pronto la dejaron porque notaron que no todos se podían conectar, hasta que se dieron cuenta que casi todos los planes de telefonía vienen con Facebook gratuito. Así, los profes comenzaron a usar esa plataforma y montaron un En vivo al que llamaron Muévete Candelaria. La sacaron del estadio. Aquellos que no podían asistir al evento en vivo los miércoles a la una de la tarde, podían ver la grabación después. Las clases de la pandemia han sido las mejores clases del mundo porque combinan educación física, con títeres, con danza, con teatro, con música. Alumnos, vecinos, padres de familia, estudiantes de otros colegios se han unido a esas clases; a veces reportan sintonía de más de quinientas personas porque aquello es más que una clase. Es una manera de pasar la cuarentena en familia, de bajar un poco el dramatismo de esta extraordinaria situación mundial.

A mediados de septiembre, ya habían comenzado a preparar el Día del Patrimonio Inmaterial Colombiano. Cada curso eligió un carnaval o fiesta de una región particular para representar: las fiestas de San Pacho en el Chocó, el Carnaval de Barranquilla, el Carnaval del Perdón en el Valle del Sibundoy, las Fiestas del San Pedro o el Carnaval de Negros y Blancos de Pasto. Quizás lo mejor de esa celebración fue la participación activa de todo el núcleo familiar. Entre todos, hicieron una

investigación etnográfica específica. Entonces discutieron el tipo de vestuario, el maquillaje, la música que debía acompañar la representación. Difícilmente una clase podría involucrar con tanta emoción a tantas personas. Fue muy emocionante ver a los padres de familia representando con sus hijos el baile del currulao, por ejemplo, para compartirlo con toda la comunidad del Colegio Integrada La Candelaria.

El agradecimiento es para todos. Entre todos tendrían que abrazarse y aplaudir a reventar en ese gran escenario que han armado. Dan ganas de silbar desde el gallinero, de lanzar un ramillete de flores para que los recoja Juan José, por ejemplo. Juan José, el alumno que tiene hipoacusia (no puede hablar ni oír) y parálisis cerebral; Juan José, quien cuando llegó a transición no podía caminar ni hablar, pero que gracias al colegio, a esa manera de entender al ser humano desde el respeto, ha logrado recuperar motricidad y ahora corre, juega fútbol, practica taekwondo. Juan José, que en la pandemia compartió un video disfrazado de cumbiambero, con su sombrero vueltiao y su alegría; moviéndose al son de la cumbia como ninguno, bailando con su madre, los dos felices con su carnaval casero.

El colegio está ubicado en el corazón mismo de Bogotá, en plena plaza de La Concordia. Es un colegio del centro de la ciudad. Y el centro, este centro, es el lugar más incluyente de Colombia porque gente de todos los colores, ricos y pobres, de todas las religiones, de todos los oficios, de todas las ciudades y países del mundo caminan por ahí como si les perteneciera y sí, les pertenece. Así que en el centro se comparte andén con estudiantes de colegios públicos y privados, habitantes de calle, vendedores ambulantes, políticos, profesores, funcionarios, escritores, fotógrafos, de todo. Es normal encontrar una calle cerrada porque están





“Los **universos** con los que tienen que **interactuar** los **alumnos** del Colegio Integrada La Candelaria son **muchos** y muy **diversos**”.

filmando escenas para una película, porque hay un evento político importantísimo, porque convirtieron sus calles en pasarela de la moda, porque hay una manifestación social o porque la banda del momento está lanzando un disco. Los universos con los que tienen que interactuar los alumnos del Colegio Integrada La Candelaria son muchos y muy diversos. La ventaja cultural que tienen frente a los demás colegios de la capital y, tal vez, de Colombia, salta a la vista.

En menos de un kilómetro a la redonda sucede el mundo: la plaza fundacional del Chorro de Quevedo, flanqueada por la réplica de la capilla del Humilladero y la fuente donde las aguateras llenaban sus ánforas para llevar agua a las casas; la plaza de Bolívar, el palacio Liévano, el Capitolio, el Palacio de Justicia; la Biblioteca Luis Ángel Arango, una de las más importantes de América Latina; la Casa de Poesía José Asunción Silva; las sedes de las universidades de los Andes, La Salle, el Externado, la América, la Jorge Tadeo Lozano, la Central, la Antonio Nariño, la de El Rosario; el Ministerio de Relaciones Exteriores, que está en el antiguo palacio de San Carlos; el Ministerio de Cultura, en el palacio Echeverry; la Casa del Florero, donde comenzó todo; el Museo Colonial y el Arqueológico; el teatro La Candelaria, la sala Seki Sano, el Teatro Libre, la casa de Vargas Vila, el Teatro Odeón, la Academia Colombiana de la Lengua, la Procuraduría, el parque de los Periodistas; el Centro Colombo Americano, la Alianza Francesa, la librería Lerner; la calle de las esmeraldas, los sótanos de la Avenida Jiménez; el museo de Arte Religioso; y el Instituto Caro y Cuervo, en



la mismísima casa de Rufino José Cuervo, el mismo señor que, dicen, a veces fantasma por la calle 10; el glamoroso Teatro Colón y el hotel de la Ópera, el Centro Cultural Gabriel García Márquez, la librería del Fondo de Cultura Económica, La fundación Gilberto Alzate Avendaño, la Academia Colombiana de Historia; el Instituto Colombiano de Antropología; el restaurante francés, el mexicano, el judío, el santafereño, el antioqueño, el argentino, el peruano, el costeño y otro número indeterminado de instituciones culturales.

Tras bambalinas de este gran espectáculo donde se representa la historia hay varias personas, claro; pero sobre todo se debe a un maestro que prefiere el anonimato, de esos que desaparecen a la hora de los aplausos. Se trata del rector, Carlos Alberto Castellanos Rubio, que llegó en 2005. Parece como si hubiera esperado toda su vida la oportunidad de ser rector del Integrada La Candelaria. Ha gestionado de todo. Por ejemplo, desde 2009, es el único colegio de la ciudad con educación en Francés como segunda lengua, con el apoyo de la embajada de Francia, la Alianza Francesa y varias universidades. En la página institucional del colegio dice que:

[...] desde el año 2005 el colegio ha fortalecido el trabajo institucional en Cultura Festiva, siendo durante varios años ganador de la convocatoria de la fiesta de niños y niñas del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, IDPC, dinamizador de carnavales y Fiestas locales.

Este año de pandemia, tan difícil y dislocado, también se ganaron una Beca de Creación con una comparsa coordinada



Muévete Candelaria
Colegio Integrada La Candelaria





en todas sus etapas por la profesora Ángela Piñeros. Orgullosamente bogotana, orgullosamente actriz y orgullosamente profe. Llegó al colegio en 2013 a ocupar una vacante provisional que resultó ser para primaria.

—Le dije al rector, Carlos Castellanos, que yo nunca había sido profe de primaria, ni había dado matemáticas, que no estaba preparada. Pero cuando él vio que yo había hecho comparsas desde mucho antes de ser profesional, me dijo que había llegado al lugar indicado—. Al año siguiente, por cosas de la vida, porque el aleteo de una mariposa en el Pacífico Sur formó una poderosa corriente de viento hacia el oriente, esa corriente tropezó con la cordillera de los Andes y se convirtió en nubes pesadas que se posaron sobre la Sabana de Bogotá y entonces llovió tanto que mucha gente se enfermó, entre ellas, la profe titular de educación artística del Colegio Integrada La Candelaria, ese 2014 Ángela Piñeros asumió esas funciones en primaria y se sintió a sus anchas.

Vale la pena decir que el teatro salvó la vida de Ángela Piñeros. Cuando tenía catorce años se desencantó del colegio por completo. Estaba en décimo grado y no le gustaba nada porque se topó con la adolescencia en toda su dimensión. De no ser por un proceso de formación artística que apenas comenzaba en el barrio Galán, a lo mejor, ella habría sucumbido a otras tentaciones, las de siempre, pero a ella le gustaban los zancos. Le gustaba jugar a ser una mujer gigante, danzar y asumir otras personalidades. Antes de graduarse de bachiller, era una zanquera consumada y una actriz en su estado larval y, además de todo, daba talleres para ancianos en un centro comunitario. Desde los quince a los diecinueve años hizo mucho teatro, participó en todos los desfiles metropolitanos de comparsas de Bogotá y

trabajó en todo lo posible para sostenerse. Después de cuatro años de duro movimiento, se inscribió y pasó a la Universidad Pedagógica a la Licenciatura de Artes Escénicas.

Para ganarse la beca de creación, la profe primero se aseguró de que ningún zanquero ni bailarín dejara de entrenar. Luego comenzaron a pensar en el turismo y en el proceso de gentrificación que está viviendo la localidad, porque sucede que, en la medida en que La Candelaria se vuelve cada vez más famosa, empieza a atraer población con más capacidad adquisitiva y, por consiguiente, los habitantes de siempre sufren desplazamiento de su localidad. Ella lo ha investigado y sabe que es necesario comenzar a mirar el turismo sin romanticismo. Sabe que hay que visibilizar las problemáticas para poderlas entender, trabajar y solucionar.

El año pasado la localidad recibió la certificación internacional como destino turístico. Eso implicará modificar la estética. En teoría se debe conservar lo patrimonial. La pregunta de la comparsa fue ¿qué va a pasar con la gente? Quieren evitar a toda costa que La Candelaria se convierta en una especie de ciudad amurallada como El Corralito de Cartagena, que es como un club privado dentro de la ciudad, donde los lugareños no tienen mucha representación. Ella les planteó la situación por WhatsApp con un ejemplo: “el hecho de que la señora de la chaza de la esquina tenga un niño que no resulte muy atractivo para el turismo internacional es un problema para los agentes de la localidad. Tenemos que saber cuál es el papel de los chicos en ese ámbito”.





Vivir para aprender
Un homenaje a la labor de ser docente



—La verdad, no esperaba mucho porque nunca habíamos trabajado virtualmente, pero hubo muchos chicos que escribieron un montón. Una de las egresadas, hija de una señora de la Perseverancia que vende chicha, escribió muchísimo. Fue increíble. En pocos días, estábamos botando ideas para posibles personajes.

Trabajaron la dramaturgia, inventaron los personajes, los dibujaron. Luego trabajaron en la coreografía y toda la composición plástica de la obra, con ayuda de un artista plástico local, Oscar Villalba, que hace marionetas gigantes y ha estado vinculado al proceso desde tiempo atrás. Inscribieron el trabajo y salieron favorecidos con la beca de creación. La obra se llama *Candelaria, casas que danzan, gente que aguanta*.

La verdad, es que los aplausos deben ser para ese rector tan increíble, para los maestros, para los alumnos, para los padres de familia, para el personal del aseo. Aplausos por esa fuerza vital con la que han enfrentado la crisis mundial del 2020. La han enfrentado fieles al espíritu del barrio que les ha dado todo, desde la diversidad y la cultura; fieles a su colegio que los espera a todos en la plaza de la Concordia, reluciente por obra y gracia de las personas que lo sostienen y lo miman.

La fortaleza y creatividad de todos los que hacen posible este colegio vindican la obra de uno de los grandes de la localidad de La Candelaria. Que su obra sea un homenaje al maestro Santiago García, que dejó un legado para todos en estas palabras:

Los hombres y mujeres se hicieron verdaderamente humanos cuando empezaron a celebrar la vida y a conservar la memoria. Cuando entendieron que vivir era ir más allá de buscar comida y abrigo y cuando comprendieron que se hacían mejores personas si celebraban lo bueno de la existencia y compartían la memoria.

Cristian Valencia





Memorias

SUMAPACENAS

Los **herederos** de ese **Sumapaz**, campesinos hijos de **campesinos**, que han enfrentado todas las luchas por la **defensa** de su **territorio**, saben perfectamente **dónde viven**. Conocen su historia a fuerza de oírla junto a los **fogones** de las **casas**, en los **caminos** o en las **aulas de clase**. Saben que viven en el **páramo** más grande del mundo, beneficio que significa que son los **custodios** por excelencia de la fábrica de **agua más grande del globo**. La educación en el **Sumapaz** se ejerce en todos los **ámbitos**. Se **aprende** y se **enseña** en todas **partes**. El **territorio**, los saberes **ancestrales**, la historia, las matemáticas, la geografía, **la ética**, todo absolutamente todo está **relacionado** y lo está de **verdad**.

Memorias sumapaceñas

La sede principal del Colegio Gimnasio del Campo Juan de la Cruz Varela (IED) queda en la vereda La Unión del corregimiento de San Juan de Sumapaz, localidad veinte del Distrito Capital, a 109 kilómetros del centro de Bogotá. La gran mayoría de estudiantes viven cerca del colegio y son campesinos

hijos de campesinos, aunque el adverbio “cerca” nunca fue tan relativo. Cerca en este caso puede significar que viven a dos montañas, tres quebradas, un potrero y mucho cielo. Algunos caminan hasta una hora para llegar a clase.

Hay muchas diferencias esenciales con los niños de ciudad. En las ciudades, las rutinas son más o menos así: levantarse, bañarse, vestirse, desayunar y chao; rumbo al colegio, en bus o a pie; pero cuando un estudiante sumapaceño llega al colegio en la mañana ya ha hecho de todo antes de estar ahí. Es probable que lleve más de tres horas despierto. A lo mejor habrá ayudado al ordeño que no es cosa fácil, mecánica ni rápida. El preámbulo es largo y agotador: primero hay que ir hasta el potrero, manear las patas de la vaca; después hay que ir por el ternero, ponerlo a mamar y quitarlo cuando la vaca comience a soltar la leche; entonces se empieza a ordeñar. Luego devolverse a la casa caminando a campo traviesa, cargando la cubeta llena de leche que puede pesar hasta 10 kilos. Cuando son más vacas pues son más viajes, más maneadas, más terneros, más ordeño. Tal vez después tenga que ir a darle de comer a las gallinas y recoger los huevos; y si por casualidad la leña se acabó habrá que ir por ella, aunque es casi seguro que haya suficiente leña porque para eso tiene los fines de semana. O bien quizá hay que ir a revolver la tierra de la huerta, o avanzar en el desyerbe de un potrero donde planean sembrar arracacha. Cuando han hecho esas labores, todas o algunas, comienzan a prepararse para



salir. Se bañan, se visten, toman el desayuno y se van caminando por la trocha hasta llegar al colegio. Buenos días, maestro, dicen con felicidad sincera, porque son felices.

Que sí, las comparaciones son odiosas, pero a veces, y solo a veces, es necesario el contraste para entender otras maneras de estar en el mundo. Los herederos de ese Sumapaz, campesinos hijos de campesinos, que han enfrentado todas las luchas por la defensa de su territorio, saben perfectamente dónde viven. Conocen su historia a fuerza de oírla junto a los fogones de las casas, en los caminos o en las aulas de clase. Saben que viven en el páramo más grande del mundo, beneficio que significa que son los custodios por excelencia de la fábrica de agua más grande del globo. La educación en el Sumapaz se ejerce en todos los ámbitos. Se aprende y se enseña en todas partes. El territorio, los saberes ancestrales, la historia, las matemáticas, la geografía, la ética, todo absolutamente todo está relacionado y lo está de verdad. De no haber sido por esta manera de entender la educación, difícilmente habrían podido sobrevivir como comunidad educativa en medio de esta cuarentena.

Así como tienen tantos beneficios, porque los tienen, también tienen muchas carencias. La región sigue conectada umbilicalmente a Bogotá. Necesitan de la ciudad para todo y eso les resta mucha autonomía; notarías, bancos, mercados, conexión a internet.

Cualquier estrategia de estudio en casa que hayan inventado los maestros de ciudad es impracticable en la región: que lecciones por WhatsApp, no sirve; clases por zoom, no sirve; videos para que los niños vean en sus casas cuando puedan, no sirve. No sirve nada que tenga que ver con la estabilidad de la conexión de red. A veces, ni siquiera sirve algo que tenga que ver con la conexión eléctrica. Si hay equipos no hay red, si hay red no hay equipos; pero si hay red, equipos y conexión, entonces no hay energía.



“Los **herederos** de ese **Sumapaz**, **campesinos** hijos de **campesinos**, que han enfrentado todas las **luchas** por la **defensa** de su **territorio**, saben perfectamente dónde **viven**”.



Cuando no existía la pandemia, la cuarentena, ni nada, los 109 kilómetros que separan La Unión del centro de Bogotá podían verse como un beneficio. De alguna manera la lejanía y la carretera destapada han operado como un filtro. De hecho, esa condición sirvió para no permitir la entrada del covid-19 al territorio y ha blindado el territorio de muchos de los vaivenes tristes a los que se ha sometido el campo colombiano. Sin embargo, esos mismos 109 kilómetros con pandemia se han convertido como en ciento nueve años de retraso tecnológico. No se podría confiar ni en el telégrafo, porque seguramente estaría caída la línea. El abandono es total en ese sentido.

Algunos pensarán que esa localidad veinte, que está a 109 kilómetros del centro de Bogotá, padece de los mismos problemas de conexión de las demás localidades. Seguro que sí. La diferencia es que en Barrios Unidos, Ciudad Bolívar o Usme, el problema se soluciona con el vecino o en un café internet; en Sumapaz no.

Una familia del Nevado instaló unos paneles solares para tener energía eléctrica y conexión. Cuando el día está despejado corren a llamar a los profes porque todo funciona, pero es común que las llamadas se caigan cuando pasa una nube y eso que ellos tienen conexión más o menos estable. Que las llamadas se caigan es algo habitual en Sumapaz. Vale la pena leer la transcripción de algunas comunicaciones, facilitadas por la profesora Angélica Peña.

Llamada 1:

—Profe, ¿sumercé me puede ayudar con eso? es que no entiendo bien.



—Sí, claro. Mira: tienes que hacer preguntas de lo que estés interesada en conocer. ¿Dime, qué haces todos los días. ¿Aló?, ¿aló, Lesly?, ¿me escuchas?— Pasan 20 segundos de estáticas y silencios.

—Profe, ¿será que me puede repetir la pregunta? es que no le escuché.

—Claro, te estaba preguntado qué haces todos los días.

—Ah, sí profe, pues yo me levanto y le ayudo a mis papás a...

—¿Aló?, ¿Lesly?— La llamada se corta definitivamente y la profe tiene que volver a llamar.

—Hola Lesly, nuevamente soy yo. Te estaba preguntado por la última guía. Miremos qué podemos trabajar antes de que se vaya la señal. Ya desarrollaste unas preguntas iniciales, ¿verdad?

—Aló, ¿profe?

—Lesly, cuéntame cómo es un día normal de tu vida.

—Sí, profe. Me levanto a ayudarles a mis papás a ordeñar y salimos por la mañana a llevar a...

—¿Lesly?, ¿Aló? Hijue#\$\$& señal.

La llamada se cayó para siempre ese día. La siguiente comunicación posible sucedió dos días después. Al cabo de seis llamadas en seis días distintos la maestra logró tener el reporte de una mañana: —Me levanto a ayudarles a mis papas a ordeñar y luego cargamos las bestias y salimos a llevar la leche hasta La Unión—.

Llamada 2:

—Profe, es que nos vamos para el Huila y allá nos toca subir para que nos coja señal.





—¿Subir adónde?

—Profe, pues subir una loma para que entre la llamada.

—No seas floja, tú eres muy fuerte.

—Profe, es que son como una hora subiendo y uno llega muy cansado.

—¡Una hora! y ¿para bajar?

—Ah, no, profe, eso sí es más fácil.

—Pero allá hay internet, ¿cierto?

—Sí, pero queda a dos horas y hay que pagar. Es como una caseta.

WhatsApp 1

“Profe, nosotros tenemos tres celulares y como en la casa no tenemos luz pues los vamos rotando para cargarlos. Y cuando mi tío pasa nos comparte datos. Entonces, sumercé, si no le contestamos en uno, pues, profe, nos llama al otro”.

WhatsApp 2

“Profe, es que nos toca irnos al Duda a sacar arveja y nos vamos todos, con mis hermanos, y por allá no hay señal ni nada”.

A los profesores del Colegio Gimnasio del Campo Juan de la Cruz Varela les toca enseñar con estas dificultades. En todo caso, siguen adelante con su trabajo de memoria. Con esto del estudio en casa, se inventaron una guía adicional para reforzar saberes. La guía, que está en PDF y se puede bajar de la página del colegio, comienza con un acróstico de la palabra corresponsabilidad y es toda una declaración de principios varelistas y sumapaceños. Luego viene una breve carta dirigida a estudiantes y familias educadoras, que primero se solidariza con



la comunidad antes de explicar la estrategia: “[...] Sabemos que para ustedes atender una guía por cada asignatura puede ser complicado en medio de las demás tareas del hogar, la finca, y la brega por salir adelante en medio de esta difícil situación [...]”.

La estrategia consiste en que cada estudiante comience un diario de campo de la vida cotidiana en sus fincas y veredas, donde también tomen nota de los proyectos de investigación. Es decir, con ese sencillo acto convirtieron a todos los alumnos del colegio en etnógrafos. Los profesores son tutores de esos diarios de campo y están en continuo aprendizaje también.

Dicho por el colectivo de diecisiete profesores: –Memorias Sumapaceñas es una estrategia pedagógica que concreta las orientaciones de Aprender en casa al territorio Sumapaceño. Parte de reconocer los saberes previos de los estudiantes adquiridos en su diario vivir, haciendo de la casa y el campo un ambiente de aprendizaje. Estos aprendizajes se recogen en el diario de campo que diligencian los estudiantes, el cual se constituye en la mediación didáctica entre la enseñanza y el aprendizaje. Desde el diario de campo se van canalizando temas de interés por parte de los estudiantes para que, a través de la metodología de investigación como estrategia pedagógica, se oriente la realización de proyectos. Estos proyectos exigen un acompañamiento cotidiano e individual desde cada asignatura o campo de pensamiento, utilizando como medio tecnológico los grupos de WhatsApp–.

John Jairo Gutiérrez Mora, el profesor de Producción agropecuaria, por ejemplo, tiene una asignatura que se llama Transformación de lácteos. A través del trabajo de sus alumnos,



“La **estrategia** consiste en que cada **estudiante** comience un **diario de campo** de la vida **cotidiana** en sus **fincas** y **veredas**, donde también **tomen nota** de los proyectos de **investigación**”.



está tomando nota de los pasos que se repiten en cada familia en el proceso de hacer queso. Lo que busca es elaborar un documento de los estándares del queso sumapaceño para posicionarlo con denominación de origen, así como lo lograron los queseros de Paipa; estándares cuidadosos con el medio ambiente, los animales y las personas; buenas prácticas que les den un sello que sea la marca distintiva.

También le resulta muy difícil la comunicación con sus alumnos. Por un lado, había influido la falta de conexión, pero también, que todos estaban ocupadísimos en las labores del campo, sin tiempo para realizar todas las actividades del colegio. Pero hubo una llamada especial, a comienzos de abril, que le dio la clave para trabajar en las Memorias Sumapaceñas. Su alumno Julián lo llamó a decirle que estaba preocupado porque no tenía insumos para su investigación sobre el queso campesino y tampoco podía contar con la asesoría presencial del profe.

—En ese momento se me alumbró el bombillo— dice John Jairo, —Pensé que su papá y su mamá podrían ser los mejores maestros, porque ellos eran reconocidos por hacer un buen queso. Mi labor se limitaría a orientar a distancia la parte técnica.

Pensó que de eso, justamente, se trataba el programa de Aprender en casa, que los padres también podían ser agentes activos en el proceso de formación; que al compartir sus propias experiencias vitales también se fortalecía la enseñanza de las costumbres tradicionales.

Si fuera necesario elegir una palabra para hablar de la gente del Sumapaz, sin duda alguna habría que votar por la palabra Dignidad (con mayúscula y todo). Una dignidad que aprenden desde chiquitos porque ven a sus mayores ejercerla en todos los ámbitos. La historia ha demostrado que saben hablar

claro y directo frente al que sea, sin importar condición social, económica, política o religiosa. Se han ganado el respeto de todos los gobernantes del país a fuerza de una larga lucha de vindicaciones campesinas. Al fin de cuentas, el Sindicato de Trabajadores Agrarios del Sumapaz, Sintrapaz, es el más antiguo de Colombia un verdadero ejemplo de trabajo comunitario que todos sus habitantes llevan en la médula de cada hueso.

El profesor Alfredo Díaz es, quizá, la persona que más sabe de la historia de la región. Es un hombre recio, testigo de primera mano de muchos acontecimientos. También un intelectual disciplinado y riguroso. No es un líder nato, es uno que se ha formado a fuerza de lecturas cuidadosas y seleccionadas. Integra de alguna manera las distintas subregiones del Sumapaz. El profesor Alfredo es el encargado de conservar esa memoria, de hacerla vivir en cada estudiante en su clase de Sumapalogía. Un artículo de la revista Javeriana *Directo Bogotá*, del 8 de junio, define al profesor Alfredo Díaz con las pinceladas más justas:

En el Sumapaz, él observa las nubes, habla con sus matas, comparte con los animales y le hace preguntas al río mientras cuida la tierra. Es un campesino que enseña en preescolar y primaria desde hace por lo menos 20 años la materia de Sumapalogía. Un saber que nutre con sus investigaciones. Estructuró la asignatura desde el conocimiento que le dejaron generaciones anteriores, siempre basándose en la dedicación y tranquilidad de quien vive en esa región y que conoce su tierra como la palma de su mano.

Todo es verdad. El profe Díaz es la memoria del páramo. A veces, cuando la neblina del páramo se cierra sobre San Juan



“Si fuera necesario elegir una **palabra** para **hablar** de la **gente** del **Sumapaz**, sin duda alguna habría que **votar** por la palabra **Dignidad** (con mayúscula y todo)”.



y las montañas comienzan a fundirse con la neblina, el profe Díaz agarra su guitarra y canta algunos versos compuestos por él mismo. Aunque su voz es melódica y dulce, no puede ocultar cierta melancolía antigua. “Sobre el paisaje infinito, /en forma de niebla está flotando un mar entero; /el mismo que se desgrana, /luego nos cae en forma de aguacero”. Sin lugar a duda, el profe Alfredo es como el espíritu del Sumapaz y la columna vertebral del proyecto Memorias Sumapaceñas.

Rodolfo Antonio Hernández es profesor del Colegio Gimnasio del Campo Juan de la Cruz Varela desde junio de 2019. Como es maestro de ciencias sociales, tiene a su cargo articular todos esos conocimientos. Está convencido de que ahí se construyen verdades. Es un defensor a ultranza de sus principios, esos que pone en práctica a pie juntillas en su vida cotidiana. Está levantando familia en Sumapaz al lado de su compañera, que también es docente, y su pequeña hija. Quiere ser parte de esa comunidad tan emblemática, entre otras, porque sabe que la palabra dignidad está por ahí de boca en boca y porque sin duda es consciente de la calidad de vida que se lleva por esos lares. Además del aire y el cielo, está el paisaje y el águila, y por si acaso el agua y el páramo, la neblina y los frailejones; los alumnos y los maestros; la comida, la música y las ruanas, que muy pronto podrán competir con las de Nobsa, Boyacá.

Rodolfo es feliz haciendo lo que hace. —Personalmente pienso que la escuela está diseñada para aportar a la transformación de los estudiantes de tal manera que sus formas de pensar, sentir y actuar estén en sintonía con la vida y aporten a la transformación social de sus territorios, empezando por sus cuerpos como primer territorio— dice de su trabajo.

Solo faltan por decir dos cosas en este relato, aunque falte un universo entero, que lo que más quieren en la región del Sumapaz es constituirse como Zona de Reserva Campesina porque tendrían la posibilidad de ser autónomos, tener presupuesto propio desde Planeación Nacional, gestionar sus propios recursos y planear de manera comunitaria el desarrollo sostenible de la región. También hay que decir que la gente está pendiente de la formulación del PDET, el Programa de Desarrollo con Enfoque Territorial, una iniciativa que hace parte del acuerdo de paz y que busca saldar las deudas históricas con este territorio.

Así es el Sumapaz, así sus dificultades y sus dones, así su gente, así su fuerza.

Tal vez falte quien hable de ese “hogar” tan grande del Sumapaz o tal vez no; tal vez lo dijo Aurelio Arturo, que en su Morada al Sur cantó este presente, tan de la tierra.

Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,
la casa grande entre sus frescos ramos.
Es sus rincones ángeles de sombra y de secreto.

Cristian Valencia





Este libro se terminó de imprimir
en el mes de diciembre del 2020.
Fue levantado en caracteres Josefin Slab de 13 puntos.
Impreso en papel propalmate de 150 gramos en los
talleres de Nomos Impresores.





